

A person is walking away from the camera down a dark, narrow tunnel. The tunnel has concrete walls and a ceiling with some water stains. A single light fixture is mounted on the right wall. At the end of the tunnel, there is a bright opening, possibly an exit or a window, which silhouettes the person walking away. The overall mood is one of journey and hope.

Que la
vida
te dé
todo
lo que
merezcas

**Leire
Milanesi**

Que la vida te dé todo lo que merezcas

Leire Milanesi

© Leire Milanesi, 2020

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa del autor, la distribución o la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluido el tratamiento informático o la reprografía, y el alquiler o préstamos públicos de ejemplares.

ÍNDICE

[PREFACIO](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

PREFACIO

Toda la escena parece sacada de una mala película americana. David cuelga de su propia corbata atada a la lámpara y las zapatillas se le han caído al suelo dejando al descubierto sus pies desnudos. El Gran Hombre se fija en sus dedos que miran hacia arriba. Por ellos gotea la orina del joven muerto que forma un charquito amarillo en el suelo. «Todo parecería una mala película americana si no fuera por ese pequeño detalle —piensa—. En ellas, los muertos no se orinan encima».

Aunque le cueste admitirlo, al Gran Hombre le ha sorprendido la profesionalidad de Harry, que ahora está apostado a su lado, como si fueran dos camaradas. Desde el momento en que lo conoció, pensó de él que era un animal, un ser violento que solo servía para intimidar, amenazar o dar palos. Sin embargo, ha eliminado las pocas pruebas que han dejado de una forma tan metódica que el Gran Hombre no ha podido evitar admirarlo. Y ahora Harry, a su lado, mira el resultado de su trabajo con orgullo. Incluso hace un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Creo que da el pego —dice—. Fijo que esto pasa por un suicidio.

El Gran Hombre prefiere no contestar. Ha intentado por cualquier medio posible que David no lo fastidiase todo como lo ha hecho, que las cosas no llegaran hasta donde han llegado. Pero no ha sido posible y ahora la sensación de fracaso está tan presente como si cargara una loza sobre sus hombros.

—Vamos, hermano, no te hagas mala sangre. Él se lo ha buscado.

A Harry le gusta llamarlo hermano, pero el Gran Hombre se alegra de que no sea su hermano. Ni siquiera podría ser su amigo, es demasiado imprevisible. Por eso no puede dejar que del siguiente paso se encargue él.

—Deja que me ocupe yo de la mujer —dice—. Esto no se puede repetir.

—¿Qué quieres que te diga, hermano? Si me hubiera encargado yo desde el principio, nada de esto habría sucedido.

—No te acerques a ella. Lo estropearás todo.

Harry se ríe, pero no está contento. Le molesta ese aire de superioridad que emplea siempre con él.

—Ya veremos —contesta y se aleja.

Cuando se marcha deja tras de sí su aliento a tabaco y su olor a perfume barato que se aplica después de afeitarse. El Gran Hombre lo ve dirigirse hacia la puerta del piso. Los atisbos de admiración que ha sentido por él se han desvanecido. Ahora vuelve a despreciarlo. Harry

representa todo lo que él detesta. El instinto contra la razón, la doctrina contra las ideas... Por eso se arrepiente de lo que ha sucedido esta noche, de haber cedido a sus impulsos, de haberse puesto en sus manos. Al dedicarle la última mirada al cadáver de David, antes de irse, siente la necesidad inevitable de disculparse, de pedirle perdón. Pero sabe que ya todo es inútil.

CAPÍTULO I

Seis, seis, dos. Son las cartas que están sobre la mesa. No se puede tener más suerte.

Vuelvo a mirar las mías —un seis de picas y un as de corazones—. He ligado un trío que me puede hacer recuperar en una sola mano los ochocientos euros que llevo perdidos. Un buen jugador de póquer pensará que puedo llevar cualquier cosa, porque ese es precisamente mi problema. Soy una jugadora compulsiva que juega todas las manos. De hecho, la única razón por la que juego en una de estas timbas ilegales es porque yo misma me he registrado como adicta al juego en todos los casinos de Tenerife y, cuando tengo una crisis, estos son los únicos sitios en los que puedo entrar. Por desgracia, en tugurios como este les importan bastante poco mis problemas.

Me toca apostar y empiezo flojo. No quiero asustar a mis rivales. Si se huelen que llevo algo, se retirarán y sacaré poco dinero, así que pongo una ficha negra de cien en el bote. Todos me cubren la apuesta y yo empiezo a frotarme las manos. Todos menos unos que arrastra él solito la totalidad de sus fichas hacia el centro de la mesa. Unos mil y pico euros.

Lo miro fijamente y me pregunto qué llevará para hacer una apuesta como esa. Los demás jugadores se retiran y solo quedo yo. Está claro que tengo la mejor mano, así que no me da miedo. Sacristán es un gorrilla enclenque que se saca una pasta en el aparcamiento del Hospital Universitario. Por la noche, acude a timbas de póquer como esta a jugarse las propinas de los coches que vigila y casi siempre acaba perdiéndolo todo. En el argot se le considera un pescado o un fish. Como a mí. Unos pringados que nos dejamos los cuartos para que los buenos jugadores se vayan satisfechos a casa. También se ven por estos antros a algunos profesionales que viven de desplumar pescadillas, pero no muchos. Casi todos son peninsulares que vienen de vacaciones y que aprovechan para ver si los pescados se las pagamos. Casi siempre lo consiguen.

—¿Cuánto hay? —le pregunto al crupier para saber lo que tengo que apostar. Es un chico joven al que es la primera vez que veo por aquí. Muy profesional y serio se pone a contar las fichas.

—Mil cincuenta —dice.

Yo tengo unos mil trescientos. Es una pena, porque el imbécil de Sacristán ha espantado a los demás y ahora no sacaré tanto como pensaba.

—Vale, all in —digo.

—Espera —me detiene el gorrilla—. ¿Cuánto tienes?

—Mil trescientos —respondo.

Sacristán se vuelve hacia el tipo que está sentado en un sofá en un extremo de la habitación y que no pierde detalle. Todos allí sabemos quién es. Su apellido es Martel y le llaman por él. Nadie

tiene ni idea de cuál es su nombre de pila. Es el que organiza la timba y el usurero que presta dinero a ludópatas como Sacristán y yo.

—¿Me cubres, Martel? —pregunta el gorrilla.

Martel mira las cartas y luego me mira a mí.

—Claro —dice—. Dale mil más —le ordena al crupier.

Este le obedece y le entrega un nuevo montón de fichas.

—Vale, veo tus mil tres cientos.

—¿All in? —me pregunta el crupier por si quiero pedir prestado yo también.

Me lo pienso. Miro sus cartas, que están bocabajo. Debe de tener el otro seis. Ha ligado un trío y se cree que me va a desplumar. Con as seis le gano seguro

—Yo te cubro, Karo —dice una voz con acento peninsular desde el otro extremo de la sala.

Todos los jugadores giramos nuestras cabezas hacia él. Es un tipo con barba y pelo cano peinado a modo de cresta, en plan moderno. Y va vestido con traje azul marino y corbata roja, como si acabase de salir de la oficina hace un momento. Está sentado en la pequeña barra donde se sirven las bebidas y sostiene un whiskey con hielo en la mano. No lo he visto en mi vida.

—¿Nos conocemos? —le pregunto.

—No, pero seguro que tienes la mejor mano. Es un buen negocio.

—Bueno —le digo al crupier—, vamos a ver el turn.

El chico aparta una carta y pone sobre el tapete la siguiente. Es un as. Las cartas comunitarias son seis, seis, dos, as. Tengo un full house. Mi noche se acaba de volver tan luminosa como si acabara de salir el sol, pero debo disimular para que no se me note. Solo hay una cosa que la puede mejorar y está a punto de ocurrir.

Sacristán toma aire y arrastra el resto de los mil que le ha prestado Martel hasta el centro de la mesa. Tiene un trío de seis, estoy segura. Se va a jugar todo lo que pueda porque cree que le ha tocado la lotería, cuando en realidad el décimo bueno lo tengo yo. Me vuelvo entonces hacia mi prestamista misterioso y le pregunto con la cabeza. Él saca una tarjeta de crédito de color negro y la pone sobre la mesa.

—Adelante —dice.

—Los veo —le digo al crupier y este añade las fichas.

—¿All in? —vuelve a preguntarnos el crupier viendo que cada uno tenemos nuestra propia financiación.

—Cuidado, Karo, este lleva algo —dice otro jugador. Se llama Anselmo, tiene unos sesenta años y me conoce desde hace tiempo. Casi siempre se muestra condescendiente conmigo porque soy una mujer y se cree en el deber de protegerme. No me molesta demasiado, es de otra generación.

El crupier levanta la última carta. Un cinco de corazones. Ya está todo hecho, solo necesito saber cuánto le voy a sacar al pringado del gorrilla y llevarme mi dinero.

—¿Ocho mil? —le pregunta Sacristán a Martel. Este asiente y el crupier coloca las fichas

—Cuidado, Karo —me advierte Anselmo, pero yo voy lanzada. He ligado un full de seis y ases y ahora pienso en cuánto tengo que subir la apuesta para que el gorrilla no se eche atrás. O al menos para que no lo haga Martel, que es el que va a decidir.

—¿Once mil? —le pregunto al mío, que asiente con el whiskey en la mano—. Once mil, entonces.

Sacristán se acaricia el mentón con el pulgar intentando ver a través de mis cartas qué es lo que llevo. A mí también me gustaría saber con qué ha apostado tan fuerte. ¿Doble pareja o el trío de seis? En cualquier caso, gano yo.

—Subo a quince —dice satisfecho.

—No te emociones —responde Martel—, que como sea un farol vas a tener que ampliar ese descampado en el que te aparcan los coches para pagarme.

—Venga, Martel, que lo tengo ganado. Cúbreme.

¿Lo tiene ganado? Muy seguro lo veo. Solo hay una mano que me gane. Solo una entre las decenas que puede tener.

—No, esto se acaba aquí —Martel se dirige de nuevo al crupier—. Cúbrele la apuesta y que levanten las cartas.

El crupier coloca las fichas que faltan hasta los once mil euros y luego me mira para que enseñe mi mano. Yo levanto mi as seis. Confirmando mi full y sonrío feliz. Una felicidad que se nubla al instante cuando veo que la boca de hiena de Sacristán suelta una carcajada. Se me eriza el vello de la nuca, como si el mismo silencio que se ha hecho a mi alrededor fuera el de mi funeral. El gorrilla levanta sus cartas y veo dos malditos ases como si fueran dos lápidas con mi nombre.

—¡Joder! —dice uno de los jugadores.

—¡Full de ases y seis! —exclama Anselmo—. Mira que te lo dije, Karo, que tuvieras cuidado.

Yo lo oigo todo como si fuera la televisión sonando de fondo. Tengo delante de mis ojos la única mano que podía ganarme. ¿Cuántas veces se pierde con un full house? No tengo ni idea, pero muy pocas. Tan pocas que a todos se les han quitado las ganas de seguir jugando. Empiezan a levantarse y se dirigen a la barra a cambiar sus fichas.

—Si es que... Mira que ponerte a jugar con profesionales —me dice el gorrilla con sorna. Su

cuerpo enclenque parece haberse inflado y ahora hasta se asemeja a un hombre de verdad. Se cree un tiburón el muy idiota. Me dan ganas de pegarle una hostia.

Cuando la sala se ha quedado prácticamente vacía, me levanto de la mesa como si estuviera sonámbula. Aún me resisto a apartarme de las cartas. Mi as y mi seis siguen frente a mí. Me pregunto qué es lo que he hecho mal. Revivo una y otra vez las fases del juego, como si esta vez pudiera ganar la partida.

—Tranquila, Karo, estas cosas pasan —dice Martel.

—Y tanto que pasan. Sobre todo, a mí.

—Tómame un whiskey, estás invitada.

No tengo ánimos ni para darle las gracias, aunque el whiskey lo voy a pagar yo con la comisión que le he hecho ganar. Me acerco a la barra y le pido un ron a Juanito, el whiskey me sentaría mal.

—Lo siento, Karo —me dice el camarero cuando me pone la copa.

Mi prestamista está a mi lado, mirándome.

—Supongo que el trato es el de siempre. Diez por ciento al mes —le digo.

Estaba tan confiada en que iba a ganar que he aceptado el dinero sin establecer las condiciones. Vaya una lumbrera.

—No te preocupes por la deuda, ya lo resolveremos. Estoy de tu parte.

—El prestamista comprensivo —respondo con la vista hundida en mi vaso.

El tipo se levanta, recoge su tarjeta y siento su mano sobre mi hombro antes de verlo irse.

—Espera —lo detengo.

—¿Sí?

—No soy una puta. No voy a prestarme a nada raro para reducir la deuda.

No, no soy una puta. Solo una profesora interina de Historia que no sabe qué coño hace en un sitio como este.

—Es bueno saberlo —responde mientras sale por la puerta.

Es vasco, estoy segura. Por su acento. No es muy pronunciado, pero me ha parecido identificarlo.

Hace tres días estaba en una terapia de grupo y todos me felicitaban por llevar dos meses sin jugar y ahora me encuentro arruinada y viendo mi vida pasar ante mis ojos.

La sala se ha vaciado sin que me haya dado cuenta y yo solo tengo energías para encender de

nuevo mi móvil y mirar las llamadas perdidas de David. Dos llamadas la anterior madrugada que tenía que haber contestado. Tal vez así las cosas habrían sido diferentes. Él estaría vivo y yo no me habría jugado mis pocos ahorros más otros doce mil euros en una partida de cartas. Desde luego no habría recibido el mensaje de mi excuñada, hace tres horas y cincuenta y dos minutos.

«David se ha suicidado. Enhorabuena, lo has conseguido».

Las manos me tiemblan tanto que me cuesta introducir la llave en el contacto y arrancar. No estoy segura de si es por el frío húmedo y nocturno de La Laguna, porque mis problemas económicos se han multiplicado en una sola noche o por la impresión de saber que David está muerto. Comprendo que Ágatha, mi excuñada, me haga responsable de lo ocurrido, yo misma me siento como si hubiese apuntado una pistola a su pecho y disparado con ella.

Una imagen se me viene a la mente con una claridad que casi parece que la esté viviendo en este momento. David está sentado en el sofá del piso que compartíamos en La Salle. Tiene la mano apoyada en la frente, con la vista fija en el suelo, y mueve la cabeza diciendo que no como si la sola idea de que lo deje le resulte imposible. Yo he metido mis cosas más urgentes en una bolsa de viaje que ahora está aparcada junto a la mesa del comedor y me encuentro sentada frente a él sin saber muy bien cómo actuar.

—Joder, Karo, ¿cómo me haces esto? —me dice.

Yo no tengo respuesta para esa pregunta. Llevo algún tiempo negando la posibilidad de que David salga de mi vida. Fue mi novio del instituto, mi marido en cuanto empezamos a trabajar y a llevar una vida de adultos, y mi mejor amigo. Nos llevábamos tan bien que ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiéramos acabar separados. Él era la balsa a la que me agarraba cuando mis demonios venían a visitarme; él fue el único que no me juzgó cuando el juego se cruzó en mi vida.

—¿Me dejas por otro? —me pregunta, y yo le respondo con lugares comunes: «eso no importa, nuestra relación no iba bien, me sentía atrapada en una vida que no me satisfacía».

—¿Quién es? —insiste. Yo no quiero contestar—. Me voy a enterar de todas formas. ¿No crees que sería más honesto que me lo dijeras tú?

Aunque me parece que sus palabras tienen todo el sentido, me resisto a responder. Sé que le voy a hacer daño si se lo digo. Su aspecto es tan vulnerable que, aun habiendo puesto su vida patas arriba, no puedo evitar la necesidad de protegerlo. Quizá sea por eso por lo que me resisto a contestar, o quizá porque me parezca que hay algo que no encaja en el hecho de pronunciar el nombre de la persona a la que amo delante de él. Como si fueran dos mundos distintos que estallarían en mil pedazos en cuanto entrasen en contacto.

Sin embargo, David insiste y en ese momento siento más pena por él de la que he sentido en toda mi vida. En nuestra relación, él era el fuerte, él representaba la seguridad, la estabilidad y eso me hacía sentir cómoda. Yo, en cambio, era el caos. Siempre rondando a mi alrededor la posibilidad de que todo se fuera a la mierda. Siempre a punto de jugármelo todo en una partida.

—¿Quién es? —repite—. Necesito saberlo, Karo.

Parece tan indefenso, tan vulnerable, con sus ojos oscuros clavados en mí, implorando un nombre, un simple nombre. La sola imagen de verlo así me resulta dolorosa. Siento un deseo irremediable de marcharme, pero por alguna razón, soy incapaz de dejarlo en ese estado.

—¿Qué importa, David? Hay cosas que no se pueden evitar. Al final todo se arreglará, ya lo verás.

—Me vas a dejar por otro tío, Karo. Siempre hemos estado juntos y me vas a dejar por otro. Necesito saber quién es y en qué he fallado.

—No has fallado en nada. Yo no he elegido esto. Estas cosas simplemente ocurren.

Más lugares comunes.

—¿Quién es, Karo?

No voy a poder resistir mucho más tiempo sus súplicas. O me marchó o contesto, pero seguir dando rodeos es absurdo, así que opto por lo primero. Me pongo de pie y tomo mi bolsa de viaje. Mi gesto hace que David también se levante y me sujete por los hombros.

—Podemos arreglarlo, Karo.

Yo le pongo una mano en la mejilla.

—Vamos, David, deja que me vaya.

—¿Es amigo mío? ¿Por eso no me lo dices? ¿Me dejas por un amigo?

En los últimos tres años no he dejado de pensar si fue un error decírselo así, de sopetón. Tal vez, si me hubiera ido en ese instante le habría dado tiempo a que se hiciera a la idea, a que lo digiriera. Tal vez, su cabeza no lo habría conducido a la depresión como lo hizo.

—Guacimara —contesto.

—¿Quién?

—La conoces, te la presenté una vez. Es alumna mía en la Uned.

David arruga la frente y entorna los ojos como si estudiara mi expresión, como si no hubiera entendido lo que acabo de decir.

—¿Una mujer? —musita—. ¿Me dejas por una mujer?

—Eso da igual.

—Venga ya, Karo... ¿Te estás quedando conmigo?

—Tengo que irme.

—Tú no eres lesbiana.

Lo último que me apetece es discutir con David cuál es la etiqueta que me corresponde. Me alejo de él despacio, sin poder aguantar su mirada incrédula, pero oigo cómo se le desborda el llanto en cuanto abro la puerta para marcharme.

Nos volvimos a ver, claro. Tenerife no es una isla muy grande y los dos somos profesores de historia. Es inevitable que te cruces en alguna conferencia, en alguna reunión... Cada vez que nos encontrábamos, lo veía peor. En la última ocasión, hacía al menos un año, ni siquiera me saludó. Pensé que quizá fuera lo mejor. Si me odiaba o le resultaba indiferente mi presencia, al menos eso serviría para que se curara y siguiera adelante.

Mi vida tampoco ha sido un camino de felicidad. Hace dos meses sufrí una recaída en mi adicción al juego que provocó una pelea con Guasi. Eso hizo que nos separáramos. Ella dice que es algo temporal, que hasta que me estabilice nos vendrá bien a las dos que tomemos distancia. Quiero creerla, pero esta noche la he vuelto a cagar.

Miro de nuevo el mensaje de Ágatha, aunque me hace daño: «David se ha suicidado. Enhorabuena, lo has conseguido»; y luego las dos llamadas perdidas tuyas en mitad de la madrugada. ¿Qué quería? ¿Lo habría hecho si hubiera hablado con él? No es que estuviera dormida y por eso no contesté, es que no quise hacerlo. No respondí a sus llamadas a propósito. Lo último que me apetecía era escuchar sus reproches cuando yo misma estaba bastante hecha polvo. Pero desde que me ha llegado el mensaje, la culpa oprime mi pecho de tal modo que casi me cuesta respirar. El único momento de alivio que he podido encontrar ha sido cuando me he jugado una fortuna al póquer.

Pero ahora la culpa por los doce mil euros que acabo de perder se une a la otra. Por suerte, las copas que me he bebido me han producido una especie de calma artificial que evita que me ponga a llorar y que hace que pueda sentarme en mi coche y exhalar un largo suspiro. Consigo girar la llave y el motor suena como si fuera un amigo que me pasa el brazo por los hombros y me dice: «Vámonos de aquí».

He aparcado frente a mi casa, mi hogar. Muchas noches lo hago. Solo para recordarme lo que estoy a punto de perder. Es el lugar que comparto con Guasi y del que he sido expulsada a un apartamento en la calle La Marina. Un pequeño chalé adosado en el que hemos vivido los últimos dos años —el primero feliz, el segundo lleno de discusiones— hasta una nueva crisis de mi ludopatía. Una deuda con el banco de nueve mil y pico euros por culpa del póquer online precipitó la reacción de Guasi pidiéndome un tiempo para reflexionar.

Todo muy comprensible, pero esta noche no me apetece dormir sola. A mi alrededor el mundo se ha derrumbado y necesito un suelo bajo mis pies. Guasi no me puede negar eso.

Salgo del vehículo y atravieso la calle. Aún me lo pienso un poco, antes de llamar al timbre. ¿Estoy estropeándolo todo? A punto de darme la vuelta y regresar al coche, me lleno el pecho de

aire y me armo de valor. El timbre suena demasiado estridente a esas horas y aun así no se produce ninguna reacción al otro lado. Ni se oyen ruidos ni se enciende una luz. Debe de estar en lo más profundo del sueño. Saco mi móvil, lo enciendo y miro la hora. Maldita sea, las dos de la madrugada. Se va a cabrear por despertarla. Mañana tendrá trabajo y lo último que querrá será escuchar mis penas, así que me arrepiento de estar aquí y decido irme, pero cuando me doy la vuelta, la puerta se abre a mi espalda.

—Karo, ¿qué haces aquí?

—Perdona, ya me iba. No me he dado cuenta de la hora que era. Te he despertado.

—¿Qué ocurre?

Yo no sé si contestar. Me muerdo el labio inferior mientras la observo. Está preciosa con el pelo revuelto y la cara sin maquillar. A veces se me olvida lo mucho que me gusta.

—¿Ha pasado algo?

—David ha muerto.

Guasi se queda petrificada

—¿Muerto? ¿Qué ha pasado?

—Se ha suicidado. No me apetecía estar sola esta noche, por eso estoy aquí.

—Claro, pasa.

Se echa a un lado y me deja entrar en la que hasta hace un par de meses ha sido mi propia casa.

Nos conocimos en la universidad a distancia, donde yo empezaba aquel año a dar clases y ella se había matriculado en Historia. Era graduada en empresariales y trabajaba en un banco, pero como siempre le había gustado esa materia, decidió estudiar la carrera en la Uned, en sus ratos libres, y yo resulté ser su tutora de Historia Antigua de Primero.

Enseguida nos caímos bien. Tomábamos café de vez en cuando después de las clases y más tarde alguna copa. De ahí no pasábamos. Por entonces, David y yo éramos inseparables, teníamos nuestro grupo de amigos y esa era mi vida. Guasi era solo una conocida con la que conectaba, nada más.

Un día me encontré con ella en una tienda de Zara. Yo inspeccionaba unos vaqueros y trataba de juzgar si el tamaño de mis caderas me permitiría ceñírmelos. Entonces, un dedo me tocó el hombro. Me volví sorprendida y la vi allí, sonriente, con su pelo corto y supermoderno y los hoyuelos que se le dibujan en las mejillas cuando se ríe.

—¡Hola! —exclamé antes de darnos dos besos.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Iba al local de una amiga a tomar algo cuando te he visto entrar aquí.

—Sí, me hace falta algo de ropa, pero creo que esperaré a las rebajas.

—Ah, bien. ¿Te apetece una cerveza? El bar no está lejos. Lleva un par de meses abierto y le debo una visita.

Eran poco más de las seis de la tarde y el local aún no se había llenado. Cuando vi la bandera del arco iris tras la barra y las dos o tres parejas de mujeres diseminadas por las distintas mesas, lo primero que se me ocurrió fue que qué pensarían mis amistades si me vieran tomando una cerveza con otra mujer en un bar de ambiente. Mi sorpresa debió de notármeme en la cara, porque Guasi me preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien.

—Mira, te presento —dijo sacándome de mi estupor—. Ella es Greta.

La chica al otro lado de la barra se alzó sobre esta y me dio dos besos. Llevaba el pelo muy corto, al estilo militar y piercings en la nariz, en el labio y en la oreja izquierda, en la derecha ni uno solo.

—Yo soy Karo. Encantada.

—Buona sera, cara.

—Cara no, Karo —respondí provocando las risas tanto en Greta como en Guasi.

—Greta es italiana —dijo Guasi—. Nos llama cara a todas.

—Ah.

Nos sentamos en una mesa junto a una pared llena de carteles antiguos de espectáculos de la Belle Epoque parisina y saboreé mi cerveza en silencio mientras mis ojos se iban a ellos. Guasi no dejaba de mirarme.

—Sabías que soy lesbiana ¿verdad? —me preguntó.

—No tenía ni idea.

—Pues yo pensaba que tú lo eras, o al menos bi, pero te veo tan incómoda...

No sabía si bromeaba o no, pero al oírla algo en mi interior se revolvió. No es que estuviera enfadada, sino más bien avergonzada, como si una parte de mí se sintiera descubierta en una falta.

—¿Yo? —Le enseñé la alianza—. Estoy casada.

—¿Y?

—No lo soy —afirme con seguridad, casi enfadada.

—Perdona. No sé por qué lo pensé, solo era una intuición. Lo siento, no tenía que haberlo dicho.

Un silencio incómodo se interpuso entre nosotras. Un silencio que mi mente traicionera aprovechó para traer al presente recuerdos de mi propia adolescencia. Me vi a mí misma leyendo un artículo en una revista femenina, nada seria. En él se decía que aproximadamente el ochenta por ciento de las mujeres tenían o habían tenido alguna vez fantasías sexuales de relaciones lésbicas; que era algo muy normal y que no quería decir que ese fuera el porcentaje de mujeres homosexuales; que solo eran fantasías. Y eso precisamente pensé que me ocurría a mí, así que me sentí entonces la chica más normal del mundo. Asumí aquella explicación, seguí adelante y me casé con mi novio del instituto.

David era el chico perfecto para tener una vida convencional. Coincidimos en el mismo curso, comenzamos a salir, estudiamos la misma carrera... Mientras yo hacía el Erasmus en París, él encontró un trabajo en la Universidad de La Laguna como profesor adjunto y en cuanto volví hicimos planes de boda. No había lugar para la discrepancia. Era lo que se suponía que debíamos hacer. Nos queríamos e íbamos a estar juntos. Lo demás, no eran más que fantasías, como para el ochenta por ciento de las mujeres.

Ahora, viendo a Guasi, sentía curiosidad por saber de ella, por cómo había sido su vida, pero, al mismo tiempo, un pudor tan resistente como un muro de piedra me impedía preguntar.

—Si quieres, nos vamos —dijo ella.

—No, no hace falta. Es que...

—¿Es que?

En algún lugar encontré el valor.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Cómo lo supiste? ¿Cómo descubriste que eras...?

—Lo supe desde siempre. No recuerdo un día en que sintiera una epifanía. Desde muy jovencita lo he tenido claro. Tengo novias desde los catorce años, pero no creas que ha sido fácil. He sufrido bullying en el instituto, me tuve que enfrentar a algunos gilipollas en la universidad, pero con el tiempo todo se ha vuelto más fácil. Con excepciones, la gente en general es bastante tolerante. Vive y deja vivir.

—¿Y tu familia?

—Con ellos no he tenido nunca ningún problema. Mis padres son estupendos, muy abiertos, igual

que mis hermanos. Ni siquiera se lo he tenido que confesar. —Hizo el gesto de las comillas con los dedos al pronunciar la palabra «confesar»—. Les presenté a mi primera novia y todo fue bastante natural.

Mientras Guasi hablaba, me sentía como si mi vida fuese el negativo de una fotografía de la suya. Un sentimiento enterrado en el fondo de mi alma comenzó a aflorar sin que yo lo pudiera controlar. De pronto, escuchando a esa chica que era apenas dos o tres años menor que yo, una pregunta comenzó a escribirse en mi mente. ¿Qué hubiera pasado si hubiese afrontado mis dudas en lugar de enterrarlas? El mero hecho de pensar en ello me provocó en ese preciso instante un vértigo tremendo, un malestar con el que me era imposible lidiar, el deseo de huida sin mirar atrás.

—Estás muy callada —dijo Guasi.

—¿Sí? Perdona. No me encuentro muy bien. Debo estar incubando algo. Creo que me voy a ir.

—Vaya, lo lamento. Te acompaño.

—No, no te preocupes. Quédate.

—No, que va. Te acompaño.

Las dos nos levantamos al mismo tiempo y nos dirigimos a la salida.

—Arrivederci. ¿Ya se van? ¿Tan pronto? —dijo Greta desde detrás de la barra.

—Sí, Greta, lo siento —respondió Guasi—, pero es que Karo no se encuentra muy bien.

—Oh, vaya.

Cuando salimos a la calle, nos encontramos con una tarde espléndida a la que aún le quedaban un par de horas y me sentí como si volviera a la realidad, como si ese local fuera una puerta a un mundo en el que pudiera perderme para siempre. Tuve la sensación de que había mirado a los ojos a un monstruo y que este casi me devora, pero ahora volvía a ser Karo, la profesora de Historia, casada y con una vida estable.

—¿Dónde tienes el coche? —me preguntó Guasi.

—En el parking de la Avenida Trinidad.

—Ah, vamos entonces, yo tengo que coger el tranvía.

—¿Qué le ha ocurrido al tuyo?

—Que está viejo. Tengo que pasar la ITV y hay que hacerle una buena revisión.

—Yo te llevo —me ofrecí ya segura de que la revisión de mi pasado con esos nuevos ojos no se iba a volver a producir.

Qué equivocaba estaba. Acabé sola en mi coche, delante de su casa, contemplando cómo se alejaba de mí después de que me hubiera besado e invitado a subir a su apartamento. Rechacé su invitación porque haber dicho que sí suponía asomarme a un abismo que me devoraría sin remedio.

Ahora observo la infusión de manzanilla que esa misma mujer me ha preparado. Estoy sentada en una de las banquetas, con el codo apoyado en la barra que separa la cocina en dos, mientras Guasi me mira desde el otro lado con cierta compasión en sus ojos. Una compasión que necesito más que ninguna otra cosa.

—Tú no tienes la culpa —me dice—. David estaba enfermo.

—Sí, una enfermedad que le provoqué yo.

—Vamos, Karo. Creí que eso ya estaba superado. Vuestra ruptura pudo haber actuado de desencadenante, pero si no hubiera sido esa la razón, habría sido cualquier otra. La depresión es una enfermedad física que tiene que ver con la química del cerebro.

Suspiro profundamente y me llevo la jarra de la manzanilla a los labios. Ya me sé la teoría y, sin embargo, me siento como si yo lo hubiera empujado al vacío. Guasi se calla y me mira fijamente. Sabe que le oculto algo, me conoce demasiado bien.

—¿Has jugado? —me pregunta.

Por un momento se me pasa por la cabeza el mentirle, pero soy incapaz. Asiento sin atreverme a mirarla a la cara y ella suspira como si la derrota fuese también suya.

—¿Cuánto has perdido?

—Doce mil euros.

—¿Doce mil? ¡Joder, Karo! No tenemos ese dinero.

—Tú no te preocupes por eso —le digo—. Es cosa mía, lo resolveré.

—¿Cosa tuya? Nunca es solo cosa tuya, por eso estamos como estamos.

Un golpe bajo, así lo siento. La culpa de que estemos como estamos es mía. Y aunque me está echando la bronca no puedo evitar cierta satisfacción de que aún hable en plural. No está todo perdido.

—¿A quién le has pedido el dinero?

—Eso da igual. Te he dicho que no te preocupes.

—¿A un prestamista?

Asiento con la cabeza.

—Mierda.

—Voy a pagarle. Mañana iré al banco...

—Siempre la misma historia, Karo. El banco te dirá que no, luego el prestamista nos amenazará y tú le pedirás el dinero a tu madre, o yo a mi padre, y así hasta la siguiente vez. Estoy harta de esto.

Guasi se va de la cocina y me deja sola frente a mi taza. Tiene razón, siempre la tiene. Me quedo un rato en silencio terminándome la infusión mientras ella acarrea mantas y sábanas yendo y viniendo por la casa sin prestarme ninguna atención. Después de un rato, me levanto y me dirijo al dormitorio libre que tenemos para cuando se queda algún amigo. Me niego a llamarlo habitación de invitados. Guasi está metiendo una almohada en su funda y la acomoda en la cama.

—Puedes quedarte aquí esta noche —me dice con frialdad.

Yo me acerco a ella y la tomo de la mano.

—Lo siento —susurro.

—Sé que no lo puedes evitar, Karo, que es una enfermedad, pero es que...

En ese momento la deseo con todas mis fuerzas. Lo único que quiero es besarla y tomarla entre mis brazos. Hacer que disfrute y oírla gritar y gemir, y verla apretar la sábana entre sus dedos mientras se corre y luego dormir abrazadas toda la noche, como si los problemas no fueran capaces de inmiscuirse entre nosotras, como antes. Por eso acerco mis labios a los suyos y musito:

—Lo voy a solucionar, te lo prometo.

Entonces nos besamos. Durante un instante, creo que todo vuelve a ser como al principio, que seguiremos adelante, pero su mano en mi hombro disuelve todas mis ilusiones. Me aparta suavemente, como si temiera hacerme el daño que me ha hecho.

—Perdona, Karo. De verdad que no puedo.

Se queda un instante mirando al suelo, luego parece que va a decir algo más, pero se arrepiente. Entonces se marcha. Sale de la habitación y me deja sola, frente a una cama vacía que me niego a ocupar. Decido marcharme yo también y regresar a mi apartamento. No ha sido buena idea forzar las cosas. El rechazo deja cicatrices.

Antes de entrar al coche contemplo la luz encendida en el piso de arriba, en nuestra habitación, que ahora es un poco menos nuestra y un poco más suya.

Me levanto hecha unos zorros. Tengo la boca seca y la sensación de que hay demasiada luz en mi dormitorio. El ron que me bebí después de la funesta partida me está pasando factura y sólo tengo dos alternativas: un café bien cargado que me ponga las pilas o volver a la cama y pasarme allí el resto del día. Opto por lo primero. Lo último que necesito es perder mi trabajo. Es verdad que

pagan una mierda, pero es lo único que tengo y al menos me permite seguir haciéndome cargo de la mitad de la hipoteca. Por suerte puedo vivir gratis en este apartamento minúsculo que pertenece a mi madre.

La nómina también me da para el café y para lamentarme de lo mal pagados que estamos los profesores interinos en este país. La luz verde de la cafetera se enciende y me llevo el primer sorbo a la boca como si fuese medicina. ¡Qué rico sabe! Como si por un momento todos mis problemas se hubieran solucionado y tan solo tuviera que sentarme en la mesa de mi comedor a leer mi periódico de tres días atrás.

Lo hojeo sin demasiado interés. Protestas vecinales por las obras de la nueva línea del tranvía. Protestas vecinales porque hay una carretera que no está en las condiciones mínimas para el tráfico que soporta. Protestas vecinales por... Y al menos tres o cuatro noticias sobre el partido político de moda: Los Canarios Primero, de clara inspiración trumpiana. Su líder, Leocadio Marrero, promete que mantendrá la inmigración a raya, que no permitirá la llegada de un solo inmigrante mientras le falte el trabajo a un canario. Las tonterías de siempre, pero funcionan. Una encuesta del propio periódico sitúa al partido como primera fuerza del archipiélago, seguido muy de cerca por el PSOE y Coalición Canaria. Y subiendo.

Pero lo que verdaderamente llama mi atención es la foto que centra la noticia. Se trata de un mitin de Marrero en Santa Úrsula. El líder está en el centro vestido con un traje azul marino, bastante elegante. Debe de tener unos sesenta años, es bajito y de barriga prominente y con la barba y el pelo castaños claramente teñidos. No deja de apretar manos y sonrío como si acabara de ver a la Virgen María. Es una de las personas que le acompañan la que casi hace que el café salga despedido de mi boca. Tiene la barba entrecana y el pelo del mismo color con un peinado moderno parecido a una cresta. También sonrío, pero por su expresión parece incómodo. Desde luego mucho más incómodo que cuando me prestó doce mil euros para que los perdiera con el gorrilla.

Dirijo mis ojos hacia el pie de foto para ver si encuentro el nombre de mi prestamista. «Leocadio Marrero en el mitin multitudinario del polideportivo de Santa Úrsula rodeado por su equipo».

—Estupendo, Karo —me lamento—, le debes doce mil euros a un político y ni siquiera sabes cómo se llama.

Torpemente recorto la foto con los dedos y la guardo en el bolso. Se me ocurre que quizá pueda averiguar algo, sobre todo porque no dejo de preguntarme qué hacía un político de ese nivel en una timba de desgraciados como la nuestra y además prestando dinero a la más desgraciada de todos.

CAPÍTULO II

Llego al tanatorio de Santa Lastenia sobre las diez de la mañana. Se trata de un edificio moderno, con fachada de cristal que parece más una terminal de guaguas que un tanatorio. Es enorme, con numerosas salas en las que al menos veo tres grupos velando por sus difuntos. En uno de ellos distingo a algunos amigos que teníamos David y yo y que en nuestra disputa tomaron partido por él. No voy a encontrar una bienvenida muy cordial, ya lo doy por hecho.

Me dirijo a la sala en cuestión con la vista clavada en el suelo. «No tengo nada de lo que avergonzarme», me repito, y aun así me avergüenza estar allí. Como si yo también me sintiera responsable. De no ser porque llevo sobre mis hombros el peso de la deuda que tengo con David, ni siquiera habría aparecido. De alguna forma siento que debo estar aquí, que debo despedirlo, que se lo debo a él.

Entro en una sala de paredes blancas y muy luminosa, llena de gente que se gira para mirarme. Algunos levantan las cejas, otros, al ver sus reacciones, preguntan quién soy.

—Es su exmujer —escucho en un murmullo.

Echo un vistazo general a la sala y veo al fondo, sentadas en unos sillones de color naranja a sus dos hermanas, Ágatha y Mónica, junto a su madre, que está en una silla de ruedas y con la mente obnubilada por la demencia. Me impresiona verla así. Cuando David y yo estábamos casados, aquella mujer era un ejemplo de fortaleza que apenas si empezaba a mostrar los primeros síntomas de una enfermedad precoz que ahora se manifiesta con toda su crudeza. Me tenía cariño y me hubiera gustado darle un abrazo, pero no creo que Ágatha, la autora del mensaje, me lo permitiese. Decido entonces ir hacia la cristalera desde la que se ve el féretro.

David está tendido en su interior, con las manos cruzadas sobre su vientre y los ojos cerrados. Hay algo de irreal en su aspecto. Tiene el rostro serio y maquillado y da la sensación de que está fingiendo, de que se va a levantar en cualquier momento. No me parece él, sino un impostor que ha suplantado su cuerpo y su identidad para engañarnos a todos.

Siento las lágrimas asomar en mis ojos y me las seco con un pañuelo de papel. Hasta llorar por él me avergüenza con tantas miradas posadas mí, así que trato de tomar distancia fijándome en la corbata negra que tiene apretada al cuello. ¿Cuántas veces tuve que hacerle el nudo porque no había manera de que aprendiera? Me estoy preguntando quién se lo habrá hecho esta vez cuando noto una presencia destacada a mi lado.

Es una mujer alta y corpulenta de unos sesenta años que se ha cruzado de brazos y se queda mirando a su protegido. Su nombre es Amanda Meulenbelt. Ese apellido tan raro es porque su padre es holandés —o era, no estoy segura de que haya muerto. Es la prestigiosa jefa del departamento de Historia de la Universidad de La Laguna, la jefa de David, y también su directora de tesis. En todo lo que ha conseguido él en su vida académica, la luz de esta mujer ha iluminado

el camino. Desde el primer año en que fue su alumno, lo tomó bajo su manto protector y dirigió sus pasos. Creía sinceramente en su brillantez.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Hola, Amanda. —Nos damos dos besos—. Bien, supongo. ¿Y tú?

—Bastante mal. No me lo esperaba en absoluto. Aunque parezca extraño, ahora no era cuando peor estaba ¿sabes? Ha tenido altibajos en su depresión, pero últimamente parecía encontrarse mejor. Me había hecho a la idea de que esto podría ocurrir, ¿pero justo ahora? Ha sido un golpe muy duro.

Prefiero no responder. ¿Qué iba a decir? Oyendo hablar a Amanda me doy cuenta de que yo ya no pertenezco a su ambiente, de que no sé nada de David y de que cualquier conversación referida a él me suena ajena.

—¿Lo viste en los últimos días? ¿Teníais contacto?

—No, no... Hacía tiempo que no.

Mi cabeza me recuerda las dos llamadas tuyas perdidas en mi móvil cuando una suave tos interrumpe mis pensamientos. Amanda y yo nos damos la vuelta y nos encontramos de frente con Adrián, el marido de Mónica, la hermana que no me odia tanto como Ágatha.

—Os dejo —dice Amanda alejándose inmediatamente y uniéndose después a un corrillo de mujeres en el centro del velatorio.

—¿Cómo estás? —me pregunta Adrián.

—Bien. ¿Y vosotros?

—Te puedes imaginar. Por suerte, Ágatha no parece haberse enterado muy bien de lo que ha pasado —se refiere a su suegra—, pero tiene momentos de lucidez en los que empieza a llorar de repente.

Vuelvo mi mirada de forma involuntaria a la anciana en silla de ruedas y, junto a ella, me encuentro con los ojos duros de su hija.

—Oye, Karo... —empieza Adrián, pero no lo dejo terminar.

—Ya. Quieres que me vaya.

—Entiéndelo. Ágatha te culpa de lo ocurrido. —Se refiere a su cuñada—. Dice que, si no te marchas ahora mismo, montará un pollo que la van a oír en el Teide. Ya sabes como es.

Yo le mantengo la mirada a Ágatha como si fuera un desafío absurdo. Sé que está destrozada y quiero demostrarle que yo también lo siento. Una intención ridícula porque para aquella mujer yo he matado a su hermano y nada de lo que haga la hará cambiar de opinión. Así que soy la primera en claudicar. Bajo mis ojos y digo:

—No te preocupes, Adrián, ya me voy.

—Gracias.

Salgo del edificio sin resistencia para contener las lágrimas. No me puedo quitar de la cabeza el rostro del único hombre al que he querido. Tal vez no lo amé como se merecía, pero sin duda lo quería y jamás le hubiese hecho daño a propósito. ¿Tanto me amó que no podía soportar vivir sin mí? ¿Se puede querer a alguien de esa manera sin estar enfermo?

Al entrar por la enorme puerta del edificio de la Uned, oigo que me llaman:

—¡Karo!

Con la resaca del que suele beber muy poco martilleándome en las sienes y la imagen de Ágatha apuñalándome con la mirada, lo último que me apetece es charlar con alguien en este momento. Siento el impulso de hacerme la despistada, pero me decido por girarme hacia el mostrador de madera que da a la secretaría y veo a Concha, la auxiliar administrativa, con un dedo levantado.

—Tienes un montón de correspondencia —me dice.

¡Ah, qué pereza!

—Otro día, Concha, estoy muy ocupada.

—¡Karo, por favor!

Sin mirarla siquiera, huyo de ella atravesando el porche y el patio interior para dirigirme directamente a mi aula que está al otro lado del pasillo, en un segundo patio. La perspectiva de pasarme la siguiente hora contestando a preguntas sobre algún faraón hace que me duela aún más la cabeza, pero siempre es peor si además tengo que abrir unos cuantos sobres oficiales. Si hoy no viniera ningún alumno a la tutoría ya sería la cuadratura del círculo.

¡Bingo! El pasillo en el que se encuentra mi clase está vacío. Qué suerte. Paso al aula, bajo las persianas y me siento en el muñido sillón reservado al profesor. No me olvido de encender el ordenador y casi salto de alegría cuando compruebo que tampoco hay ningún otro alumno conectado en línea, así que hago lo que tenía pensado. Apoyo la cabeza entre mis manos y cierro los ojos, pero no encuentro la paz que necesito.

Me paso los siguientes minutos reviviendo mi visita a Guasi de anoche. Entonces saco mi móvil y busco en mi agenda su nombre. Cuando estoy a punto de hacer la llamada, me detengo y medito. Es mejor enviar un mensaje, me sentiría fatal si no me lo cogiera.

Durante un rato pienso bien en lo que escribir. ¿Es mejor sencillo y directo sin dar pie a que conteste, así no se sentirá obligada, o todo lo contrario, una pregunta que la fuerce a responder?

«Siento lo de anoche», escribo, pero lo borro.

«Qué tal estás?», vuelvo a escribir, aunque tampoco me gusta y regreso al primero.

«Siento lo de anoche», y pulso en el botón de enviar.

Las dos aspas siguen de color gris durante un rato hasta que se ponen azules y mis hombros se tensan al tiempo que estiro la espalda. ¿Contestará? «Escribiendo...», parece que sí.

«No te preocupes. No hacía falta que te fueras.»

«¿Quieres que nos veamos?»

«Hoy no puedo, tengo mucho curro.»

«Ok»

Al último se le ponen las dos aspas azules, pero ya no hay respuesta y empiezo a tener la impresión de que no sé jugar a este juego.

Después de dos horas en la clase, lo que parecía una oportunidad de descanso se ha convertido en un aburrimiento mortal. Salir de la universidad es como la liberación de una cárcel de sopor. Cuando llegue a casa me comeré unos espaguetis y de postre un par de ibuprofenos a ver si se me pasa este maldito dolor de cabeza.

Vivo en un edificio de principios de los ochenta en el que mi madre tiene un apartamento puesto en alquiler. Tuve la suerte de que el inquilino se marchara un mes antes de que yo recayera en el juego. Nada en ese edificio me gusta y no puedo evitar compararlo constantemente con mi verdadera casa. En el zaguán hay un ascensor pequeño, construido hace dos años y en el que apenas caben dos personas. Una mujer mayor está metiendo unas bolsas de supermercado en él, así que me decido por las escaleras. El mío es un cuarto, me vendrá bien llegar arriba sin aliento, sobre todo porque así tendré una excusa para seguir quejándome.

La sorpresa viene cuando veo a mi excuñada, Mónica, la que no me odia tanto, apoyada en la pared, junto a la puerta de mi piso. Se endereza en cuanto aparezco y yo me detengo en el último escalón.

—Siento lo de esta mañana en el velatorio —dice sin saludar siquiera, y parece sincera.

—Tranquila, es comprensible. —Me dirijo a mi puerta con la llave en la mano—. ¿Llevas mucho esperando?

—No, el entierro ha terminado hace un rato, luego hemos ido a recoger el informe de la autopsia y me he venido para acá. Quería hablar contigo.

Le doy la vuelta a la cerradura y la invito a pasar. Mónica entra despacio, mirando a su alrededor, pero no hace el menor gesto que refleje su opinión sobre el piso, cosa que agradezco.

—Tu madre me ha dado esta dirección.

—Sí, estoy viviendo aquí temporalmente. Siéntate, por favor.

Le señalo una de las sillas que rodean la mesa del comedor y yo me dirijo a la cocina, que está junto a la puerta. Abro la nevera y veo lo que tengo.

—Te puedo ofrecer cerveza o Coca-Cola.

—Coca-Cola está bien, gracias.

Le entrego la lata con un vaso, mientras yo me sirvo una cerveza. Me siento frente a ella y espero a que termine de servirse la bebida.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto. Cuando David y yo estábamos casados, me llevaba muy bien con ella, después no hemos vuelto a hablar. Nunca me ha atacado, como su hermana, pero no estoy muy segura de cuál es la opinión que tiene de mí.

—Bien, supongo —contesta.

Mónica se acerca el vaso a los labios y bebe un sorbo corto.

—Me resulta un poco incómodo, pero quería preguntarte algo.

—Adelante.

Aún se lo piensa un poco.

—Es delicado.

—¿Qué quieres saber, Mónica? Pregunta lo que sea.

—Cuando estabais casados David y tú...

Se detiene. Me tiene intrigada, la tengo que empujar.

—¿Sí?

—¿Practicabais... juegos?

Casi le escupo a la cara la cerveza ante la conmoción por su pregunta. No creo que se refiera al monopoly.

—¿Qué?

—Perdona. No es que me haya vuelto una morbosa cotilla, es que...

Se ha puesto muy colorada y es incapaz de sostenerme la mirada.

—¿Qué clase de juegos?

Le cuesta contestar.

—Ya sabes, fantasías.

—¿Fantasías de qué tipo?

—De tipo... sadomasoquista.

Me quedo de piedra. ¿A dónde nos lleva todo esto?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Sé que es muy íntimo, Karo, pero tengo que saber si a mi hermano le gustaban estas cosas.

—Espera, ¿por qué tienes que saberlo? Todo esto me parece muy raro, Mónica.

Mi excuñada se pone muy seria, vence su vergüenza y me mira a los ojos.

—¿Me puedes responder, por favor?

Se me escapa un suspiro, si me está preguntando algo así es que tiene alguna buena razón.

—A ninguno de los dos nos interesaban estos juegos que dices. Nuestro sexo era bastante convencional. ¿Ahora me vas a decir por qué me lo has preguntado?

Mónica bebe otro sorbo de su Coca-Cola y luego saca un sobre de color blanco de su bolso.

—¿Qué es esto? —le pregunto.

—Es el informe de la autopsia de David. Dice que su cuerpo presentaba unas abrasiones por ataduras en las muñecas. He llamado al inspector que ha investigado la muerte y me ha contestado que ya lo ha aclarado con la novia de David.

—¿David tenía novia?

—Eso parece —responde Mónica llevándose la mano a la frente—. Se presentó en su casa, después de que Ágatha lo encontrara y llamara a la policía. Dijo que había quedado con él esa mañana.

—¿No la conocías?

—No, ni Ágatha tampoco. Ni siquiera ha ido al entierro.

—¿Qué quiso decir con que estaba aclarado con la novia de David?

—Después de mucho insistir me ha enviado su declaración. Esa mujer ha dicho que solían practicar juegos sadomasoquistas y que esa es la causa de las marcas. Bondage creo que lo llaman.

Me parece raro, pero no tanto como cree su hermana.

—Escucha, Mónica, quizá te parezca chocante en David, a mí también me lo parece, pero este tipo de juegos es bastante normal. Mucha gente los practica alguna vez, aunque solo sea por experimentar.

—Ya lo sé, no soy una mojígata. Pero no es solo lo de las marcas, es que es todo muy extraño.

—¿A qué te refieres?

—Estaba mucho mejor, Karo. —La segunda persona que me lo dice—. Lo veía ilusionado. Me contó que le había pedido a su psiquiatra que le bajara la medicación. Parecía estar superándolo y de repente se suicida. Y me entero de todo esto. Es como si no fuera David. Como si me hablaran de otra persona.

—¿Has hablado con esa mujer?

—No me coge el teléfono y se me acaba el tiempo. Esta noche volvemos a casa.

—¿A casa?

—¿No lo sabías? Adrián y yo vivimos en Madrid desde hace un año. Solo he venido para el entierro.

—No lo sabía. ¿Quieres que hable yo con ella?

Nada más decirlo ya me estoy arrepintiendo. ¿Quién me mandará meterme en esto?

—¿Lo harías?

—Claro, si así te quedas más tranquila. ¿Cómo se llama?

—Laura Monago. Casi no sé nada de ella, lo que he encontrado en internet, que es dueña de tres discotecas, una en Santa Cruz, en Cabo Llanos, y dos en el sur, en Los Cristianos. La de Cabo Llanos creo que se llama Scream.

—De acuerdo, iré a verla.

—Por favor, llámame en cuanto sepas algo.

—Prometido.

Mientras me como los espaguetis me pregunto cómo puedo ser tan idiota. Ni siquiera tenía que decir que no. Con unas cuantas evasivas e insinuarle a Mónica que lo que afirmaba no tenía sentido, me habría librado del marrón. Y, sin embargo, aquí estoy, comprometida a hacer de detective aficionada para una situación en la que no quiero estar ni un minuto. ¿Por qué lo hago? ¿Por culpa? ¿Es porque si averiguo que no se suicidó, como sospecha su hermana, quedaré

absuelta de mi responsabilidad? Claro que es por eso, así de básica soy.

Ahora tendré que ir a la discoteca de Cabo Llanos a que esa mujer me repita lo que le ha dicho a la policía y ya de paso me cuente alguna que otra intimidad más que no me apetece nada oír. Luego, llamaré a mi excuñada y le diré: «Quédate tranquila, Mónica. Creo que esa mujer es sincera. Es probable que David tuviese una recaída en la depresión y realmente se suicidase».

Termino mis espaguetis y pongo el plato en el fregadero con la esperanza de que se friegue solo y luego me dirijo a uno de los muebles de la cocina a coger mi esperado ibuprofeno. Cuando me lo tomo me tumbo en el sofá y me cubro los ojos con el brazo. Poco a poco el dolor de cabeza disminuye en intensidad al tiempo que el cabreo también lo hace y un dulce sopor se va apoderando de mí. Qué bien me vendría una siesta.

El comedor está lleno de sombras. La noche se está echando encima de la ciudad y yo abro los ojos como nueva. El ibuprofeno y la siesta han ahuyentado mi dolor de cabeza, pero una preocupación difusa parece haberlo sustituido. Tengo algo que hacer, pero no recuerdo qué. ¿Qué día es hoy? Miércoles. ¡Mierda! ¡La terapia de grupo!

Me levanto a toda prisa. Tomo mi bolso de la silla y salgo corriendo del apartamento. El ascensor tarda demasiado en llegar así que me lanzo escaleras abajo mirando el reloj de mi móvil. Aún estoy a tiempo.

Corriendo por la acera tengo que esquivar a algunos transeúntes hasta que llego a mi Opel Corsa blanco. Arranco y salgo a toda hostia. Subo por la calle San Isidro rezando para no toparme con ningún municipal que detenga mi aventura y me adentro en la Rambla con el semáforo en ámbar. Ya no estoy lejos. Miro el reloj del coche —las ocho y cuarto— y me convengo de que puedo llegar, pero un impedimento hace que me asalten las dudas. Me topo con un atasco a la altura de la Plaza de Toros. Un par de minutos de parada son suficientes para que mi cuerpo se tense, apriete mi mandíbula y me agarre al volante como si fuera un salvavidas.

—Vamos, vamos —voy diciendo en voz baja mientras los coches que me preceden empiezan a moverse.

Por fin el tráfico fluye. Veinte y veinticinco. No estoy lejos y me quedan cinco minutos. Me desvío por la Avenida Islas Canarias. Subo más rápido de lo que debiera hasta llegar al puente Zurita. Veinte y treinta y dos. La sesión ya ha empezado, pero todavía puedo entrar sin que me dé vergüenza. Cuando veo el edificio azul empiezo a notar que mi cuerpo se relaja. No me puedo creer la suerte que tengo al encontrar un aparcamiento justo enfrente. Acomodo mi Opel Corsa en el hueco sin demasiado cuidado y me lanzo a la carrera directa al piso de mi psicóloga.

—Perdón por el retraso —digo en cuanto llego.

Isa, la terapeuta, me dedica una sonrisa tranquila. Está sentada en un sillón de orejas de color burdeos como una maestra de ceremonias.

—No te preocupes —me dice—, estábamos a punto de empezar. ¿Vas a hablar hoy?

—Me gustaría —respondo.

—Bien.

Entonces apunta algo en su libreta y yo me siento en una silla vacía junto a la puerta del comedor. Somos unos diez repartidos por el sofá, otro sillón de orejas y varias sillas. Es un piso decorado con buen gusto que le quita a la sesión toda la apariencia de una consulta psicológica. Parecemos más bien unos amigos que se han reunido a charlar.

Isa sigue escribiendo en su libreta mientras los demás esperamos en silencio. Es algo mayor que yo, pero no mucho. Debe tener unos treinta y seis o treinta y siete. Lleva gafas de pasta de color azul y el pelo recogido en una cola. No recuerdo haberla visto nunca con otro peinado. Me pregunto si cuando sale de fiesta también lo lleva así, porque soy incapaz de imaginarla con la melena al viento. De pronto, da unos golpecitos con su bolígrafo sobre el papel y levanta los ojos de la libreta para dirigirse al hombre de su derecha, uno de los tres que están sentados en el sofá. Lleva más tiempo en la terapia que yo y es de los que suele hablar a menudo.

—Pablo, ¿quieres ser el primero?

—Vale —dice él. Luce unas entradas amplias en la frente, algunas canas en las sienes y el ceño permanentemente fruncido.

A pesar de su aspecto triste, Pablo nos cuenta una historia feliz. Lleva más de seis meses sin jugar y al fin su mujer se ha decidido a darle una segunda oportunidad. Tienen un hijo juntos de unos diez años que está encantado de tener a su padre de vuelta en casa y nos habla de lo importante que es el niño en su vida, de lo motivado que se siente... Yo no puedo evitar pensar en Guasi. ¿Habrá una segunda oportunidad?

Los aplausos espontáneos cuando Pablo acaba de hablar me sorprenden, pero me uno a ellos. Apenas nos conocemos, aunque todas nuestras historias son similares. Al final hemos acabado desarrollando una cierta camaradería en la distancia que hace que nos mostremos comprensión unos a otros.

—Cande, cuando quieras —dice Isa.

Y Cande, que es una mujer menuda entrada en la cincuentena y sentada en el otro sillón de orejas, parece querer desaparecer. Sus hombros se hunden, su mirada se clava en el suelo y con una mano se aparta el flequillo negro de la frente.

—He estado a punto de recaer —dice con un hilo de voz—. Roman y yo lo hemos dejado. Ya os hablé de él. Dice que quiere volver a su país. Es rumano —aclara levantando la vista, pero sin mirar a nadie en concreto—. El caso es que he estado muy mal toda la semana. He pasado por delante del bar en el que solía jugar antes y casi caigo de nuevo. Quería darte las gracias, Isa —Cande se pone a llorar e Isa le sostiene la mano—, si no fuera porque aquel día me cogiste el teléfono, me hubiera dejado el sueldo.

—Has demostrado mucha fuerza, Cande, eso quiero que lo tengas claro. Yo puedo ser un apoyo, igual que este grupo, pero esto debe servir para que os deis cuenta de vuestras fortalezas.

Cande asiente y se limpia las lágrimas con un pañuelo. Esta vez no hay aplausos, aunque algunos compañeros la animan con frases hechas y alguna palmadita. Entonces Isa se vuelve hacia una chica joven que está sentada en una silla justo a mi lado.

—Gara —le dice—. Cuando quieras.

—No voy a hablar, Isa.

—Vale —responde la psicóloga algo sorprendida.

—Ya sé que te he dicho que sí, pero he cambiado de idea.

—Muy bien, no te sientas presionada, las intervenciones son totalmente voluntarias. Si vuelves a cambiar de idea, házmelo saber.

—Gracias, Isa.

Y entonces, la mirada tras las gafas azules se centra en mí. En su cara aparece de nuevo su sonrisa amable y serena que agradezco en silencio.

—Karo, es tu turno.

Yo tomo aire. No esperaba ser la única portadora de malas noticias y eso pesa. Me pienso un momento cómo empezar y decido que es mejor hacerlo sin preámbulos.

—He recaído —digo con la vista fija en el suelo. Yo también siento cierta vergüenza de expresarme en voz alta, como Cande, pero sigo adelante—. Llevaba dos meses sin jugar y anoche la volví a joder. La causa... Bueno, resulta que había recibido una noticia horrible. Me sentía deprimida... Mi vida es un fracaso. Mi exmarido acaba de morir y me ha dejado un sentimiento de culpa que no me puedo sacudir de encima por mucho que lo intente; además, mi chica me mantiene alejada y mi trabajo sigue siendo un aburrimento mal pagado. De repente, fue como si necesitara ganar a algo... Sí, fue eso, la necesidad de no ser una mierda. Quería volver a sentirme bien, una ganadora.

—¿Y lo hiciste? —me pregunta Pablo desde su sofá—. ¿Ganaste?

Decido ser sincera.

—No, perdí doce mil euros.

Un murmullo se extiende por la habitación. Entonces interviene Isa.

—A estas alturas ya todos sabemos que el resultado es lo de menos. Que es el hecho de jugar lo que nos hace sufrir. No siempre vais a perder, alguna vez ganaréis, pero esa sensación de euforia por la victoria es engañosa, eso lo sabéis todos.

Todos asienten.

—Perdona, Karo. Continúa, por favor.

—Después de jugar intenté reconciliarme con Guasi. Estaba hecha polvo, busqué su apoyo y... La entiendo, no creáis. Nada de esto es fácil para ella, pero no ayuda sentirse tan sola en un momento así.

Entonces guardo silencio. No se me ocurre que más decir.

—Sabes que me puedes llamar a cualquier hora, ¿verdad? —dice Isa. Yo asiento—. ¿Tienes mi número?

—Sí.

—¿Todos lo tenéis?

Se produce un sí general.

—Bien —prosigue—, si alguien más quiere intervenir, aún nos quedan unos minutos. Para los que sintáis que vais por el buen camino, enhorabuena. Disfrutadlo. Debemos aprender a identificar nuestras emociones. No pasa nada por sufrir cuando hay sufrimiento, pero también tenemos derecho a disfrutar cuando hay alegría. Sin culpa.

»A los que creáis que estáis en un mal momento o en una recaída, no os castigéis. Es perfectamente normal. El camino de la recuperación no es recto, está lleno de curvas, pero eso no significa que no debamos seguir adelante.

»Bueno, si nadie más quiere hablar, podemos terminar aquí, si os parece.

Todos nos levantamos al unísono y nos dirigimos a la salida, pero la voz de Isa me detiene.

—Karo, por favor, ¿puedes esperar un momento?

Me vuelvo a sentar. Cuando nos quedamos solas, Isa se acerca y se sienta a mi lado sin perder la sonrisa de los labios.

—Sé cómo te sientes ahora mismo —me dice—. Seguramente piensas que lo que te queda por delante es demasiado largo y difícil, pero no es así. ¿Has escuchado a Pablo? Hace seis meses estaba como tú ahora. Seis meses y su vida parece que ha dado un vuelco. Quiero que te des cuenta de eso. Date tiempo, Karo. No es necesario que te exijas más de lo que puedes sobrellevar. Es solo cuestión de un paso cada vez, nada más.

Yo asiento. Tengo ganas de llorar, y lo hago. Me desahogo a su lado, en silencio, con mi mano derecha entre las suyas.

—Estoy aquí, Karo, igual que tus compañeros.

—Gracias —digo en un susurro.

Tardo un rato en recuperarme. Luego, me pongo de pie, me despido de ella y salgo de allí un poco menos hecha polvo que cuando llegué.

La terapia me ha devuelto las energías y ahora lo que quiero es terminar cuanto antes con la teoría rocambolesca de mi excuñada. Hablaré con la novia de David y lo aclararé todo, después ya podré pasar página y tratar de solucionar mis verdaderos problemas.

Con esta idea en la cabeza, me planto en la discoteca Scream. Es un local situado en la Avenida de la Constitución, cerca del Auditorio, frente al mar. Un lugar privilegiado que debe de haberle costado una pasta a la mujer misteriosa.

He estado allí un par de veces. Siempre ha sido Guasi la que se ha empeñado en que vayamos. No soy muy de discotecas, me gusta que se me oiga cuando hablo. Es un sitio de moda de Santa Cruz de Tenerife, caro, donde solo los chicos que se lo pueden permitir acuden a divertirse.

Aparco mi Opel Corsa entre un Mercedes y un BMW y me dirijo al lugar. No es muy grande, como discoteca es pequeña. Es más un bar de copas amplio, con una pista de baile, iluminado por una luz azul eléctrico, entre paredes muy blancas que recuerdan a las terrazas ibicencas. Hay bastante gente, me tengo que abrir paso dando algún que otro empujón hacia la barra que recorre la sala desde una pared hasta la otra. Consigo hacerme un hueco entre dos grupos de amigos y me atiende un chico moreno y musculoso que no me mira cuando me habla.

—Dime, guapa.

Pido una Coca-Cola y no estoy muy segura de que me haya escuchado, pero se aleja y yo me doy la vuelta para contemplar el local. Suena una música electrónica no muy estridente que baila una docena de personas en la pista. Los demás clientes se agolpan en la sala formando corrillos que charlan entre risas. Me vuelvo hacia la barra y veo que ya tengo la Coca-Cola. Levanto la mano para llamar al camarero musculoso que sigue a lo suyo. No me mira, así que insisto.

—¡Perdona!

No sé cómo me ha visto, pero se acerca.

—Dime, guapa —repite.

—¿Está Laura Monago?

Por primera vez me mira a los ojos. Observa mi rostro como si intentara averiguar si me conoce.

—Está bailando. —Señala con el dedo a la pista.

—¿Cuál de ellas es? —pregunto.

—La rubia del pelo corto.

Me fijo en una mujer alta de unos cuarenta años con pinta de sueca y acaramelada con una chica

que debe de hacer poco que ha dejado la adolescencia. La muchacha también es rubia, aunque su pelo no es tan claro. Ambas parecen concentradas en la música y en el baile, se miran muy serias y rozan sus labios suavemente sin llegar a besarse. Varias miradas están pendientes de ellas. Entonces, como si usara algún poder telepático, la mujer alta echa un vistazo a su local y sus ojos azules se detienen en mí. Frunce levemente el ceño y luego me sonrío. ¿Me conoce? ¿David le ha hablado de mí? Se aparta de la joven y comienza a caminar en mi dirección, pero de repente se detiene. Alguien la está llamando.

—¡Laura! —El grito suena desde el otro lado de la pista. Laura se da la vuelta y yo sigo su mirada hasta un hombre de pelo y barba entrecanos que sonrío con la mano levantada llamando su atención.

¡Joder! ¡Qué maldita casualidad! Me doy la vuelta y hundo mi cabeza entre mis hombros tratando de que el tipo no me vea. ¿Qué hace allí mi prestamista? ¿Y de qué conoce a Laura Monago? Disimulo mientras la observo por encima del hombro. Se acerca a él despacio, con seguridad. Se dan dos besos y Laura llama a la chica más joven con un gesto de la mano. Esta se aproxima a ellos y lo saluda de la misma manera. Los tres desaparecen tras unas cortinas al otro lado de la pista de baile y yo echo un trago a mi copa preguntándome qué hacer.

Después de un rato esperando y cuando ya empiezo a creer que esa noche no va a haber suerte, que no voy a dejar zanjado el tema, veo atravesar la cortina a la chica postadolescente con el mismo rictus serio de antes. Se dirige directamente hacia mí. Cuando llega a mi altura, me entrega un papel doblado y me dice algo al oído:

—Laura no te va a poder atender hoy. Te ruega que vayas mañana por la mañana a su casa. Así podréis hablar más tranquilas. En el papel está su dirección.

Sin esperar a que yo le responda, se apoya en la barra y llama a mi camarero musculoso.

—Dime, guapa.

—Está invitada a todo lo que tome.

—Okey.

La chica se marcha sin despedirse, pero la detengo tomándola del brazo.

—Perdona —le digo avergonzada por mi brusquedad—. ¿Laura me conoce?

La joven se encoge de hombros y esta vez sí que se marcha para no volver. Tenía razón en mis sospechas. No lo voy a dejar zanjado esta noche.

CAPÍTULO III

La casa de Laura Monago es una mansión a las afueras de El Sauzal, en el norte de la isla, a unos treinta kilómetros de Santa Cruz. Está situada cerca del mirador de la Garañona y casi cuelga de una terraza de rocas al borde del Atlántico. La rodea un muro blanco cubierto de enredaderas y una puerta de madera maciza con clavos de bronce imitando a los antiguos postigos medievales. También tiene una aldaba que no sirve para nada porque a la derecha hay un portero automático, de esos con cámara. Pulso dos veces y la puerta se abre sin que me conteste nadie.

Me adentro en un sendero de piedras que parte en dos un jardín con césped, buganvillas y algunas palmeras. Además, un pavo real se pasea por el lugar ignorándome por completo. Al final del sendero, en la puerta de la vivienda, me espera la chica que me entregó la dirección anoche. Está en toples, vestida solo con las braguitas de un bikini de color rosa y unas cholas. Su piel brilla por el bronceador, pero su cara mantiene la misma seriedad que la noche anterior. Parece que ni el sol la anima.

—Pasa —me dice—, Laura te está esperando.

Me dejo conducir por un vestíbulo austero que contiene solo un perchero y un espejo de pie en un rincón. Luego pasamos por una sala de estar que es todo lo contrario. Casi parece un museo, con las paredes repletas de cuadros de estilos tan variados que no sugieren estar colocados bajo ningún criterio. Mientras camino detrás de la joven me fijo en un icono bizantino que hay en un rincón. Está allí como si tal cosa, cuando es probable que sea la obra más valiosa de toda la casa.

Meneo la cabeza lamentándome del poco respeto hacia la antigüedad y salimos a una terraza amplia y soleada, con el suelo de lozas marrones. Veo a Laura Monago sentada a una mesa de jardín frente a una taza de café humeante, un plato lleno de tostadas, un tarro de mantequilla y una cafetera de cerámica en el centro. Se levanta al verme y me planta dos besos como si nos conociéramos de toda la vida. Va vestida con un albornoz blanco y su pelo corto y rubio está mojado y peinado hacia atrás.

—Qué bien que hayas venido, Karo. Disculpa que no te pudiese atender anoche. ¿Ya has desayunado? Sírrete lo que quieras.

Las tres nos sentamos a la mesa y Laura me sirve un café y me pregunta si quiero leche y después azúcar. Mi respuesta es afirmativa en los dos casos. La muchacha joven se mantiene en su lugar ajena a nosotras. Se lleva su taza a los labios en silencio y me fijo en que tiene unas abrasiones en las muñecas, como las de las fotos de la autopsia de David.

—¿De qué me conoces? —le pregunto directamente a Laura Monago—. ¿David te habló de mí?

—Sí, muchas veces. Su piso está lleno de fotos tuyas.

Levanto las cejas a modo de respuesta.

—¿Y no te importaba?

—¿A mí? ¿Por qué?

—Como eres su novia. No sé... que tenga fotos de su ex por todas partes...

—No soy tan insegura —responde llevándose a la taza a los labios.

Yo hago lo mismo tratando de disimular que lo que acabo de oír me ha producido una profunda pena. Me hubiera gustado que David pasara página. Lo digo en serio. Creo que habría sido feliz si lo hubiera visto con una mujer agarrada de su brazo, y al pensarlo, no consigo imaginarme a la mujer que tengo delante agarrada del brazo de David.

—¿Llevabais mucho tiempo juntos?

—No estábamos juntos. Al menos, no de la forma en que lo preguntas. Teníamos una relación esporádica. Nos veíamos, disfrutábamos y hacíamos nuestras vidas.

—Pero, le dijiste a la policía...

—Sí, le dije que éramos novios. A la policía es mejor darle respuestas sencillas. Si te pierdes en explicaciones, hasta lo más fácil empieza a complicarse.

—Contaste que las marcas de sus muñecas se las hiciste tú.

Laura esboza una sonrisa y luego una leve mirada suya se desvía hacia las muñecas de la joven que desayuna a nuestro lado y dice:

—Me gusta atar a mis amantes.

Estupendo. Acabo de conocer a la Sharon Stone de Instinto Básico. Si David fue asesinado, como sospecha Mónica, ya tengo a la culpable.

La joven suspira. No parece que le agrade el comentario que acaba de hacer la Monago, como en general no parece que le agrade nada. Se levanta de la mesa y dice:

—Me voy a tomar el sol.

Se aleja de nosotras por un caminito de grava que la conduce hasta una piscina azul turquesa. No puedo evitar seguirla con los ojos. Se tiende en una hamaca y se pone unas gafas de sol.

—Es una preciosidad, ¿a que sí? —comenta Laura.

Sí, sí que lo es, pero no digo nada.

—Se llama Alicia. Si te gusta, puedo organizaros algo.

—¿Algo?

—Una cena romántica... Algo más salvaje... Lo que quieras. No quedarás decepcionada.

—¿No estáis juntas?

—No te preocupes por eso.

La conversación empieza a parecerme de lo más raro.

—¿De qué va todo esto? —le pregunto.

—¿Qué quieres decir?

—Vengo aquí para intentar aclarar las sospechas que tiene la hermana de David sobre su muerte, y me ofreces unos servicios que no sé muy bien...

—Tranquila —me interrumpe con las palmas de las manos levantadas como si la estuviera apuntando con una pistola—, no he dicho nada. Pregunta lo que quieras.

He perdido el hilo de lo que quería preguntar y tardo un momento en recuperarlo.

—¿Por qué no fuiste a su entierro?

—No me parecía apropiado. No sabía qué les había contado David de mí, si es que les había contado algo, así que no me quería exponer a sus preguntas.

—Mónica dice que habías quedado con él la mañana en que su hermana Ágatha lo encontró.

—Así es.

—¿Te ha sorprendido su muerte?

—¿Sorprendido?

—No lo sé. Mónica cree que su hermano estaba mucho mejor, que el suicidio ya no era una amenaza.

—No tengo ni idea de psiquiatría. Si ella lo dice...

—Tú lo trataste en los últimos días. ¿Crees que estaba tan mal?

Sharon Stone suspira profundamente y se recuesta en su silla.

—Tenía altibajos. Lo veías bien durante un tiempo y de repente se pasaba tres días en los que no le apetecía ni levantarse de la cama. ¿Qué quieres que te diga?

Una pérdida de tiempo. Eso es lo que pienso de todo este asunto mientras me dirijo a mi coche. Al subirme, llamo a Mónica y enciendo el manos libres. Luego, mientras arranco voy oyendo los tonos de la llamada. Ya me he puesto en marcha cuando escucho su voz.

—Hola, Karo.

—Hola, Mónica. Acabo de salir de la casa de Laura Monago.

—¿Qué te ha dicho?

—Mira... —no sé cómo decírselo, mejor ser directa— aquí no hay nada de nada.

—¿No? ¿Y cómo ha explicado lo de las cuerdas?

—Le van estos juegos, parece un poco rara, pero es una mujer muy atractiva. Estoy segura de que si le propuso algo así a David, él no supo negarse.

Se produce un silencio al otro lado de la línea mientras yo estoy a punto de salir a la autopista TF5.

—Entonces, ¿eran novios de verdad?

—Dice que no tanto, que solo tenían una relación esporádica, que se veían de vez en cuando.

—¿Y por qué le dijo a la policía que lo eran?

—Eso mismo le he preguntado yo.

—¿Y?

—Fue la forma más sencilla que encontró de explicar su relación.

—Aquí hay algo raro, Karo.

Su insistencia empieza a exasperarme. Yo también estoy triste por la muerte de David. No me creo ninguna teoría de la conspiración y sin embargo aquí estoy, haciendo de detective chapucera mientras la que tiene todo el interés me cuenta sus sospechas cómodamente desde Madrid. Es el momento de acabar con esto.

—Dime una cosa, Mónica, ¿qué es lo que crees exactamente? ¿que esa mujer mató a David?

Se produce un nuevo silencio.

—No sé lo que creer, Karo —dice finalmente.

—En mi opinión, estás muy afectada por el dolor. Y lo entiendo. No puedes admitir que David estuviera sufriendo tanto como para terminar con su vida. Supongo que es un proceso normal, que forma parte del duelo. Tu hermana me echa la culpa a mí y tú estás buscando la forma de encontrar a otro culpable.

Psicología barata, lo sé, pero no encuentro otra manera de que Mónica se quede tranquila.

El silencio se hace palpable al otro lado del teléfono. Esta vez es más largo que antes.

—Tal vez tengas razón —concede al fin—. Te agradezco mucho lo que has hecho, Karo. Si te sirve de algo, yo no estoy de acuerdo con Ágatha. No pienso que tengas la culpa de nada.

—Gracias, Mónica —respondo, verdaderamente agradezco esas palabras—. Significa mucho para mí.

—No perdamos el contacto, por favor.

—No, no lo perdamos.

—Adiós, Karo.

—Adiós, Mónica.

Oigo el sonido del fin de la llamada y veo entonces que mi bolso se ha volcado en el asiento. Un recorte de periódico asoma entre mis cosas. Ni siquiera me acordaba de él. Lo había guardado e ignorado por completo. Lo tomo entre mis dedos sin apartar los ojos de la autopista y lo coloco sobre el volante para verlo mejor. Leocadio Marrero, el político de moda en Canarias, con su equipo de asesores, entre ellos el tipo al que le debo doce mil euros. El mismo tipo al que vi anoche en la discoteca Scream. Le podía haber preguntado a Laura Monago por él, pero ni siquiera me he acordado. Ahora ya estoy a la altura del aeropuerto de Los Rodeos y no me apetece nada dar la vuelta y perder otra hora.

Medito un momento qué hacer. Tengo un amigo... Diego. Es periodista. Trabaja en El Día, en política. Hicimos juntos el Erasmus en París. Aunque perdimos el contacto, supongo que se acordará de mí, y seguro que conoce a mi prestamista. No me vendría mal averiguar a quién le debo doce mil euros, sobre todo para saber con qué me enfrentaré cuando venga a cobrar y le diga que no tengo dinero.

—Joder, Karo, ¿eres tú? ¿Cuánto tiempo hace?

Diego se arrellana en su asiento, tras su mesa, mientras me ve acercarme cruzando toda la redacción. Hay un murmullo a mi alrededor de teléfonos sonando y conversaciones cruzadas. Allí debe de haber unas quince o veinte personas que no me hacen ni caso. Yo me detengo frente a la mesa de mi amigo y le sonrío. Realmente me alegro de verle.

—No sabía si te ibas a acordar de mí —le digo.

—Claro que sí, estás igual.

Él no está igual. Ha engordado y lleva el pelo más corto, aunque conserva su mirada de bulldog que hace que cualquiera se lo piense dos veces antes de meterse con él. Se levanta y me saluda

besando mis mejillas.

—Siéntate, por favor, ¿cómo te va? ¿te casaste? Recuerdo que tenías un novio que te llamaba cada noche, estuvieras donde estuvieses.

—Me casé y me divorcié.

Me guardo lo de la muerte de David. No quiero empezar con el protocolo de los pésames, porque tampoco me parece que tenga derecho a ellos.

—Guau, te ha dado tiempo de todo.

—¿Y tú qué tal?

—Me casé, y lo del divorcio... estoy en ello.

—¿En serio?

—No, es broma. Nos va bien. Tenemos dos niñas. Tres años. Gemelas.

Diego saca su cartera del bolsillo trasero del pantalón y me enseña la imagen de dos gotas de agua que miran a la cámara con la misma expresión de bulldog de su padre.

—Son iguales que tú —le digo y él ríe.

—Sí, pobrecillas. Mi suegra me lo recuerda cada vez que las ve. No le hace mucha gracia. —Río y le devuelvo la foto—. ¿Y qué haces por aquí? Estabas dando clases, ¿no?

—Sí, interina, en la Uned. Pero no vengo por nada de mi trabajo.

—¿Ah, no? Tú dirás.

Saco el recorte de mi bolso y se lo entrego a través de su mesa. Él arruga el entrecejo y lo mira con detenimiento. Después comenta:

—Leocadio Marrero, el hombre del momento. ¿Es nuestra?

—No, del Diario de Avisos. Me gustaría saber quién es el tipo que está en el extremo de la izquierda. ¿Lo conoces?

Diego vuelve a mirar la foto.

—Ah, este. Claro que lo conozco. El Gran Hombre, así lo llaman. Su verdadero nombre es Eugenio Berriatúa. El cerebro detrás del milagro Marrero. Es uno de esos especialistas del nuevo populismo. Los que organizan las campañas simplistas que tanto éxito tienen. ¿Sabes lo más curioso de esta imagen? —Diego levanta el recorte de periódico y yo niego con la cabeza animándolo a seguir—. A Leocadio lo conocemos de toda la vida. Es más simple que una pelota de gofío. Formaba parte de esos grupos de pibes que en los ochenta llenaban las calles de Santa Cruz de pintadas con el lema: «Godos fuera». Cada vez que se le acercaba alguien con acento

peninsular, ponía mala cara. Un xenófobo de libro. Y aquí lo tienes, sonriente y rodeado de cuatro godos. Eugenio es vasco. Este de aquí se llama Toño Teloy, gallego; este Manuel Ramos, de Madrid, creo; y Adolfo Suárez, como el presidente, también de Madrid. Todos trabajan en la empresa de Berriatúa.

—¿Y eso que quiere decir?

—Pues que muchos sospechamos que alguien montó Los Canarios Primero y buscó a Leocadio como líder prefabricado.

—¿Todo es un invento de Eugenio Berriatúa?

—¿De Eugenio? No, este es un profesional. Alguien lo ha contratado para hacer crecer este partidito y a fe que lo está consiguiendo. Tiene que haber un pez gordo detrás.

—¿Y no sabes quién es?

—Ojalá lo supiera. Sé que hay periodistas investigando, incluso medios de la península, pero de momento nadie sabe nada. Es un partido muy hermético. Todo es apariencia. Quieren hacernos ver que no es más que un movimiento nacionalista como cualquier otro, pero un grupo tan local como ellos no se puede permitir pagar a una agencia como la de Berriatúa.

—Y de Berriatúa, ¿qué sabes?

—Este es otro misterio. Un tipo brillante al que le gusta mostrarse enigmático y sabe cómo hacerlo. No concede entrevistas, aunque no le importa posar para fotos. Tengo cientos de ellas en las que sale, pero ni una sola declaración. —Diego se pone a trastear en su ordenador—. Su padre era un alto cargo de la UCD en el País Vasco, hasta que lo secuestraron los polimilis a finales de los setenta. Pagó una pasta y lo liberaron, y entonces se fue a Madrid. El hijo, Eugenio, se mantuvo alejado de la política durante un tiempo, pero más tarde acabó trabajando de asesor para algunos gobiernos autonómicos. Después, dio el salto a Miami, montó su propia agencia de asesoría y se ha dedicado a organizar las campañas de líderes latinoamericanos y me consta que ha trabajado en Estados Unidos a nivel local y estatal.

¿Y este tipo tan importante me ha prestado dinero en una timba de póquer? Esto se vuelve cada vez más extraño.

—Mira —me dice Diego mientras le da la vuelta a la pantalla y me muestra un buen montón de fotos.

—Aquí Berriatúa en una cena del partido, aquí saludando en un mitin, aquí abrazado a Leocadio Marrero. Esta con afiliados. Y así un montón.

Muestra una foto tan solo unos segundos y se me eriza la piel de la nuca cuando la veo. No estoy muy segura de que me hayan engañado mis sentidos.

—Espera, Diego, vuelve atrás, por favor.

Diego pulsa sobre la flecha de la pantalla y comienzo a ver de nuevo las fotos que me acaba de mostrar a toda velocidad.

—Esa —le digo y la imagen se muestra en toda su crudeza y aun así no entiendo nada.

—¿Por qué esta?

—Creo que me suena su cara —miento señalando al más joven de los tres que aparecen en la foto.

—¿Sí? Es posible. A mí siempre me ha sonado. —Y tanto. Como que se lo presenté en una nochevieja—. Es profesor en la Universidad de La Laguna. Amigo de Berriatúa. Se llama David Castro. Es un tipo taciturno, muy callado y tristón. Lo he saludado un par de veces, pero nunca he hablado con él. A ella sí la conozco. —Señala a la mujer rubia y alta que está a su lado cogida de su brazo—. Es Laura Monago, la dueña de la discoteca *Scream*. No sé si la conoces, la que está en Cabo Llanos.

—Sí, sé cuál es. ¿Qué cargo ocupa el profesor en el partido?

—Ni idea. Colabora con Eugenio, y como todos los que trabajan para él, se mueve por el partido con total libertad, sin dar cuentas a nadie. Ya te he dicho que hay muy poca información sobre esta gente.

David y Berriatúa juntos en una foto. Berriatúa sentado en la barra de la timba bebiendo un whiskey el día en que David se ha suicidado, Laura Monago hablando con Berriatúa en su discoteca. Es como si tuviera delante un puzle y ninguna de sus piezas encajara.

—¿Sabes si Eugenio Berriatúa se dedica a prestar dinero?

—¿Te refieres a si tiene alguna empresa financiera o algo así?

—Algo así.

—No que yo sepa. Su negocio es la política. Gana un montón de pasta. No creo que le interese mucho la diversificación.

No salgo de mi asombro en un buen rato. Me despido de Diego con la invitación de que nos veamos más y salgo a la calle sintiéndome como una zombi. No consigo entender qué hacía David colaborando para un partido xenófobo y nacionalista. ¡Joder, si ha votado toda la vida al PSOE! No soy una ingenua, comprendo a los arribistas que se suben a la ola del momento por dinero o por posición social, pero David no era de esos. Tenía plaza titular en la universidad, por lo que no sufría problemas económicos, y el estatus no le interesaba en absoluto.

Con la cabeza bullendo en preguntas, casi sin darme cuenta, llego hasta la Avenida de La Salle, giro a la izquierda, mi coche está aparcado en la Tres de Mayo. Mientras camino hacia allí caigo en que el piso de David no está muy lejos de donde me encuentro, aunque en la dirección contraria. Intrigada por todo lo que acabo de descubrir se me ocurre que puedo echarle un vistazo a su casa, quizá averigüe algo más. Me doy la vuelta bruscamente y casi me llevo por delante a un hombre con la cabeza rapada y corpulento que me mira con cara de pocos amigos cuando le pido

perdón.

Contemplo el edificio blanco desde la acera de enfrente. Una fachada impoluta en una construcción de tres plantas, con un piso por planta. En la primera el garaje; en la segunda, Eulalia, una anciana simpática que lleva viviendo allí toda su vida y que tiene la llave del piso de David; y en la tercera... bueno, en la tercera vivimos David y yo hasta que decidí marcharme y él se quedó solo.

Me da cierta aprensión acercarme siquiera. Llevo tres años sin entrar. No creo que fuera muy consciente, cuando me fui de allí, de que no volvería. Ahora ya no es mi casa, ahora es la de David y lo que voy a hacer es una transgresión en toda regla.

Cruzo la calle y compruebo que la cancela que da acceso al edificio no está cerrada. Entonces paso al otro lado sin demasiados remilgos y recorro el pequeño sendero del porche hasta la propia puerta de entrada. Allí están los porteros automáticos. Pulso el de Eulalia, pero no responde. Vuelvo a hacerlo con el mismo resultado, ninguno, y miro el reloj de mi móvil, las doce. Seguro que está en el supermercado. No sé si esperarla o no. Ni siquiera se me ha ocurrido pensar que quizá ya no viva allí. Su nombre está escrito en el portero, pero eso no quiere decir nada. Decido que la esperaré un rato y si no regresa desistiré de mi intento. Así que vuelvo a cruzar el porche, abro la cancela y me detengo en la acera. Luego, miro a un lado y a otro de la Avenida de La Salle por si la veo aparecer, pero nada.

En su lugar, una cara conocida llama mi atención. A la altura del Colegio de La Salle, en la acera de enfrente, a unos cien metros, un hombre calvo y corpulento está apoyado en la pared y no deja de mirarme. Al devolverle la mirada, disimula y se pone a ojear su móvil. ¿Es el tipo con el que me choqué hace un rato cuando iba hacia mi coche? Estoy paranoica.

La espera me impacienta. Decido llamar de nuevo. Quizá antes la sorprendí en el baño, o echándose una siesta, quién sabe. Repito mis pasos con el mismo resultado. Nadie responde. Salgo de nuevo a la calle y el hombre calvo sigue allí. Me mira a mí y luego a su móvil. Yo saco también mi teléfono y lo apunto hacia él para hacerle una foto. En ese momento, comienza a alejarse por la acera tranquilamente, como si diera un paseo, hasta que desaparece de mi vista.

¿Ahora le hago fotos a los transeúntes por la calle? Me siento una idiota y me dispongo a borrar la imagen de mi galería, pero en ese momento veo que Eulalia viene con una bolsa del supermercado. Camina despacio, así que la espero durante un rato, hasta que cruza la calle y me observa entornando los ojos. No me ha reconocido aún. Por suerte no he cambiado mucho, no tardará en hacerlo. Ella tampoco ha cambiado en los tres últimos años.

—¿Karo? —me dice—. ¿Eres tú?

—La misma. Deja que te ayude.

Prácticamente le quito la bolsa de la mano al tiempo que le doy dos besos.

—¿Qué haces aquí, mi niña? ¿Es por lo de David? —Nos acercamos a la puerta y Eulalia saca las

llaves—. Una pena, la verdad. Últimamente se le veía algo mejor, pero esa enfermedad es muy mala, muy traicionera.

—Sí, sí que lo es.

Subimos las escaleras y nos detenemos frente a la puerta de su piso.

—¿Te apetece un café, mi niña?

—Tal vez luego, Eulalia. Tengo que coger algunas cosas mías del piso. ¿Sigues teniendo la llave?

—Sí, claro que la tengo. La llave de emergencia.

Recuerdo perfectamente la llave de emergencia. Se la dimos David y yo al poco de entrar a vivir, por si ocurría algún imprevisto. Paso con Eulalia a su casa y pongo la bolsa en la mesa de la cocina mientras ella rebusca en el cajón de un mueble que tiene en el vestíbulo.

—Aquí está.

—Gracias, Eulalia, te la devuelvo en cuanto acabe y entonces nos tomamos el café.

Me la entrega y me dice:

—Su hermana Ágatha ha venido a menudo en estos días. Si te encuentras con ella, yo no te he entregado ninguna llave.

—No te preocupes.

—Parece un ogro, con esa cara avinagrada que tiene siempre, pero está sufriendo muchísimo. Viene a llorar, la he oído. Echa mucho de menos a su hermano.

Cuando abro la puerta, me quedo paralizada. Ágatha está allí, sentada en una silla, con el brazo derecho apoyado en el respaldo y la cabeza en el propio brazo. Me mira algo sorprendida, pero no dice nada. Yo también me sorprende de que no me eche a patadas, como en el velatorio. Por un momento no sé qué hacer. Dudo sobre si entrar o darme la vuelta y largarme.

—Hola, Ágatha.

No responde. Tiene los ojos llorosos y una gota de rímel ha teñido su mejilla. Sigue siendo atractiva, con su pelo negro y rizado y sus pupilas verdes, pero parece que se le haya echado una década encima desde que la vi en el tanatorio.

Al fin me decido a entrar. Contemplo la sala de estar. Está mucho más ordenada que cuando yo vivía allí, pero la decoración es la misma. Ni siquiera ha cambiado la ubicación de los muebles. La principal diferencia, que se observa a simple vista, es que hay más fotos mías. De nosotros, más bien. Todas enmarcadas y repartidas entre las paredes y las superficies del mobiliario. En todas ellas David y yo abrazados y sonriendo a la cámara.

Deambulo por la estancia ante la mirada fija de mi excuñada y no puedo evitar sentirme incómoda, como si estuviera invadiendo un espacio que no me corresponde; sin embargo, una vez que he entrado, soy incapaz de marcharme. Parece que haya algo que me retenga, que me ata a este lugar que una vez fue mi hogar y que ahora es... No sé lo que es ahora para mí.

—¿Cómo estás? —le pregunto más para romper el silencio que por mantener una conversación cordial.

Sigue sin responder. No disimula el odio que me tiene.

Hago un esfuerzo por no reaccionar. Me convengo de que quizá sea mejor así, es posible que sus palabras doliesen más que su silencio. Me acerco a la mesa grande de la sala, donde David y yo desayunábamos casi todos los días. Está cubierta de papeles y carpetas, y también hay algunas cajas de cartón, como si hubiera estado trabajando hasta el mismo día en que murió. Levanto un folio al reconocer mi propia letra. Puedo recordar el momento exacto en el que lo escribí. Es un esquema del rastro que teníamos de Oskar Leichle, el nazi al que investigábamos para la tesis de David.

1937. Alejandría. Robo del collar.

1943. Varsovia. Revuelta judía.

1945. Berlín. Leichle muere.

—Nunca he tenido paciencia para leerme su tesis —dice Ágatha y me sorprendo al oír su voz—. ¿Por qué era tan importante esa egipcia para él?

—¿Hiset-Emkheb? No lo sé. Siempre le atrajo esa historia. Se la contó Amanda, nuestra profesora de primero, y quedó asombrado por el relato, como un niño que decide ser astronauta después de ver el viaje a la Luna por televisión.

—¿A ti también te interesaba como a él?

—No tanto. Pero sí, me parecía interesante. Le ayudé con la investigación de la tesis.

—Cuéntamela.

—¿La historia de Hiset-Emkheb?

—Sí, quiero saber por qué a David le atraía tanto.

—En los años treinta del siglo pasado se descubrió la tumba de una mujer en un enterramiento a las afueras de Alejandría. Se sabe poco de su moradora, solo que se llamaba Hiset-Emkheb, y algunos datos inconexos de su biografía, como que tuvo seis hijos y un montón de nietos. También se sabe que debió de ser rica por los ornamentos de la tumba, pero no se tiene noticia de maridos. Quizá fuese una prostituta de éxito o una cortesana, o la segunda o tercera mujer de un militar famoso. En los jeroglíficos de su sepultura, la mayoría de la información que aparece es referida a leyendas y también algunos fragmentos del Libro de los Muertos. Pero lo que la hace excepcional

es que su cuerpo no recibió ningún tipo de técnica de embalsamamiento. Es algo único en las tumbas egipcias que hemos podido descubrir. Y aun así, el cadáver está momificado.

—¿Cómo es eso posible?

—A veces se da. Sobre todo, en otras culturas. Hay cadáveres que permanecen incorruptos por deshidratación, por ausencia de oxígeno, porque se conserva a una baja temperatura... Las causas son muchas, pero lo que alimentó la leyenda de Hiset-Emkheb fue el collar que llevaba. En uno de los pocos jeroglíficos que decoran su tumba se afirma que el collar se encargaría de preservar su cuerpo en la otra vida, que no necesitaba que los embalsamadores lo profanaran.

—Y lo hizo. ¿El collar era mágico o algo así?

No puedo evitar sonreír ante la referencia a la magia. Eso también lo pensó David al principio, por suerte condujo sus estudios por otros derroteros.

—No creo que el collar fuese mágico, pero en el tiempo en que se descubrió, en los años treinta del siglo XX, muchos pensaron que sí. Se extendió una leyenda parecida a la del grial en la Edad Media. Creían que el collar contenía el poder de otorgar la eterna juventud. Se escribieron artículos en la prensa europea de la época sobre sus supuestos poderes. Algunos aprovecharon el interés para vender réplicas falsas de las placas de oro que lo formaban y otros daban conferencias sobre su posible origen oculto.

—¿Y ahora ya no le interesa a nadie?

—El collar desapareció. Lo robaron, más bien. Eso acrecentó su leyenda durante unos años, pero con el paso del tiempo, también hizo que el olvido cayera sobre él.

—¿Quién lo robó? ¿Se sabe?

—A ciencia cierta, no. David estaba convencido de que lo había hecho un oficial de la Abwehr — el servicio secreto alemán— destinado en Alejandría. Un joven llamado Oskar Leichle. Se le perdió la pista poco después del robo. Lo trasladaron o algo así. Todo muy poco transparente, pero ten en cuenta que era un espía. Por pura casualidad, encontramos un documento que le situaba en Varsovia en 1943, durante el levantamiento del gueto judío. Era uno de los oficiales del estado mayor del general de las SS Jürgen Stroop, el responsable del aplastamiento a sangre y fuego de la revuelta.

»En la siguiente ocasión en que aparece es en el cerco de Berlín, en 1945, ya al final de la guerra. Unos chicos jóvenes afirmaron servir en una unidad al mando de Oskar Leichle y ya poco después en una lista de fallecidos. Probablemente murió en algún bombardeo o en un enfrentamiento con los soviéticos. El caso es que si Leichle realmente robó el collar, es probable que la información sobre su paradero muriera con él.

—La historia es interesante, tendría que haber leído la tesis.

—La tesis no va de la investigación del collar, eso no fue más que una información preliminar, para que el lector se hiciera una idea de los antecedentes del objeto. Lo que le interesaba a David

era el mito de la eterna juventud, del viejo anhelo de vencer a la muerte. Intentaba demostrar que el collar de Hiset-Emkheb podía ser el origen de este mito que aparece recurrentemente a lo largo de la historia, desde la fuente de la juventud de Herodoto al propio Grial medieval.

—Entiendo.

Ágatha observa los documentos que llenan la mesa. Parece estar reflexionando sobre lo que le acabo de contar. Luego se levanta de su silla como si llevara un peso de mil kilos cargado sobre sus hombros y se acerca. Toma un documento entre sus dedos, lo ojea, y lo vuelve a colocar en su sitio.

—Estos días me he dado cuenta de que casi no conocía a mi hermano. No dejo de preguntarme si podía haberle ayudado solo con que me hubiera interesado algo más por él. Tal vez habría logrado entender por qué no conseguía pasar página y olvidarse de ti.

—Yo no elegí esto, Ágatha. Intenté que lo nuestro funcionara, pero no podía ocultar lo que soy. Por más que se lo quise hacer entender...

—Tú no eres más que una egoísta, por eso no me entra en la cabeza ese cuelgue contigo. Era un hombre inteligente y culto. Un buen profesor. Podría haber encontrado a otra mujer que lo hiciera feliz, pero decidió amargarse la vida hasta acabar quitándosela.

No sé qué decir. Está enfadada y trata de ofenderme, pero en lo que se refiere a David, su resumen es bastante preciso, y a pesar de ello, me parece injusto. Si su vida era desgraciada no es porque lo eligiera.

—Lo siento, Ágatha.

Ágatha esboza una sonrisa torcida y triste y deja un manojito de llaves sobre la superficie de la mesa antes de dirigirse a la salida.

Cuando ya casi se ha marchado, dice:

—Este piso es tuyo. Es lo único que tenía y te lo ha dejado en su testamento. Disfrútalo hasta que lo acabes perdiendo en alguna partida de cartas.

Qué habilidad tiene esta mujer para hacerme sentir mal, pero no puedo evitar estar de acuerdo con ella. David se merecía algo mejor que yo. Entonces, algo hace clic en mi cabeza cuando pienso en él. Aparecen en mi memoria las fotos que me ha enseñado Diego, observo los documentos de la tesis sobre la mesa, y recuerdo las palabras de Eulalia contándome lo inesperado de su muerte ahora que estaba mejor... ¿Estoy ante el retrato de un suicida?

Me quedo mirando toda la documentación sobre el collar de Hiset-Emkheb y me pregunto por qué David la ha rescatado del olvido.

El café quema como el sol. Tanto que no me atrevo a llevármelo a los labios, así que lo dejo sobre

la mesa de la cocina y me maravillo de cómo Eulalia se bebe el suyo, igual que si estuviera templado. Luego, también ella lo deposita en la mesa y me sonrío. Se muestra feliz de verme de nuevo.

—Dime una cosa, Eulalia. Cuando me dijiste antes que David se encontraba mejor, ¿en qué lo notabas?

Eulalia frunce el ceño, pensativa, y después se encoge de hombros.

—No lo sé... Esas cosas se notan.

—¿En qué? ¿Lo veías más contento? ¿Hablabas más?

—Sí, hablaba más. Y también salía más. En sus peores momentos se pasaba los fines de semana encerrado en su piso, con las persianas bajadas. A veces ponía música, otras, no se oía nada. Pero en los últimos meses, salía todos los fines de semana. Incluso a veces... Bueno, esto no debería decirlo.

—Claro que sí, Eulalia, cuéntamelo.

—No, pensarás que soy una cotilla.

—Nos conocemos desde hace años —insisto—, jamás pensaría eso de ti.

Eulalia lo medita durante un instante y luego se decide a hablar.

—Tenía una amiga, no creo que fuera su novia, pero a veces pasaban la noche juntos.

—¿Sí? ¿La viste alguna vez?

—Una vez me crucé con ella en la escalera. Era muy guapa. No digo que tú no lo seas, pero ella era más... ¿cómo decirlo? Bueno, era rubia. Eso siempre ayuda. Y alta, con el pelo corto. Parecía una modelo.

Ya veo que Sharon Stone aparece por todas partes. No me aclara demasiado.

—¿Sabes si David estaba metido en política?

—¿En política? Ahora que lo dices... Una vez lo vi con una de esas insignias redondas que se ponen en la solapa. Era de ese partido nuevo, Los Canarios Primero. Me chocó un poco, porque yo creía que él era de izquierdas, pero como últimamente todo el mundo dice que les va a votar, tampoco le di mayor importancia.

—Ya.

A mí tampoco me pega que David se mezclara con la gente de Leocadio Marrero, pero después de ver las fotos con Berriatúa ya no me sorprende nada.

—¿No te tomas el café? —me pregunta.

Hago un nuevo intento y esta vez parece que puedo bebérmelo sin abrasarme la lengua, así que complazco a mi anfitriona que sonrío satisfecha.

—Está muy rico —le digo y no miento. Luego se me vienen a la cabeza las cajas de cartón en la mesa del comedor de David—. Tú no sabrás para que trajo David de vuelta toda esa documentación de la tesis.

—¿Qué documentación?

—Unas cajas llenas de papeles.

—¡Ah, las cajas! Un día vi que las estaba metiendo desde el maletero de su coche. Las tenía todas apiladas en el rellano y las iba subiendo una a una por las escaleras. Le pregunté que para qué era tanto papel y él me respondió que quería escribir un libro.

—¿Un libro?

—Sí, eso me dijo.

—¿No te dijo nada más?

—No.

¿Es muy raro lo que todos me cuentan o yo misma lo estoy imaginando? Todas las descripciones son las de un hombre saliendo del túnel, no las de alguien desesperado. Tengo que hacerle la pregunta que hasta yo, la investigadora más cutre, haría en una situación como esta.

—¿Oíste algo raro la noche en que David murió?

—La policía me preguntó lo mismo. —Se aparta un mechón de pelo de la oreja y me muestra un pequeño aparato de color gris insertado en su oído—. Por las noches me lo quito para dormir. Sin esto, no hay sonido que me despierte.

Después de oírla, una frase resuena en mi mente como si hubiera aparecido por su propia cuenta: «Un crimen sin testigos», y enseguida me arrepiento de haberlo pensado siquiera. Mientras me termino el café no dejo de mirar la tarjeta de la psiquiatra de David que he encontrado en el mueble del teléfono. Me pregunto si debería ir a verla.

Doctora María del Pino González Frías. Ahora estoy manoseando la tarjeta en su sala de espera dudando de si aquello servirá para algo. Su secretaria no me quita ojo tras el escritorio. Llevo aquí una hora y ya ha tratado de convencerme tres veces de que la doctora no me atenderá sin cita, a menos que sea una urgencia. Yo le respondo que no es una urgencia, pero que no me importa esperar. Después de unos diez minutos desde la última vez que hablamos la secretaria y yo, la puerta de la consulta se abre y aparece una mujer de mediana edad, morena y apesadumbrada seguida de otra vestida con una bata blanca.

—Gracias, Pino —le dice la primera—. Espero que este cambio funcione, porque si no, no sé qué voy a hacer.

—Si no funciona, buscaremos otra alternativa, por eso no te preocupes, pero confía. Ya verás que irá bien.

La paciente atraviesa la sala y se despide de la secretaria.

—Hasta luego, Estefanía.

—Adiós, Marta. Buen día.

Yo la sigo con la mirada mientras se va y después me percato de que la doctora me está observando. Alza las cejas como si me preguntara quién soy o que hago allí, así que me levanto y me dirijo hasta ella con la mano extendida para estrechársela.

—Me llamo...

Ella me devuelve el saludo y me dice:

—Sé quién es, la vi en el velatorio de David.

—Ah, bueno. Verá, estoy aquí... —Me observa intrigada. Yo no sé cómo continuar porque en realidad no sé cuál es la razón en concreto por la que estoy aquí—. ¿David le habló de mí? —le digo intentando romper el hielo.

—No puedo desvelar conversaciones con mis pacientes.

El hielo no se rompe. Le quiero preguntar por su suicidio, pero me resulta muy violento hacerlo de golpe. Entonces, miro a la secretaria y, aunque disimula, estoy segura de que su oreja es una antena. La doctora también la mira y dice:

—Pase a la consulta.

Al oírla me siento aliviada.

Ya dentro me acomodo en una silla negra con brazos de madera y respaldo acolchado y la doctora apoya los codos en la mesa mientras me observa atentamente.

—Bien, dígame.

—No sé por dónde empezar. Verá, me llamó aquella noche y no le cogí el teléfono. No dejo de pensar en qué es lo que quería decirme. Al principio de esta pesadilla, cuando me dijeron que David se había suicidado, en cierto modo, era como la confirmación de algo que podía pasar. Ya me entiende. Pero cuanto más averiguo de él, menos me encajan las piezas.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que todos dicen que estaba en el mejor momento de los últimos tres años.

No sé qué más decir. La psiquiatra me está mirando con verdadero interés y cuanto más me mira más me parece que lo que digo no tiene sentido. Guarda silencio después de que yo me haya callado y luego empieza a hablar pausadamente.

—Aunque David era mi paciente, no la juzgo a usted —afirma—. A mí su vida personal me da igual. Incluso, en cierto modo, puedo entender sus decisiones, pero si lo que pretende es obtener una indulgencia porque se siente culpable por no contestar a sus llamadas, yo no puedo ayudarla. Quizá debería buscar a un sacerdote.

Directa y al grano.

—No es eso. Hacía un año que no veía a David y en esa ocasión ni siquiera hablamos. Al principio, cuando me llamaba trataba de escucharlo, hacerlo entender, ya sabe, pero siempre acabábamos discutiendo. Así que opté por no contestar a sus llamadas hasta que estas se hicieron más esporádicas y, más tarde, casi inexistentes. Por amigos comunes sabía que estaba mal, lo de la depresión y todo eso, pero desde que ha muerto todos me dicen que se encontraba mucho mejor.

»Su propia hermana, Mónica, tiene serias dudas de que se haya suicidado. A mí misma me parecía una chaladura, una justificación de alguien que no acepta la pérdida de un hermano, pero cuanta más información me llega de él, más inverosímil me parece su suicidio. Esperaba que usted me aclarase algo, doctora.

La doctora suspira y medita por un momento su respuesta.

—¿Qué quiere que le diga? Podría explicarle en qué consiste técnicamente una depresión, decirle que cada vez sabemos más del cerebro, pero que es mucho más lo que desconocemos. Pero no creo que ninguna de estas informaciones la satisfagan. Tanto usted como la hermana de David buscan una respuesta más personal, y no estoy segura de que yo pueda ayudarlas.

—David le contó a Mónica que estaba reduciendo las dosis de sus medicamentos.

—No puedo hablar de los tratamientos de mis pacientes.

—¿David le mintió a Mónica?

La doctora medita la respuesta.

—No.

Otra muestra más de que la paranoia empieza a dejar de serlo.

—Le contaré algo. Mientras estábamos casados, me habló muchas veces de la idea que tenía de escribir un libro acerca de las investigaciones que había llevado a cabo para su tesis doctoral. Siempre lo animé a que lo hiciera, pero nunca encontraba la motivación necesaria. Era como su Everest. Siempre estaba ahí, pero no se atrevía a escalarlo.

»Hace un rato he estado en su piso y he visto que había recuperado toda la documentación. David le comentó a su vecina que había decidido escribir el libro y sé lo que ese libro significaba para

él. ¿Qué clase de persona se enfrenta al reto más importante de su vida y luego se suicida sin llevarlo a cabo?

—No sé a dónde pretende llegar ni lo que está sugiriendo, pero por la manera en que murió... O se suicidó o lo asesinaron ¿Eso es lo que está insinuando? ¿Que lo mataron? ¿Quién? Si yo tuviera alguna sospecha de que había sido así, hubiera acudido a la policía inmediatamente.

No puedo rebatir el argumento. Bajo la cabeza y le doy la razón. Mi mente consciente me advierte de que lo que pienso es absurdo, como ya me parecían absurdas las sospechas de Mónica esta misma mañana, aunque haya algo detrás de lo razonable que hace parpadear una luz roja.

Decido ignorar esa luz, no puedo hacer mucho más. ¿Cómo discutir lo que me acaba de decir la mujer que probablemente mejor lo conozca? Me levanto en silencio y le doy las gracias, pero la doctora continúa hablando antes de que salga de su consulta.

—Yo también le contaré algo —me dice—. De media suelo tener algo más de una docena de pacientes con depresión. De ellos, siempre me preocupan cuatro o cinco. Quiero decir, me preocupan todos, pero estos me suelen preocupar gravemente. Tanto que temo por sus vidas. Al principio de su tratamiento, David era uno de ellos. Le diré, Karo, que hace tiempo que había dejado de preocuparme de esa manera. Para mí, su muerte ha sido un golpe muy duro... e inesperado. —En ese instante me da la impresión de que se le quiebra levemente la voz—. Me siento responsable por no haberlo sabido ver, por no haber podido ayudarlo. Es bastante normal buscar excusas para no asumir nuestra verdadera responsabilidad. Yo la asumo y sigo adelante.

Me quedo un momento meditando sus palabras. Tal vez haya llegado la hora de que yo también siga adelante, y no solo en lo que respecta a David.

—Gracias, doctora —le digo antes de abrir la puerta.

—Llámeme Pino.

¿Cómo se puede cambiar tanto de opinión en apenas dos días? Mientras camino en dirección a mi coche no dejo de darle vueltas a lo que me ha dicho Pino. Es cierto que la muerte de David puede parecer incomprensible, ¿pero un asesinato? Porque eso es lo que insinúa Mónica y lo que yo he empezado a ver como normal. Es en este momento a la luz del sol de mediodía cuando me doy cuenta de la locura en que había empezado a creer.

Soy consciente de que las dudas sobre la muerte de David siempre van a estar ahí, pero no me corresponde a mí despejarlas, porque yo tengo mi propia vida, que por cierto es un desastre, y más vale que me empiece a centrar en ella si no quiero acabar para el arrastre.

Saco el móvil de mi bolso y busco en mi agenda a Guasi. «Empecemos por lo importante», me digo. Oigo el sonido de la llamada al otro lado y cómo esta se corta abruptamente. ¿Así estamos? ¿Ni siquiera me contesta? Pues que bien.

Sigo caminando mientras intento no darle demasiadas vueltas. Disfruto del sol y del bullicio de

las calles que hace que no oiga mis propios pensamientos. Pulso el botón de mi llave y parpadean al mismo tiempo los cuatro intermitentes de mi coche. Justo cuando voy a arrancar, me suena el móvil y me alegro de ver la cara de Guasi en la pantalla.

«¿Ves como no era para tanto?», me digo, y luego contesto:

—Guasi.

—¿Me has llamado?

—Sí, se me había ocurrido que podíamos comer juntas, si te apetece. Puedo llamar al japonés, a ver si tienen mesa.

—Comida japonesa, qué rica. Ya me gustaría, pero no puedo. Estoy en comisaría.

—¿Qué ha pasado?

—Han entrado a robar en casa.

—¿En serio? ¿Te encuentras bien?

—Sí, yo no estaba. Ha sido mientras trabajaba. Hoy he salido un poco antes y me he encontrado con el lío.

—Joder. Voy para allá. ¿Estás en la comisaría de La Laguna?

—Sí, pero no vengas. No haces nada aquí y me queda un buen rato.

—¿Seguro?

—Sí, no te preocupes, Karo. En serio. Estoy bien. Luego hablamos, ¿vale?

—Vale.

Se corta la llamada. ¿Ni en un momento así quiere tenerme cerca? Vaya.

Cuando abro la puerta de mi apartamento, mi mente sigue absorta en el fastidio de tener que hacer el balance de lo que hayan podido robar. Habrá que informar al seguro y pelear con ellos sobre lo que cubren y lo que no. Entonces me detengo en seco. Por un momento no me creo lo que estoy viendo. Parece una película de catástrofes que se ha quedado en pausa ante mis ojos. Las sillas tumbadas, los cajones arrancados de sus rieles y su contenido tirado por el suelo, el sofá dado la vuelta, el propio suelo inundado de papeles...

El baño no está mucho mejor. El armarito ha sido arrasado y el perfume, las cremas, el secador y todo lo que se me pueda ocurrir ahora se hallan esparcidos por todas partes, incluso en la bañera.

Camino despacio hacia el dormitorio con la estúpida esperanza de que este se haya librado, pero,

como no podía ser de otra manera, me encuentro con el colchón de la cama rajado y trozos que parecen de algodón saliendo del corte como si lo hubieran destripado. Y las sábanas y el edredón amontonados en un rincón. Cuando me fijo en el armario abierto de par en par y la ropa sacada de sus perchas y arrojada sin contemplaciones al fondo de este, me dan ganas de llorar.

Me imagino la cara que se la ha quedado a Guasi cuando ha visto un desastre como ese. La misma cara de imbécil que debo de tener yo misma, solo que no estoy contemplando la casa que compartimos en Barrionuevo, sino el apartamento de mi madre en la calle La Marina. ¿Qué puta casualidad se tiene que dar para que roben en la misma mañana dos domicilios distintos en dos ciudades distintas y que sean de la misma pareja? Exacto, una casualidad así no existe.

Saco el móvil del bolso y marco el número mágico.

—Policía, dígame.

—Quiero denunciar un robo.

CAPÍTULO IV

—Haga una lista de los bienes que le faltan. Nos ayudará a identificar al responsable cuando intente venderlos o si los tiene almacenados en algún lugar.

El policía está escribiendo algo en una libreta mientras me dice esto. Yo sigo sentada en una silla observando el escenario apocalíptico que me rodea. Un hombre con un maletín ha tomado las huellas de donde ha considerado y ahora recoge sus cosas y se dispone a irse. El policía que me acompaña también guarda su libreta y me dice:

—Ya lo tenemos todo, señora. Si tiene algún tipo de información que nos pueda servir, puede llamar a la comisaría. La lista de bienes puede llevarla también en cualquier momento.

—A mi novia le han robado en su casa —digo y no me explico por qué no lo he dicho antes, es evidente que ambos actos están relacionados.

—No la entiendo, señora. ¿Quiere decir que esta casa es de su novia?

—No, quiero decir que a mi novia también le han robado su casa. Ella vive en La Laguna. Vivíamos juntas, pero decidimos darnos un tiempo, por eso yo me vine a vivir aquí. Este apartamento es de mi madre. Mis padres vivieron en él hasta que yo nací.

—Señora, ¿cuándo han robado la casa de su novia? —me interrumpe, gracias a Dios.

—Esta mañana.

—¿Les han robado las dos casas casi al mismo tiempo?

Observo al agente como si no formara parte de mi propio cuerpo. Su pregunta me parece tan absurda como mis propias palabras. ¿Quién iba a hacer una cosa así? En mi cabeza se acumulan imágenes reales con otras imaginarias. Veo las fotos de David y después a él siendo estrangulado con el collar de Hiset-Emkheb. Luego nuestra casa de Barrionuevo destrozada como lo está esta y empiezo a tener un miedo atroz de perder a Guasi, de que alguien le pueda hacer daño por mi culpa.

—Señora. ¿Tiene idea de quién puede haber hecho algo así?

Cuando el agente me hace la pregunta, lo primero que se me pasa por la cabeza es la imagen del hombre calvo y corpulento en la puerta del Colegio de la Salle.

—Puede que sea una tontería, pero esta mañana tuve la sensación de que alguien me seguía.

Me acuerdo de que le hice una foto, pero no estoy segura de si la he borrado. Saco el móvil y casi salto de alegría cuando la encuentro. Se la muestro al policía. Él escribe algo en su libreta y me la

enseña. Es un número de teléfono.

—¿Me puede enviar la foto a este número?

Lo hago e inmediatamente suena un pitido en su aparato.

—Bien. Le pasaré la foto a los compañeros. Si alguien lo ve por la zona, al menos lo identificarán y sabremos de quién se trata. ¿Dónde hizo esta foto?

—En La Salle. En la puerta del colegio.

—De acuerdo. Pasaré la información. ¿Hay alguna razón por la que este hombre la siguiera?

—Creo que es por una deuda de juego. Soy ludópata y le debo dinero a un prestamista.

—¿Cuánto le debe?

—Doce mil.

El policía escribe en su libreta. Agradezco que no haga ningún gesto ante la cantidad que le he dicho. Ya sé que es muy alta, no necesito que me lo recuerden.

—¿Cree que el prestamista ese puede estar intentando intimidarla?

—En realidad, no lo sé. Lo extraño es que no me ha llamado en ningún momento para cobrar.

—Bueno, es probable que pretenda asustarla antes de dirigirse a usted. Así será más fácil que pague. ¿Sabe el nombre del prestamista?

—Eugenio Berriatúa.

El agente vuelve a escribir.

—No me suena. ¿Es lo único que sabe de él? ¿Su nombre?

—No. Trabaja de asesor para Leocadio Marrero del partido Los Canarios Primero.

Ahora el policía sí que se sorprende.

—¿Un prestamista como asesor político? ¿Está segura de que son la misma persona?

—Sé que todo es muy extraño. Yo misma no entiendo nada.

—Bien, no se preocupe. Contactaremos con el señor Berriatúa. A ver qué tiene que decir. Si quiere interponer alguna denuncia directamente contra él, está en su derecho. De momento procure estar tranquila y haga la lista que le he pedido. Un coche patrulla estará por la zona. Si ocurre algo, solo tiene que llamar, estaremos aquí en unos minutos. —El policía echa un vistazo a su alrededor—. Esto no está muy habitable. ¿Tiene dónde quedarse?

—Sí, dormiré en casa de mi madre.

La cara de mi madre es un poema cuando me ve. Me mira de arriba abajo y luego sus ojos se dirigen hacia la bolsa de viaje que llevo en la mano. Intento no dar la impresión de hija descarriada que vuelve a casa con la cabeza gacha, pero mi madre no me lo va a poner fácil.

—¿Qué ha pasado?

—¿Puedo quedarme unos días?

—¿Por qué?

—Me han entrado a robar en casa.

—¿A robar? ¿Y qué se han llevado?

—Nada.

Entro en la casa, pero siento su brazo tomándome del codo que me obliga a girarme para mirarla. Sus ojillos astutos me observan con curiosidad.

—¿Cómo que nada?

—Ya sé que es raro, pero cuando he ido a hacer una lista de los bienes que me faltan me he dado cuenta de que no se han llevado nada.

—¿Ni la tele?

—La tele la han roto.

—¿Rota? Si estaba nueva. La compré hace un año para los anteriores inquilinos. Qué pena. Bueno, tendré que llamar al seguro. ¿Has comido?

—No, no me ha dado tiempo.

—Siéntate. Tengo ensaladilla. También te puedo freír un huevo, o me acerco un momento a comprar unas pechugas de pollo.

—No, mamá. Ensaladilla está bien.

La ensaladilla me sabe a gloria. No he sido consciente del hambre que tenía hasta que me metí el primer bocado en la boca. ¡Oh, qué rica está! ¿Por qué a mí no me sale así? El único inconveniente es tener que aguantar a mi madre sentada a mi lado escrutándome como si tuviera un jeroglífico escrito en la cara y le costara descifrarlo.

—Dime una cosa, Carolina. Este robo que no es un robo, ¿no tendrá nada que ver con alguno de tus líos?

—No hay ningún lío, mamá. No te hagas ideas —miento mientras me llevo la ensaladilla a la boca para disimular. Me callo lo del robo en la casa de Guasi, solo me faltaba tener a mi madre haciendo de policía.

—¿Le debes dinero a alguien y te están amenazando?

Es lista como ella sola.

—No, mamá, hace meses que no juego.

No sé por qué engaño a mi madre. Siempre se acaba convirtiendo en una especie de tortura china. De alguna forma sabe que miento y yo sé que lo sabe.

—¿Meses? Si hace nada esa chica con la que sales te echó de casa por jugar.

—No es esa chica con la que salgo. Se llama Guasi, llevamos tres años de relación y dos años viviendo juntas.

—No me cambies de tema. Te echó por jugar, ¿verdad?

—Tuve una recaída y decidimos darnos un tiempo. No me echó, lo hablamos y pensamos que era lo mejor.

—Hmm... ¿Por qué no estuviste en el entierro de David?

¿Y ahora quién cambia de tema?

—Estuve en el velatorio y me invitaron a irme.

—¿Te echaron? Pero si me dijiste que habías hecho las paces con Ágatha.

—Yo no te he dicho eso, mamá. ¡Por Dios, me estás poniendo de los nervios! ¿Me quieres dejar comer tranquila la ensaladilla?

—¿Quieres más? No te quedes con hambre.

—No, no quiero más. Con esta tengo suficiente.

Mi madre se levanta de la mesa y se dirige a la cocina. Al momento aparece con la fuente de la ensaladilla y la coloca junto a mi plato.

—Por si te apetece repetir. Hoy me ha salido muy buena.

Pongo los ojos en blanco.

—Sí que es verdad. Hoy está muy buena.

A ver si alabándola me deja en paz.

—Lo de David ha sido muy triste. Su familia estaba destrozada.

—Sí, sí que lo ha sido.

—Yo lo quería como a un hijo. Iba a verlo de vez en cuando, ya te lo comenté.

—No, nunca me lo habías dicho.

—¿Ah, no? —Se encoge de hombros como si no tuviera la menor importancia ocultarme durante tres años que mantenía una relación normal con mi exmarido—. Lo pasó muy mal, Carolina.

—Lo sé.

—Los hombres llevan esa carga de tener que demostrar siempre que son muy fuertes, muy masculinos, pero cuando pierden el pilar que los sostiene se derrumban como los edificios esos a los que les meten dinamita. ¿Sabes cuales te digo? Esos americanos que ponen en la tele los domingos por la mañana.

—Sí, mamá. Sé a lo que te refieres.

—Hacíais tan buena pareja... Anoche estuve viendo vuestras fotos de boda. Eráis tan felices y estabais tan enamorados.

Me sirvo un poco más de ensaladilla solo para no tener que decir nada.

—A tu padre le gustaba mucho David. Decía que era un tipo serio y responsable. Que habías elegido bien. No sé qué pensaría si te viera ahora.

—¿Pensar sobre qué?

—Ya sabes, sobre esa chica con la que sales.

—Le habría parecido bien. Eres tú la que pones en su boca palabras que nunca habría dicho. Como ya no está para contradecirte.

—Yo le conocía mucho mejor que tú.

—Ya.

Como en silencio durante un rato mientras ella no deja de mirarme. Sé que va a volver a la carga en cualquier momento.

—Nunca entendí por qué lo dejaste. —Ahí está—. Él no te hubiera echado a la calle. Tu adicción es una enfermedad. A un enfermo no se le tira como a un perro.

—Mamá, nadie me ha echado. ¿Por qué sigues con el tema? No es el momento. Por favor, déjame comer tranquila, ¿quieres?

Mi madre se calla solo un segundo, pero aún no está satisfecha. Aguanto como una campeona para

que no me saque de quicio, pero ella sabe lo que hace.

—Siempre me pareció raro ese cambio tuyo tan repentino. He visto a muchas lesbianas y no eres como ellas.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde has visto a muchas lesbianas?

—En la tele. Son masculinas, llevan el pelo corto y visten ropa de hombre. Tú no eres así.

—Eso es un topicazo. ¡Déjame almorzar en paz, mamá!

—Bueno, no te enfades. Voy a llamar al seguro.

No dejo de repetirme que es temporal, que no es un paso atrás, al tiempo que cuelgo mi ropa en el armario de mi habitación. Salí de este cuarto para casarme con David y desde entonces no había vuelto más que de visita. Ahora me parece más pequeño que cuando era adolescente y llenaba las paredes de posters de Miranda Warning el año en que me dio fuerte por ellos. La cama es diminuta comparada con todas las que he tenido desde entonces y me da la impresión de que me voy a caer en cuanto me duerma.

Cuelgo mi americana azul marino en una de las perchas y le paso una mano por encima para ver si consigo quitarle una arruga. Voy a tener que plancharla ante de ponérmela. También cuelgo varios vaqueros y dos faldas largas idénticas, una beige y la otra celeste. ¿Cómo es posible que esté llenando este armario de niña con mi ropa de adulta cuando hace apenas tres meses era feliz en mi casa de La Laguna junto a la mujer que amaba? ¿Qué coño ha pasado?

No dejo de meterme en charcos de los que luego no soy capaz de salir. ¿Por qué no seré de esas personas que se quedan en su casa viendo series y que afirman con orgullo que son adictas a Juego de Tronos? ¿Por qué no podré tener yo una adicción de esas? Si es que hasta para ludópata soy un desastre. No le podía haber pedido dinero a un tipo como Martel, no, me lo tenía que prestar un asesor político que ahora se comporta como un mafioso. ¿Pero por qué? Yo no me he negado a pagarle, ni siquiera he tenido la oportunidad de hacerlo. Mi cabeza parece una locomotora en plena ebullición cuando una convicción empieza a abrirse camino: si quiero solucionar esto, tengo que hablar con Eugenio Berriatúa. Lo trataré cara a cara con él y lo arreglaremos, como él mismo me dijo en la timba. Toda esta situación es absurda.

Salgo de la habitación dejando la ropa sobre la cama. Luego descendo las escaleras llena de determinación y me encuentro a mi madre sentada a la mesa del comedor con el móvil en la mano. Lleva un rato peleándose con los del seguro. Creo que quiere colarles más muebles de los que caben en el apartamento. Al verme, pone la mano sobre el móvil y me pregunta:

—¿Te vas?

—Sí, tengo que salir.

—¿Te preparo cena?

—No, no hace falta. No sé a qué hora volveré.

—Sí, ¿hola? Había un sofá y un ordenador de esos de... sí, eso, de sobremesa. Y dos televisores, uno en la sala de estar y otro en el dormitorio. Sí, iguales. Me da igual los bienes que contenga la póliza...

La dejo con sus chanchullos y salgo dispuesta a solucionar mis problemas de una vez por todas.

La sede de Los Canarios Primero se encuentra en un edificio acristalado en el centro de Santa Cruz, justo enfrente del teatro Guimerá. Hay un guardia de seguridad en la puerta y un arco detector de metales. Pongo mi bolso en una bandeja que desaparece tras una caja metálica y aparece al otro lado mientras el guardia observa con atención su contenido en una pantalla. Después es mi turno. Paso bajo el arco y los nervios se me crispan cuando suena un pitido. Siempre me enervan estos malditos detectores. No me gustan nada.

—¿Lleva llaves o el móvil? —me pregunta el guardia. Es más joven de lo que parece tras una barba poblada.

—No —le digo—, están en el bolso. Ah, será el cinto.

Mi cinturón lleva una hebilla metálica que es casi tan grande como mi mano. Me lo quito y lo pongo en una nueva bandeja. Esta vez el arco no protesta y el guardia me acerca mis cosas sin mirarme siquiera y atento a dos hombres con traje y corbata que acaban de entrar y que deberán seguir el mismo protocolo que yo.

Atravieso el hall del edificio y llego hasta una sala luminosa y acristalada desde la que se ve la calle. Está completamente vacía salvo por un pequeño mostrador de metro y medio de largo tras el cual hay una mujer con un traje azul marino que me recuerda al de las azafatas de los congresos y que me sonrío cuando entro.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Busco al señor Eugenio Berriatúa.

—El señor Eugenio Berriatúa no está.

—¿No? ¿Puedo esperarlo?

—¿Para qué?

—Es un asunto personal.

—Es que el señor Berriatúa no trabaja aquí.

—¿Cómo que no? Es el asesor de Leocadio Marrero.

—Es un asesor externo.

—¿Me puede decir dónde tiene sus oficinas?

—No tengo ni idea, pero ya te digo que aquí no.

Ha empezado a tutearme. Mala señal.

—Sí, ya me lo has dicho. ¿Puedo dejarle un recado?

—No concede entrevistas.

—No quiero una entrevista, solo necesito hablar con él.

—Mira, mi niña, huelo a un periodista desde lejos. No acabes con mi paciencia.

—Pues hoy debes de estar resfriada. Mi paciencia también está al límite. Coge ese puto teléfono y dile a Berriatúa que Carolina Dorta ha venido a hablar del dinero que le debe.

La recepcionista se ha quedado helada ante mi discurso. Por un momento le cuesta reaccionar y me convengo de que voy a ganar. De hecho, mi satisfacción se dispara cuando se acerca el auricular de su teléfono al oído, marca un número y espera.

—¿Seguridad? Venga a recepción.

—Joder. ¿En serio?

El segurita de las barbas aparece en la sala y me mira arrugando el entrecejo.

—Se tiene que ir —dice la recepcionista—. Por favor, acompáñala a la salida.

El guardia me toma por el brazo y, aunque protesto, prácticamente me arrastra a través del hall y de un empujón me expulsa a la calle. Varias mujeres que pasan en ese momento se me quedan mirando. Me siento como si hubiera robado en el Corte Inglés.

Una mezcla de humillación e impotencia hace que suba por la calle Guimerá casi sin darme cuenta de lo que me rodea. Nada encaja en la idea de que ese tipo que se esconde detrás de una estructura política le preste dinero a una ludópata que no lo conoce de nada, pero que después resulta que es el amigo de su exmarido, y que la acosa para cobrar esa misma deuda sin llamarla siquiera. No, no tiene ningún sentido.

Desciendo las escaleras del aparcamiento hecha un basilisco y pago mi tique en el cajero refunfuñando por lo que me acaba de ocurrir. Cuando me dirijo hacia mi coche percibo por el raballo del ojo que alguien entra detrás de mí y echa unas monedas a la máquina, pero no le doy más importancia. Es después, al oír sus pasos a mi espalda cuando vuelvo la cabeza un instante y veo al hombre calvo y corpulento que me miraba en La Salle. Me quedo paralizada. Esta vez no disimula como entonces. Sonríe y se acerca hasta mí, como si fuéramos viejos amigos.

—¿Por qué me sigue? —le espeto—. ¿Es por los doce mil euros? Intento localizar a...

No me deja terminar la frase. Me pega un puñetazo en la boca del estómago que me dobla en dos. Por un momento tengo la impresión de que no hay aire suficiente en todo el aparcamiento para llenar mis pulmones. El calvo me agarra del pelo y me levanta la cabeza, pero yo no reacciono. Me limito a mirarlo mientras me concentro en respirar.

—Deja de jugar con nosotros, tortillera de mierda —me dice con voz aguardentosa y su boca pegada a mi cara—. Berriatúa no te va a proteger siempre. Ahora me vas a decir...

—¡Eh!

El grito viene desde la entrada del aparcamiento. Un hombre se acerca a nosotros con dos bolsas de supermercado en las manos.

—¡Déjela en paz! ¡Voy a llamar a la policía!

El calvo me suelta el pelo y lo mira con perplejidad, como si fuera un actor que se ha colado en una función que no le corresponde. Entonces, simplemente se pone de pie y se aleja de mí. Al cruzarse con mi salvador, este lo increpa, pero no recibe ninguna respuesta. En menos de un minuto ha desaparecido. Más tarde oigo el sonido de un motor en un lugar que no logro identificar y veo un coche rojo que se aleja.

El hombre de las dos bolsas se acerca hasta mí y me ayuda a levantarme.

—¿Está bien?

—Sí, gracias —digo ya con aire suficiente como para poder hablar.

—¿Era su novio o su marido? Voy a llamar a la policía. Esto no se puede permitir, el maltrato hay que denunciarlo. —Se pone a mirar su móvil—. ¡Mierda! Aquí no hay cobertura. Venga conmigo si no quiere quedarse sola.

—No, no se preocupe —respondo—. Ya se ha ido.

—Bien, iré yo solo. No se mueva de aquí.

Veo al hombre alejarse y yo me dirijo a mi coche. Un tipo me ha pegado un puñetazo y no entiendo por qué, pero lo que ha dicho aún me confunde más. ¿Berriatúa me protege? ¿De quién? ¿De ese animal? Pues no es muy hábil como guardaespaldas. Y ahora tengo que esperar a la policía. ¿Qué les voy a decir? «Sí, señor agente, un hombre al que no conozco de nada, pero al que le he hecho una foto que ya tienen ustedes, me ha pegado un puñetazo y me ha dicho que Berriatúa, al que le debo doce mil euros y que creía que había saqueado mi casa y la de mi novia, en realidad me protege no sé de qué». Y después me llevarán a un médico a que me haga un parte de lesiones y a comisaría a prestar declaración. Ni de coña. Tengo una alternativa mejor.

Trato de arrancar mi coche, pero estoy tan nerviosa, que se me cala hasta tres veces antes de escuchar el motor. Aquí hay algo más en juego que doce mil euros, y si quiero averiguar lo que está pasando, debo encontrar a Berriatúa. Se me ocurren un par de sitios donde buscarlo.

CAPÍTULO V

La timba está a punto de empezar, como cada noche, y un escalofrío de excitación me recorre la espalda. Noto mi respiración ansiosa, como si fuera a oír mi nombre a la entrada de un juicio. Mientras, el crupier quita el plástico de la baraja y los jugadores charlan animados entre ellos, desperdigados por el lugar, viendo cómo este lo dispone todo para empezar. De pronto, da unos golpecitos con las cartas sobre el tapete verde y echa un vistazo a los presentes. Es la señal. Todos se acercan despacio y ocupan sus puestos. Son cuatro y quedan otros cuatro vacíos.

—¿Hoy no juegas, Karo? —me dice Juanito desde el otro lado de la barra.

—No, hoy no.

Es la primera vez que alguien me hace una pregunta como esa en una timba y le digo que no.

—¿Te pongo una copa?

—No, gracias, Juan.

Cruzo la sala dispuesta a pasar el menor tiempo posible en aquel lugar. Oigo los comentarios de los jugadores y yo misma me reconozco en ellos.

—Me conformo con dos reyes, no quiero más.

—Pues si a este le das dos reyes, a mí me das dos ases.

¿Cuántas veces he dicho yo las mismas tonterías?

Martel me observa mientras me aproximo. Está sentado en su sofá, con los brazos cruzados y me fijo en que tiene un dedo vendado con un apósito de metal. No recuerdo haberle visto la lesión la otra noche.

Sin mediar palabra, me siento a su lado y observo la partida, como hace él.

—Vamos a subir un poco, a ver que tiene esta gente —dice el del extremo de la mesa que cubre sus ojos con unas gafas de sol.

—Yo paso.

—Yo también paso.

—Yo voy a verlo. No tienes nada.

Sin mirarme, Martel pronuncia sus primeras palabras.

—¿Necesitas perras, Karo? ¿Por eso estás aquí? Porque a jugar no has venido. ¿Cuánto quieres?

—He venido a hablar contigo.

—Aquí solo hablo de perras.

—Venga, Martel, que sé que muy en el fondo eres humano.

—¿Qué quieres?

—¿Recuerdas al tipo que me prestó doce mil euros el otro día?

—El godo.

—Ese. ¿Qué sabes de él?

—¿Cómo que qué sé?

—¿Es un prestamista habitual? ¿Te hace la competencia?

Martel desvía la mirada de la partida y vuelve la cara hacia mí sin descruzar los brazos. Tiene los párpados entornados, como si quisiera leer mi mente.

—Le debes doce mil euros. Tú debes conocerlo mejor que yo.

Su mirada regresa a la partida.

—¿Cuánto tardas en llamar a un tipo al que has prestado dinero en una timba?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Siento curiosidad.

—A la mañana siguiente, a primera hora. No puedo permitir que se olvide de mí. Debe recordar que soy su principal problema. Luego lo dejo tranquilo para que busque el dinero. Eso sí, cada final de mes, mis intereses.

—Pues mi prestamista no ha hecho nada de eso —le digo y él me vuelve a mirar.

—¿Qué quieres decir?

—Que no se ha puesto en contacto conmigo, que no ha intentado cobrar.

—Hmm... Cada uno tiene sus métodos.

—Si es tu competencia ya debes de conocerlo bien. Vamos, Martel, háblame de él

Martel suspira. Está a punto de hablar, lo noto.

—Venga, joder —le insisto y le doy un poco de coba—. En esta isla, nadie sabe de este negocio tanto como tú.

La coba parece funcionar y empieza a hablar.

—No lo conocía de nada. Entró detrás de ti, a los pocos minutos, se sentó en la mesa y se quedó mirando la partida. Creí que era un profesional. Por cómo iba vestido, el acento godo... ya sabes, a los de aquí los conozco a todos. Suelen quedarse un rato en la retaguardia observando a sus víctimas. Pero este no. Estuvo por lo menos dos horas bebiéndose un whiskey tras otro sin decir palabra.

»De pronto, el gorrilla apuesta fuerte y tú empiezas a comportarte como la pescadilla que eres. Juegas todas las manos, así que es normal que ligués alguna pareja baja o un trío de vez en cuando. Era cuestión de tiempo que alguien tuviera un monstruo y te acabara destrozando. Cualquiera podía verlo, seguro que el godo también. Y entonces te cubre la apuesta y tú la cagas a lo grande, como no podía ser de otra manera. ¿Es tan primo como tú? ¿Por eso te cubrió? La verdad es que no lo parecía. Luego, habláis de intereses y veo que solo es un chico nuevo en la oficina. Un prestamista recién llegado que me quiere hacer la competencia. Entonces, tú te quedas ahogando tus penas en ron y él se va. Parece que ha hecho el trato de la noche.

»Les hago una seña a mis chicos y estos lo siguen. —Yo miro a sus chicos. Cada uno de ellos podría partir un ladrillo con las manos y ambos están ensimismados escuchando música en sus auriculares—. En la calle le dicen que este no es su sitio, que no vuelva por aquí. El godo se pone gallito y los manda a la mierda. Mis chicos lo siguen. El godo se detiene a cenar con unos amigos en un restaurante y cuando sale, ya muy tarde, se encuentra los cuatro neumáticos rajados. Jura en arameo y maldice a todos mis muertos mientras mis chicos se ríen en la oscuridad de su coche.

»A la mañana siguiente recibo una visita. Se trata de un tipo calvo y fuerte, aunque no muy grande. También es godo. Me dice que le debo tres mil doscientos euros. «¿Y eso?», le pregunto. «Mil seiscientos por los neumáticos y otros mil seiscientos por las molestias». Lo mando a la mierda. Él me coge el dedo y me lo rompe de un movimiento, como un profesional. Mis chicos aparecen al oírme gritar, pero el calvo ha desenfundado una pistola y los encañona. Luego me la mete en la boca y con toda la calma me dice: «Tres mil doscientos euros». Hecho una mierda, le doy los billetes y el tipo se larga. Así que, como comprenderás, no me apetece averiguar nada de tu prestamista.

Saco mi móvil del bolso y empiezo a buscar en mi galería de fotos. Selecciono la correcta y se la enseño.

—¿El calvo es este tipo?

Martel aparta la mirada de la partida para fijarla en mi móvil y luego asiente.

—Ese mismo.

Ahora sí que no entiendo nada. Por lo que el calvo me dijo en el aparcamiento, se suponía que Berriatúa me protegía de él, y ahora resulta que él protege a Berriatúa. Mi cabeza no deja de darle vueltas a todo el asunto mientras mis ojos se centran en las cartas. De repente una imagen aparece

con claridad entre los cientos de recuerdos de los últimos días que se suceden delante de mis ojos. Berriatúa gritando: «¡Laura!». Están en la discoteca Scream y Laura Monago, que venía hacia mí, se da la vuelta y lo acompaña a algún apartado. Sharon Stone va a ser mi siguiente paso.

La discoteca Scream, al borde del mar y con todas las luces apagadas, parece un barco a la deriva. Me acerco a la puerta y ahueco mis manos contra el cristal. Dentro veo a un hombre vestido con una americana negra y una camisa blanca sentado a una mesa. Tiene un vaso de whiskey en la mano y me mira como si pasara por allí. Yo llamo con mis nudillos en el cristal y él señala el tirador de la puerta. Cuando lo giro, me doy cuenta de que está abierta y asomo la cabeza.

—Esta noche está cerrado —me dice el hombre.

—Busco a Laura Monago.

—Ah, ya.

Sin decir nada más señala con la mano del whiskey un pasillo que se abre oscuro al otro lado de la pista de baile. Creo que es el mismo por el que Sharon Stone se perdió con Berriatúa la noche en que fui a buscarla. Cruzo toda la sala y le dedico una sonrisa de compromiso al hombre de la americana. Él me la devuelve con el mismo compromiso.

Al llegar al pasillo, empiezo a oír unos ruidos al otro lado. Todo está oscuro, pero al final se ve que la negrura no es tan negra. A medida que me voy acercando, mis ojos se van acostumbrando a la oscuridad y mis oídos parecen distinguir los sonidos. Son respiraciones fuertes y jadeos, pero ninguna voz en concreto. Empiezo a temer que me vaya a encontrar con una orgía al otro lado. ¿Por qué me funciona la intuición femenina solo para estas cosas?

Llego hasta un espacio que parece un almacén. Es amplio y con vigas de hierro que sostienen un techo metálico. De una de esas vigas cae una cadena a la que está atada por las muñecas una chica rubia muy joven. Al principio no la reconozco, pero enseguida resuenan en mi cabeza las palabras de la Monago en su casa: «Es una preciosidad, ¿a que sí? Se llama Alicia».

Está desnuda y con los brazos levantados y las muñecas sujetas a la cadena con una brida blanca de plástico. Entretanto, tres hombres también desnudos la rodean con sus brazos. Uno de ellos le busca la boca para besarla, pero ella se zafa con los ojos cerrados y gimiendo sin parar mientras un segundo está agachado con la cabeza enterrada entre sus piernas. El tercero se halla a su espalda y la sostiene por la cintura con las manos mientras mueve su cadera adelante y atrás a un ritmo acompasado. Desde donde estoy es imposible saber si se trata de sexo real o de una simple simulación.

Lo que sí es muy real es lo que los rodea. Hay una docena de hombres de mediana edad observando la escena. Todos ellos van bien vestidos, con trajes de oficina y contemplan el espectáculo con una atención que más parecen entomólogos observando insectos. Al menos la mitad de ellos se masturba sin ningún pudor. Entonces, uno barrigón, de pelo blanco, vuelve la cara hacia mí y me dedica una sonrisa beatífica. Se aproxima con los pantalones por los tobillos y

el miembro en la mano dando pasitos pequeños como si fuera un conejo.

—No te acerques —le digo levantando el dedo. Él alza las cejas como si fuera un niño al que he pillado en una travesura. Se encoge de hombros sin más y se da la vuelta para ocupar de nuevo su lugar ignorándome por completo.

Una voz femenina suena entonces junto a mi oído.

—¿Quieres unirte? Puedo arreglarlo.

Laura Monago está a mi lado sonriendo.

—¿Podemos hablar? —le digo.

—Ven conmigo.

Me lleva hasta unas escaleras de no más de medio metro de ancho que subo detrás de ella, viendo el contoneo de sus caderas. Viste una falda negra satinada hasta las pantorrillas y una blusa sin mangas de color beige. Sus sandalias de tiras negras y tacón bajo golpetean contra los escalones de madera. Llegamos hasta un pequeño despacho en el que no hay ninguna puerta y se sienta al otro lado de una mesa de escritorio bastante sencilla que se asemeja a la de un jefe de almacén. Entonces, se enciende un cigarro con un mechero zippo sin mostrar el menor interés por si me molesta.

—Busco a Berriatúa —le digo—. Creo que tú me puedes decir dónde encontrarlo.

—Así que es verdad.

—¿Qué es verdad?

—Creo que empiezo a entender tu juego. David no tenía ni puta idea de cómo eres realmente.

—¿De qué estás hablando?

Se inclina hacia delante en la mesa y me dice:

—Te puedo conseguir ahora mismo seiscientos mil euros. No sé cómo se van a tomar que me lo vendas a mí, pero tengo un amigo que dispone de un avión privado. En estos momentos está en el aeropuerto Reina Sofía. El avión te llevará al lugar del mundo que elijas con los acompañantes que quieras. Es un trato mucho mejor que el que te puede ofrecer Berriatúa.

—¿Qué trato? ¿De qué hablas?

—¿Cómo que qué trato? Deja de jugar.

—¿Por qué me ofreces tanto dinero? ¿Qué se supone que te estoy vendiendo?

Laura me mira fijamente estudiando mi expresión. Debo de parecerle una pánfila porque se le escapa una risita.

—¿Me estás grabando? ¿Me quieres sacar una confesión o algo así?

—¡No! —exclamo cabreada.

—Enséñame el móvil.

Yo me lo pienso, pero cedo porque no tengo nada que ocultar y quiero que lo sepa. Saco el aparato de mi bolso y se lo entrego después de haberlo desbloqueado. Ella sube y baja el dedo por la pantalla y luego me lo devuelve.

—¿Para qué buscas a Berriatúa entonces?

—Le debo dinero. ¿Qué es lo que pretendes comprarme por seiscientos mil euros?

—¿De verdad que no tienes ni idea?

—¿Ni idea de qué? —inquiero a punto de tirarme de los pelos.

Sharon Stone se echa hacia atrás y apoya los codos en los brazos de su silla.

—Entonces no seré yo quien te lo diga. Te explicaré lo que vas a hacer: deja de preguntar y para de buscar a Berriatúa. Yo hablaré con él. Lo convenceré de que te dejen en paz.

—Esto no tiene nada que ver con la deuda. Tiene que ver con David.

La rubia mueve la cabeza a un lado negándolo.

—¡Deja de hacer preguntas! Estoy intentando salvarte el culo.

—No se suicidó, ¿verdad?

Laura se levanta de la mesa y se dirige hacia la puerta. Antes de salir se da la vuelta y me dice:

—No tengo ni idea de lo que sucedió en el piso de la Avenida de La Salle y te aconsejo que tú tampoco quieras saberlo. Más no puedo hacer.

Oigo cómo sus tacones golpetean la madera de los escalones mientras se aleja y yo me quedo sola en el despacho sin que ni una sola de mis preguntas haya obtenido respuesta.

La brisa marina me acaricia la cara mientras cierro los ojos recreándome en la única agradable sensación que he tenido en un día de mierda. Respiro profundamente, conservo el aire en los pulmones durante un instante, y después lo expulso despacio, con calma, tomando consciencia del propio movimiento de mi vientre. Es lo único que he sacado de las clases de meditación, aprender a respirar. Me resigno a que no voy a averiguar nada de esta gente tan retorcida y regreso al aparcamiento.

Cuando ya estoy cerca, veo en la salida un coche rojo. Van dos hombres en él y al único que

conozco es al copiloto que me observa como si quisiera matarme. El pánico agarrota cada músculo de mi cuerpo. Miro a mi alrededor abrumada. Busco a alguien que me pueda ayudar. No queda nada de mi respiración pausada, ahora siento el corazón latir en la garganta. Por suerte, no estoy sola. Un hombre pasea a su perrito negro y unos chicos están sentados en un banco un poco más allá. El calvo no se atreverá a hacerme nada, hay demasiada gente.

El coche rojo sale a la avenida y pasa muy despacio junto a mí. Su mirada me sigue hasta que lo pierdo de vista. En ese momento soy consciente de que me tiemblan tanto las piernas que no me puedo mover. Aún necesito un momento para tranquilizarme con la mano apoyada en una farola. El hombre del perrito pasa a mi lado y me mira con cierta pena, como si acabara de salir borracha de la discoteca.

Después de unos minutos que tardo en recuperarme, me pongo de nuevo en marcha, pero cuando compruebo lo que le han hecho a mi Opel Corsa, aprieto los puños y siento unas ganas irresistibles de gritar. Estrangularía a ese calvo con mis propias manos si no fuera porque me da tanto miedo que temo orinarme encima. La ventanilla del conductor está rota y cientos de cristalitos cuadrados inundan el suelo del aparcamiento. Han dejado la puerta abierta y en el interior, todo lo que guardaba en mi guantera ahora está esparcido por el suelo y los sillones.

Me armo de paciencia y me pongo a recoger los papeles del seguro y los del coche del suelo del copiloto. Vuelvo a meter las bombillas del recambio de luces en su caja, que también han abierto y tirado junto al freno de mano. Hay un cargador de móvil y una linterna en el asiento del copiloto y un pintalabios que no recuerdo en qué momento guardé en la guantera.

No puedo evitar sentir una humillación que me hierva la sangre, como si tuviera que limpiar la mierda de otro sin que ni siquiera me lo pida. Como si ese fuera mi lugar. Ordeno en silencio y en la oscuridad de la noche el destrozo que un animal ha provocado. Y entonces lo veo claro. La conversación que acabo de tener con Laura Monago, lo que el calvo estaba punto de decirme en el aparcamiento de la Plaza Weyler, ¿qué era? «Ahora me vas a decir...». No me están amenazando, buscan algo. Algo que vale seiscientos mil euros.

He intentado regresar a Scream para que la Monago me aclare qué es lo que quería comprar, pero esta vez el hombre de la americana negra no me ha dejado entrar. Se ha puesto incluso de mala leche y he acabado temiendo verme como en la sede de Los Canarias Primero, siendo arrastrada a la calle sin contemplaciones.

Ahora eso forma parte de un recuerdo molesto, algo que me gustaría olvidar. Me concentro en la luz de nuestro dormitorio, que sigue encendida. Guasi estará tumbada en la cama, leyendo alguna novela de misterio. Le gustan las de Kate Morton. Creo que se las ha leído todas y ahora estaba con la última, no recuerdo su título. Me pregunto si me echará de menos o, por el contrario, se ha quitado un peso de encima. ¿Habrá dejado libre mi lado de la cama o la ocupará entera disfrutando de su soledad?

El frío que entra por la ventana rota de mi coche hace que me acurruque y anhele precisamente estar en la casa que tengo delante, en nuestra cama. ¿Por qué no cruzo la calle y llamo al timbre y digo todo lo que tengo que decir? ¿Bastaría con eso o me encontraría con un nuevo rechazo?

¿Desde cuándo se ha vuelto tan difícil hablar con ella?

No puedo evitar sentir cierta nostalgia del principio de nuestra relación. Entonces sí que podía contarle lo que quisiera. Salíamos con frecuencia, como dos amigas, y aquel disimulo, aquella clandestinidad, me parecían hasta divertidos. Al primer beso en el coche le siguieron muchos más, siempre pendiente de que ningún conocido me viera, siempre vigilante. A Guasi le hacían gracia mis remilgos. Se burlaba de mí. Me acariciaba o me besaba en lugares públicos sólo para ver la cara que yo ponía o cómo me volvía para ver quién nos estaba mirando.

Era inevitable que aquel juego nos llevara a un punto de no retorno. Al lugar en el que debía enfrentarme conmigo misma. A un espejo en el que no podría evitar verme como realmente era. Una noche, después de un concierto de Maná, nos besamos en su coche durante un buen rato. De pronto, se detuvo y me miró a los ojos. Parecía como si quisiera decirme algo y no se atreviera.

—¿Qué? —la apremié.

Y entonces me lo pidió claramente:

—Quiero acostarme contigo.

Así, sin eufemismos ni romanticismos innecesarios a esas alturas. Para ella era lo más natural del mundo y para mí un camino vedado. El bosque en el que las niñas buenas nunca se aventuran. Ese lugar en el que se te permite no comportarte como es debido. ¿Qué podía responder?

—Vale.

Nada más.

Nos desnudamos con parsimonia, una a la otra, besando cada fragmento de piel que quedaba al descubierto. Tenía la impresión de que mi cuerpo se hacía más ligero y de que mi mente me permitía verlo todo con más claridad, como si aquel dormitorio fuera el único lugar en el que poder ser yo misma. Nos enredamos en besos y en caricias entre las sábanas. Alguna risa y después una mirada seria y un nuevo beso y otra risa... Entonces Guasi guio mi mano hacia su sexo sin dejar de mirarme a los ojos, y la movió hacia delante y hacia atrás sujeta por la muñeca, enseñándome su ritmo, su placer. Mostrándome el camino que después he recorrido tantas veces.

—Así —musitó entre gemidos. Y así lo hice.

Me apliqué con gusto a hacerla disfrutar. En ese instante lo adoré todo de ella. Cómo se agitaba su respiración a medida que yo aceleraba mi movimiento, cómo se le arbolaban los pómulos mientras buscaba el clímax, y sobre todo cómo se rio después de alcanzarlo para sostener a continuación mis mejillas entre sus manos y besarme con suavidad.

—Joder, cómo me gustas —me dijo.

Entonces, mientras ella seguía besándome en los labios, yo me tendí en la cama. Su juego continuó por el cuello y descendió hasta mis pechos. Disfruté del agradable cosquilleo en el vientre y más tarde también en el ombligo. Durante su descenso yo misma me veía empujada hacia un abismo

que me atraía y me daba miedo a la vez. Su boca siguió besando donde quiso y, al sentir su aliento cálido en mi sexo, tuve la certeza absoluta de que no había marcha atrás, de que había cruzado el río y quemado mis naves.

Y ahora no me atrevo a cruzar la calle.

Echo de menos cuando Guasi me miraba y me hacía sentir deseada. Cuando no tenía que mendigar cariño porque me sobraba.

En este momento contemplo la luz del dormitorio que se apaga y en mi cabeza, como un fognazo, aparece el deseo de regresar a la timba. «Es solo un instante de debilidad», me digo, y poco a poco el impulso se va calmando. Una buena mano de cartas y me hubiera ido a la cama satisfecha, pero me lo quito de la cabeza. Ya ha pasado. Es hora de volver al único refugio que me queda.

Mi madre se ha quedado dormida frente a la televisión. Su codo se apoya en uno de los brazos del sofá y la cabeza reposa en su mano. De vez en cuando emite algunos pequeños sonidos, como si quisiera decir algo que no logro entender. Yo me siento en el lado opuesto con cuidado de no despertarla y me quedo mirando las imágenes de una playa caribeña y unos chicos muy morenos y tatuados que parecen discutir.

Uno de ellos le está diciendo al otro que no hay derecho a lo que está haciendo. Mientras que este último responde que no ha hecho nada. Muy indignado se señala a sí mismo y dice con mucho énfasis:

—¿Qué he hecho? ¿Pero dime qué he hecho?

—Has repartido el pescado de forma totalmente injusta. Les has dado a tus amiguitos las mejores piezas y cuando Carlos y yo hemos llegado nos has dejado la purria.

—¿La purria? ¿Pero qué dices? ¿Tú has visto cómo era el otro pescado o te lo has imaginado?

En ese momento, mi madre abre los ojos y me ve.

—Ah, ya estás aquí.

—Deberías acostarte.

—Te estaba esperando. Ha venido un hombre preguntando por ti.

—¿Ah, sí? ¿Dijo quién era?

—Sí, pero no me acuerdo. Tenía uno de esos apellidos vascos. Bari... Gabi...

—¿Iñaki Gabilondo? —me burlo. Ya sé quién ha venido y dentro del día raro que llevo, la visita no es de lo más raro.

—Je, je... Qué graciosa. No, era más bien Berastegui o algo así. Pelo gris, barba canosa.

—¿Berriatúa?

—Creo que sí. Dijo que quería hablar contigo.

—¿Le diste mi móvil?

—Sí, pero por lo visto quiere hablar en persona.

—Vale, gracias, mamá. Me voy a la cama, estoy hecha polvo.

Mi madre no me va a dejar marchar tan fácilmente.

—Estuvimos tomando café. Me pareció un hombre tan educado. Tú necesitas a alguien así. Un tipo serio. No digo que David no lo fuera, pero quizá... No lo sé. Todo el día metido en sus libros... A ti te hace falta un hombre de mundo, que te lleve de viaje, que te saque a cenar, a bailar...

—Está claro que te gusta, mamá. ¿Por qué no le pides salir?

—No te burles. Yo estoy ya vieja para eso, pero tú eres joven. Aprovecha.

—Buenas noches, mamá. No te quedes mucho rato.

—No, enseguida me acuesto. Buenas noches.

Tendida en mi cama minúscula, no me inquieta demasiado que Berriatúa haya aparecido. Al menos ha dado la cara. Aún habría sido más fácil si me hubiese llamado y me dijese qué es lo que quiere, pero está claro que le gustan las maniobras de distracción.

CAPÍTULO VI

Mientras el agua caliente aplasta mi pelo y recorre mi espalda no dejo de pensar en el tipo de pelo gris y barba cana. Solo he visto a Berriatúa una vez en mi vida y parece que lo conozca desde siempre. Pero no es así, no me dejo engañar. No sé nada de él.

Sus palabras no dejan de repetirse en mi mente, esas que me dijo después de haber perdido una mano con un full house.

—No te preocupes por la deuda, ya lo resolveremos. Estoy de tu parte.

¿Qué quiso decir? A estas alturas la deuda de los doce mil euros ya ha pasado de pantalla, aunque ahora no sé en qué pantalla estoy. Tengo tantas preguntas que hacerle a Berriatúa que no sabría por dónde empezar.

De momento, por secarme. Salgo de la ducha y al tiempo que me restriego la toalla por la piel, veo que el móvil emite la luz propia de cuando acabas de recibir una llamada o un mensaje. Me acerco a él y lo enciendo. Ahí está, una llamada perdida que no he oído con el ruido del agua. El número no lo conozco. ¿Será Berriatúa? Medito sobre qué debo hacer. No es el momento de ser tímida, así que devuelvo la llamada.

El corazón me palpita con fuerza mientras suenan los tonos. Espero al otro lado el acento peninsular de Berriatúa, pero no ocurre. Lo que suena es el sonido de cuando se rechaza una llamada. ¿Ahora no me responden? Me estoy cansando de este juego del gato y el ratón.

Cuando llego al comedor, mi madre está en la cocina fregando algunos platos y con la radio a todo volumen. Radio Club Tenerife suena como si el locutor estuviera allí, sentado a la mesa. Ella se encuentra tan abstraída que no se da cuenta de que estoy detrás. Aprovecho entonces para acercarme en silencio y darle un beso en la mejilla que la hace sonreír.

—He hecho café —dice.

—¡Ah! ¡qué bueno! —exclamo por encima del locutor. Mi madre se da cuenta y baja el volumen de la radio hasta que esta casi no se oye.

—¿Quieres gofio o magdalenas?

—Me comeré una magdalena.

Mi madre me pone un plato de magdalenas delante, me llena la taza de café y se sienta a mi lado.

—¿Hoy tienes clase? —me pregunta.

—No, hoy no, pero quiero ver a Guasi, a ver qué tal está.

—¿Qué le ocurre?

Mierda. No le había dicho que también habían robado en su casa por no encontrarme con la señora Fletcher investigando un crimen.

—Ayer se encontraba mal —miento.

—¿Es serio?

—No, parecía un resfriado.

Gracias a Dios, el sonido de mi móvil interrumpe la sarta de trolas que estoy soltando antes de que se me note. Es el mismo número de antes y me doy prisa en contestar.

—Hola. ¿Hablo con Carolina Dorta?

—Sí, así es.

—Ah, encantado de saludarla. Verá, mi nombre es Leocadio Marrero. No sé si ha oído hablar de mí.

El político que más minutos de televisión regional ocupa. Como para no conocerlo.

—Sí, sé quién es.

—Estupendo. Verá, Carolina... Tenemos a un amigo en común que me ha hablado muy bien de usted. Se llama Eugenio Berriatúa. Supongo que sabe a quién me refiero.

—Sí, claro que lo sé.

—Genial. ¿Cree que podríamos vernos usted y yo? Me gustaría comentarle algunas ideas que tengo.

¿Ideas? ¿Leocadio Marrero quiere comentar ideas conmigo? A estas alturas ya sé que lo que tenga que ver con Berriatúa nunca es lo que parece.

—Claro —respondo llevada por la curiosidad.

—Fantástico. ¿Qué le parece ahora mismo?

—¿Ahora mismo?

—Sé que es un fastidio, Carolina. Quizá esté usted ocupada, pero me encuentro a punto de tomar un vuelo a Las Palmas. Estoy en el aeropuerto de Los Rodeos. Si no nos vemos ahora, ya tendría que ser dentro de unos días. Me interesa mucho que hablemos y seguro que a usted también le interesará. ¿Cree que podría venir hasta aquí? Aún me queda algo de tiempo antes de salir.

—Sí... Sí, claro —le digo abrumada por las prisas.

—Magnífico, estoy en la cafetería. La espero.

El móvil queda en silencio y yo observo el café humeante frente a mí.

—¿Quién era? —pregunta mi madre.

—Leocadio Marrero.

—¿El político? ¿Lo conoces?

—Al parecer tenemos un amigo en común. Tengo que irme, mamá.

—Pero... ¿No te tomas el café?

El nombre oficial del aeropuerto es Aena Tenerife Norte, pero los tinerfeños lo conocemos por el de toda la vida, Los Rodeos. Es pequeño, sobre todo comparado con el otro aeropuerto de la isla, el Reina Sofía, mucho más grande y situado en el sur, lejos del área metropolitana Santa Cruz-La Laguna. Por aquel entra la mayoría de los turistas que nos visitan. Los Rodeos en cambio es casi un aeropuerto urbano a las afueras de La Laguna y sirve básicamente para los vuelos entre islas y algunos a la península. Si no hay mucho tráfico, en quince o veinte minutos te puedes plantar allí sin problemas.

Y eso es más o menos lo que he tardado. Al llegar, la sorpresa no puede ser mayor. Mientras subo la rampa mecánica desde el aparcamiento, puedo ver a Leocadio Marrero sentado en una mesa de la cafetería con su móvil en la mano y la vista perdida en él. Pero esa imagen no es la que más me sorprende, sino la de la persona que lo acompaña.

Eugenio Berriatúa está sentado a su lado. Cuando me ve, se me queda mirando, inmóvil y con el ceño fruncido. Marrero sigue ensimismado en la pantalla de su teléfono mientras Berriatúa se levanta. Extiendo mi mano para saludarlo, pero él me planta dos besos en las mejillas, como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿Cómo estás, Karo? Me alegro de verte.

Yo no respondo, no me sale nada. Marrero se levanta y también él me besa sonriente. ¡Cuánta confianza!

—Carolina, qué bueno que haya podido venir. Siéntese por favor.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta Eugenio.

—Un cortado.

—Bien, te lo traigo.

Es una de esas cafeterías en las que no hay camareros atendiendo a las mesas, así que Marrero y yo nos quedamos solos.

—Verá Carolina... Como le dije por teléfono, Eugenio me ha hablado muy bien de usted. Como sabrá, somos un partido relativamente joven, aunque a sus miembros no nos falte experiencia. Estamos teniendo mucho éxito en la difusión de nuestros mensajes y todas las encuestas nos dan un ascenso bastante notable. Como también sabrá, se acercan las elecciones autonómicas y municipales. En estos momentos, nos encontramos en pleno proceso de confección de listas. No es que nos falten candidatos, la afiliación ha crecido de forma espectacular, pero buscamos ampliar el perfil de las personas a las que presentamos. Por eso la he hecho venir de esta forma tan precipitada. Me gustaría ofrecerle un puesto de candidata en las listas al ayuntamiento de Santa Cruz.

En ese momento ha llegado el café y Berriatúa lo coloca delante de mí sin quitarme la vista de encima.

—¿A mí? —digo sorprendida—. Pero si yo no soy política.

—Ese es el perfil que buscamos. La gente se identifica más con personas que vienen de fuera de la política. Los políticos están tan desprestigiados que ya no enganchan. —No se incluye en la profesión. ¡Qué cara! —. Sus mensajes son huecos. Necesitamos a gente normal que hable como gente normal.

Yo miro a Berriatúa. Este permanece sentado en su asiento, serio y sin hacer el menor gesto. Marrero en cambio me mira sin que la sonrisa se le borre en ningún momento de la cara.

—Escucha, Carolina... Te puedo tutear ¿verdad? Un cargo de concejal es solo el comienzo. Eres una mujer inteligente. No te será difícil ascender en nuestra organización.

Una organización xenófoba y bastante intolerante. Una organización en la que no se me ocurre cómo, precisamente yo, puedo encajar.

—Sabe que soy lesbiana, ¿verdad? —le pregunto de golpe, sin rodeos. Marrero levanta las cejas y mira a Eugenio, que asiente en silencio. Ni siquiera lo sabía.

—Claro que lo sabemos —miente—. En realidad, hay muchos prejuicios en torno a Los Canarios Primero. No somos tan intolerantes como nos pintan los medios de comunicación. Tener en nuestras filas a personas de tu condición nos ayudará a mostrarnos como verdaderamente somos.

Buena improvisación. Ahora solo falta que diga que tiene muchos amigos gays. Es una lástima que nos interrumpa la voz de la megafonía llamando a los viajeros con destino a Gran Canaria. La actuación se ha terminado y Marrero se pone tenso mientras escucha con atención.

—Es mi vuelo —dice—. Piénsalo, Carolina. Es una magnífica oportunidad, para ti y para nosotros. Por favor, no te dejes influir por los prejuicios. Medítalo bien. Puedes hablar de las condiciones con Eugenio, yo me tengo que ir. Él goza de mi entera confianza.

Se levanta de nuevo y me da dos besos de despedida. Luego lo veo alejarse en dirección a la

puerta de entrada acompañado de su escolta, un tipo alto y fuerte al que no había visto hasta ese momento. Vuelvo mi mirada hacia Berriatúa que se inclina sobre la mesa para echar un sorbo a su café.

—Es una buena oferta —dice—. A la larga ganarás mucho dinero.

—¿De concejal?

—El sueldo es más alto que el de profesora interina. —Entonces me mira fijamente, como si con mi expresión respondiera a una pregunta que no me ha hecho—. Lo sé —responde—, no es lo que esperabas, pero es solo el principio, te lo aseguro. Nos ocuparemos de ti. Lo que ha dicho Marrero es verdad. Te promocionaremos y te haremos ganar dinero, te lo prometo.

Sí, dos veces me ha prometido que ganaré dinero. ¿Por qué? Porque tengo deudas y sabe que ese es mi punto débil.

—¿Y dejaréis de registrar mi casa y la de mi novia y de agredirme y seguirme?

A Berriatúa se le escapa una risita, como si estuviera oyendo relatar las travesuras de un niño pequeño.

—Harry. Eso también dejará de ocurrir.

—¿Así se llama el calvo? ¿Harry?

—Sí, es un poco impulsivo.

—¿Trabaja para ti?

—¿Para mí? No, no creo que lo aceptase. Ambos trabajamos para la misma persona, eso sí. Somos una especie de compañeros. Digamos que él es el palo y yo soy la zanahoria.

—¿Y quién es esa persona para la que trabajáis? No es Marrero.

—No, no es Marrero, pero no te deberías preocupar por eso. Tu vida va a mejorar de forma exponencial.

No tengo ni idea de a qué viene tanta generosidad, pero hay en ella un tufillo que no me gusta nada. Parece que quieren cubrir la memoria de David con un sillón oficial y unos cuantos billetes. Una manera de tenerme calladita.

—¿Eras amigo de David? —le pregunto.

Berriatúa se pone serio y se llena el pecho de aire. No le hace gracia que saque el tema.

—Sí, lo apreciaba. Era un hombre inteligente y con mucho futuro.

—¿Lo mató Harry?

Casi lo he dicho sin pensar, pero parece que todas las piezas se están uniendo por su cuenta en mi cabeza.

—David estaba enfermo y se suicidó. No lo mató nadie.

A este no le voy a sacar nada. Tiene demasiadas escamas en su piel.

«Deja de ser tan gilipollas, Karo», dice una voz dentro de mí. Decido probar suerte. Soy una pésima jugadora de póquer, como ya se ha comprobado, pero al menos para tirarme un farol me alcanza.

—Y se supone que debo entregárselo sin más, por pura confianza.

No tengo ni idea de lo que debo entregar, pero sé que buscan algo y me imagino que es la única razón por la que estoy aquí sentada.

—Bueno, ya has cobrado un adelanto de doce mil euros —responde Berriatúa.

Nada. Sigue sin soltar prenda. ¿Qué hago ahora? ¿Pregunto directamente qué es lo que buscan? ¿Me lo dirá si lo hago? No hace falta. Berriatúa me sorprende inclinándose hacia mí y en confianza me dice:

—Escucha, Karo, el collar no le pertenecía a David ni te pertenece a ti tampoco. Entiendo que trabajarais tanto en su tesis y que quedaras impresionada cuando lo viste, igual que él, pero te aseguro que lo mejor que puedes hacer es devolverlo.

Creo que nunca he estado tanto rato sin parpadear.

Ahí está, toda la verdad y nada más que la verdad. En ese instante, se me pasan por la cabeza las imágenes de la documentación de la tesis de David esparcida por la mesa de su comedor. Las fotos, los documentos, los dibujos... Todo ello se emite en mi mente a tal velocidad que parecen unas diapositivas en un proyector enloquecido. Y como si de repente el proyector se detuviera, una fotografía queda bien visible en mi cabeza. Una fotografía que he visto un millón de veces. El collar de Hiset-Emkheb rodeando el cuello de la momia egipcia.

—Todo lo que ha dicho Marrero es cierto —prosigue Berriatúa—. Nos interesa tener a alguien como tú. Estoy seguro de que ambos nos beneficiaremos...

—¿Cómo sabías que lo tenía yo? —lo interrumpo. Sigo con el farol.

Berriatúa entorna los ojos y estudia mi rostro. La cara de póquer no se me da bien.

—Deja de jugar, Karo —la misma expresión que usó Harry después de pegarme en el aparcamiento. Estos dos son más parecidos de lo que el elegante Berriatúa quiere hacerme creer —. Sé a ciencia cierta que David te lo hizo llegar. Sácalo de su escondite y entrégamelo. Te prometo que no te ocurrirá nada si lo haces.

Amenaza velada.

—¿Y si no lo hago?

Berriatúa se levanta de su asiento y saca un móvil de su bolsillo.

—Se me hace tarde —dice—. Si no devuelves el collar, vas a recibir muchos palos. Yo que tú me quedaría con la zanahoria. No te lo tomes como una amenaza, es un consejo bienintencionado.

Claro que es una amenaza, joder. Pero, mientras lo veo alejarse en dirección a la rampa mecánica, no puedo dejar de pensar en el collar. ¿Dónde demonios lo encontró David? ¿Y qué tiene que ver el collar con esta gente? Y lo que es más importante, ¿quién es realmente esta gente?

—¿Quién es vuestro jefe? —le grito mientras se va, sin ninguna esperanza de que me conteste.

—¡Acepta, Karo! ¡Es un buen trato!

Si algo me ha dejado claro mi conversación con Eugenio Berriatúa, es que David no se suicidó. El asesino se hace llamar Harry y ahora me mira fijamente desde el coche rojo aparcado frente al mío. No está solo, lo acompaña al volante otro matón como él, con gafas de aviador, como un burdo sucedáneo de un personaje de la mafia.

Nos encontramos en el aparcamiento del aeropuerto. Mis manos se aferran al volante y no me atrevo a salir por temor a que se interpongan en mi camino y me lo impidan. Cuando Harry desciende del coche, con su cabeza afeitada y el tamaño de un búfalo adulto, no puedo dejar de mirarlo, paralizada, muerta de miedo. Va vestido con una chaqueta de cuero negra con algunas tachuelas de metal, como las de los moteros. Camina despacio, con los ojos clavados en mí mientras su mano derecha se oculta en el bolsillo de la chaqueta. Parece que oculte algo y quiere hacérmelo saber.

Harry rodea mi coche y se aproxima por mi lateral. Se detiene y, desde mi posición, solo puedo ver una hebilla dorada con el dibujo de un cowboy y el nombre de Tennessee gravado en la parte superior. Entonces se acuclilla y su cabeza redonda aparece por mi ventana rota como si fuera una de esas bolas que se usan para derribar edificios. Se me queda mirando durante un instante, serio. Luego saca su mano de la chaqueta y la apoya sobre la puerta del coche, para que pueda ver el revólver. Mis dedos siguen aferrados al volante, pero ahora empiezan a temblar sin que yo sea capaz de controlarlos. Es la primera vez que veo una pistola en mi vida.

—Eugenio es un político —dice—. Está empeñado en que todo lo puede solucionar hablando. Pero yo te conozco, te he calado. He conocido a mucha gente como tú. Lo único que quieres es dinero para poder jugártelo a las cartas o a la ruleta o a lo que sea que juegues. Crees que puedes exprimirnos y eso, por mucho que se lo diga a Eugenio, no consigue entenderlo.

»¿Ves esta pistola? Es con la que vas a morir si sigues con tus juegucitos. —El corazón se me dispara hasta tal punto que casi no puedo escuchar más que sus latidos en mis oídos. Eso y la voz aguardentosa mientras me amenaza—. Tú y yo vamos a ir ahora a buscar el maldito collar. En cuanto me lo devuelvas, le dices a Eugenio que no aceptas su oferta y desapareces de nuestras vidas. De lo contrario, me cargo a tu madre, a esa novia que tienes en Barrionuevo y después te

quito de en medio a ti.

Y entonces ocurre lo inesperado. Como si allí no estuviera pasando nada, como si un asesino con aspecto de haber salido del corredor de la muerte no me estuviera apuntando con su pistola, la puerta del copiloto de mi coche se abre y una mujer se sienta a mi lado con toda naturalidad y se queda mirando el revólver. Incluso me cuesta reconocerla al principio. Es tan irreal contemplar el rostro relajado de Laura Monago que me parece que me haya colado en una mala obra de teatro.

—¿Qué vas a hacer, Harry? ¿Liarte a tiros?

—Lárgate de aquí, esto no va contigo.

—¿Y si no lo hago? Vamos, dispara.

La Monago levanta las manos e interpreta con gestos faciales el papel de una rubia indefensa de telefilm de sábado por la tarde.

—¿Qué haces aquí? —dice él.

—Evitar que cometas una tontería.

—La chica tiene el collar y me lo va a dar.

—En eso te equivocas, me lo va a dar a mí y después seré yo la que os lo entregue. Ninguna de las dos nos fiamos de ti.

—Sólo quieres apuntarte un tanto con Eugenio para ganarte su confianza.

—Eso no es asunto tuyo. Será mejor que te vayas. La gente está empezando a mirarte mal.

En ese momento pasa una pareja de ancianos que se asusta cuando ve la pistola de Harry. Este también se asusta. Se pone de pie de forma precipitada y se la mete bajo el cinturón.

—No pasa nada, señores —les dice—, soy policía.

Harry se aleja de nosotras y se dirige a su coche. Antes de irse nos dedica una última mirada con la que podría hacer estallar el parabrisas si quisiera.

Cuando nos quedamos solas, se hace un silencio espeso. Yo soy incapaz de moverme. Solo puedo mirar hacia mis manos temblorosas que no consigo separar del volante. Laura también está inmóvil sentada a mi lado, pero su voz no refleja ningún terror, más bien se muestra enfadada.

—Aún no me puedo creer cómo he sido tan idiota.

¿Tan idiota? ¿Ella?

—¿De qué hablas?

—Anoche me tragué toda tu pantomima de chica inocente que no tiene ni puta idea de dónde está

metida. Si no hubiera traído a un amigo a coger un avión precisamente esta mañana, no me habría encontrado con Berriatúa ni me habría enterado de que tenías el collar. Me dijo que te ha hecho una oferta para entrar en Los Canarios Primero y que seguramente aceptarías. ¿Eso es lo que querías? ¿Un puesto político? ¡Joder, Karo, te ofrecí seiscientos mil euros!

—No tengo el collar.

—Por favor, para ya, ¿quieres? La oferta del dinero sigue en pie. Podría conseguirte hasta ochocientos mil.

—Digo la verdad, no tengo el collar. —Noto la mirada de Sharon Stone en mi rostro, pero no me queda valor para volverme hacia ella—. Le hice creer a Berriatúa que sí solo para sacarle información.

—¿Información? ¿Qué información necesitas tú?

—Sé que mataron a David para conseguir el collar. No se suicidó.

—¿Otra vez con eso? Te aconsejé que dejaras de hacer preguntas, pero eres incapaz de seguir un consejo, ¿verdad? Vas a lograr que ese animal te mate.

Y de pronto, como si de repente fuera consciente del peligro al que he estado expuesta, como si la perspectiva de que el tal Harry hubiera acabado conmigo esta misma mañana fuera más real que nunca, me desmorono en un llanto que no soy capaz de controlar. Las lágrimas recorren mis mejillas y me cubro el rostro llevada por la vergüenza de mostrarme tal y como soy. Una mujer asustada que es incapaz de hacer nada bien. Una mujer que no para de meterse en líos, que cada paso que da es un nuevo embrollo, que cada decisión que toma la lleva un poquito más cerca de todo aquello a lo que teme.

La mano de Laura en el hombro me reconforta. Musita algo que no oigo bien, pero su tono me tranquiliza. Veo un pañuelo de papel ante mis ojos sostenido por sus dedos y lo utilizo para secarme los ojos. Mi respiración se hace más acompasada y siento cómo la crisis de autocompasión se aleja de mí.

—¿Estás mejor? —me pregunta Laura.

—Sí, gracias.

—Vamos, arranca, necesitas una copa.

Después de dos whiskeys a las diez de la mañana, el miedo ha desaparecido y empiezo a recuperar el dominio de mí misma. Estamos sentadas en un sofá en el patio interior de una antigua fábrica de tabacos del siglo XVIII reconvertida en hotel de lujo. Laura me mira con su vaso en la mano mientras yo dejo el mío en una mesa baja que tenemos delante. Me toma por sorpresa la mano y me pregunta:

—¿Ya pasó?

¡Qué bien sienta que te agarren la mano después de un susto como el que me he llevado!

—Sí, estoy mucho mejor —respondo—. Debería ir a la policía y contarles todo lo que ha ocurrido.

—No digas tonterías, no tienes nada contra ellos.

—Tengo una testigo.

—¿Yo? No me metas en esto, no me voy a indisponer con Berriatúa. Te ayudaré hasta donde pueda, pero tengo mi propia agenda.

Está bien tenerlo claro.

—¿Y tu agenda es encontrar el collar de Hiset-Emkheb antes que ellos?

—Así es.

—¿David le robó el collar a Berriatúa?

—No, no a Eugenio. El dueño del collar es su jefe, sea quien sea este. Y David lo sabía, pero era muy hermético respecto al asunto. Jamás me habló de ello.

—¿Sabías que fue asesinado?

Laura echa otro trago a su vaso de whiskey mientras mantiene sus ojos fijos en mí. No me va a contestar, lo tengo claro. Como ha dicho, tiene su propia agenda y no la va a alterar, ni por mí ni por nadie.

—Entonces... no sabes quién está detrás de todo esto.

—Ni idea.

—Pero tienes claro que no es Leocadio Marrero.

—Marrero es una marioneta. Se limita a obedecer a Berriatúa porque sabe que por sí mismo no llegaría a nada. Se ha limitado a subirse a un tren y ahora disfruta del viaje sin preocuparse por su destino. Ese partido ni siquiera tendría un solo concejal en toda Canarias si no fuera por el vasco. Hoy lideran todas las encuestas. Dentro de un año gobernarán la comunidad autónoma y los ayuntamientos de Santa Cruz y La Laguna en Tenerife y de Las Palmas y Telde en Gran Canaria. Es un pelotazo. Nadie esperaba esto.

»Alguien convenció a Berriatúa de que condujera la locomotora y ese alguien no es Marrero.

—Y quieres usar el collar para llegar hasta ese alguien.

—Exacto. El collar me dará acceso directo al que dirige los titeres.

—¿Y por qué se implica Berriatúa en todo este asunto del collar? Solo es un analista político. Esto parece más una cuestión de matones callejeros.

—Por culpa del animal de Harry. El de la pistola. Berriatúa sabe que ese tipo suelto es una bomba para su proyecto político. Si sigue produciéndose violencia en su entorno, le acabará salpicando al partido y a la gente le dará miedo votarlos. Al jefe, sea quien sea, le debe importar bastante el collar como para mandar a un tipo como Harry a buscarlo poniéndolo en riesgo todo.

—¿Y por qué quieres acceso a ese jefe?

—Te lo he dicho antes, van a gobernar Canarias nos gusten o no. El collar es mi pasaje para ese tren.

—¿Y tan importante es, que no te puedes quedar en la estación?

Al oír mi pregunta, Laura esboza una sonrisa cansada y saborea de nuevo su trago.

—La mayoría de la gente me considera una pija, ¿sabes? Es posible que tú también lo pienses, pero en realidad soy una superviviente. Mi padre murió cuando yo tenía dieciséis años, a mi madre la perdí diez años antes, y lo único que me quedó fueron dos medio hermanos pequeños y una madrastra que quería quedarse con todo mi dinero.

»Él era un hombre muy rico, pero casi todos sus negocios, sobre todo los más rentables, estaban al margen de la ley. Regentaba prostíbulos a nombre de testaferros y empresas pantalla y hacía de intermediario en un montón de asuntos no demasiado prestigiosos. Nada de eso podía aparecer en un testamento. Para colmo, yo me hallaba en un internado suizo y, cuando me quise dar cuenta, mi madrastra se había hecho con el control.

»La muy hija de puta incluso me prohibió que volviera a la isla. Aún recuerdo aquella llamada de teléfono. Se ofreció a pagarme los estudios, como si me hiciera un favor, con mi propio dinero, a cambio de que no diera problemas. Así me lo dijo. Después podría tener una vida decente trabajando en lo que quisiera, pero si aparecía por Tenerife me las iba a ver con ella.

—¿Y qué hiciste?

—Me lie con el abogado de mi padre.

—¿Con dieciséis años?

—Es la mejor edad. En aquel momento aprendí algo importante: si no defiendes lo que es tuyo con todos tus recursos es que no tienes derecho a conservarlo. Y uno de los recursos más importantes que tiene una mujer es el sexo. Es lo que acerca al hombre a su lado animal y a nosotras nos da el poder. —Al oírla aprieto los labios, parece que esté escuchando a una cortesana de la época de Luís XV—. No pongas esa cara. Esto no tiene nada que ver con ninguna conquista social, ni con los derechos de nadie, es más primario. Implica la defensa del territorio, de nuestra posición en el mundo. Si te encuentras en una sala de baile donde constantemente te están empujando, como no espabiles, acabarás sentada en la barra.

—Me niego a ver el mundo de esa manera. Somos seres racionales. Podemos resolver nuestros problemas hablando. No somos animales.

—Eres tan tierna... —se burla—. Estás tan fuera de lugar en todo esto. ¿Por qué no razonaste con Harry cuando te apuntaba con el revólver?

—Estaba asustada.

—¿Sabes por qué yo no? Porque sé que no me puede hacer nada. Porque tengo más poder que él. Porque precisamente un gorila como Harry es capaz de distinguir a la perfección a una víctima de un depredador.

—Y tú eres un depredador.

—No lo sé, pero lo que sí tengo claro es que sé defender mi territorio.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo? ¿Volver al mío y vivir como si aquí no se hubiera cometido ningún crimen?

—Da igual lo que yo te diga. Conozco a los moralistas como tú. Buscarás justicia y acabarás mal.

De nuevo se lleva su copa a los labios y se hace un silencio entre nosotras. A pesar de que no apruebo nada de lo que dice, siento una curiosidad irresistible hacia ella. No quiero que acabe nuestra conversación. Necesito conocerla mejor.

—¿Qué fue de tu madrastra? —le pregunto y se vuelve hacia mí como si le sorprendiera la cuestión.

—¿Mi madrastra? ¿Por qué lo quieres saber?

—Me despierta curiosidad.

Guarda silencio durante un momento, como si ordenara sus ideas, y después responde.

—Murió en la cárcel.

—¿En la cárcel?

—Sí, el abogado de mi padre se ocupó de todo. Le tendió una trampa y cayó como una pringada.

—¿La mataste tú?

Me vuelve a mirar con sorpresa. Creo que he sido demasiado directa, pero los dos whiskeys me han desinhibido por completo.

—No hizo falta. Se ocupó ella misma.

—¿Se suicidó?

—Sí, pero no te montes películas como con David. Fue un suicidio clarísimo. Se abrió las venas en su celda y la palmó. Punto final.

—No me puedo creer que hables de todo esto con tanta frialdad.

—Eso es lo que más me gusta de ti. Tu ingenuidad.

—Eres una cínica.

—Ese aire que tienes de ovejita perdida en medio del bosque y perseguida por una manada de lobos me encanta. No pongas esa cara, es un piropo.

—Nunca me habían dedicado un piropo tan desagradable.

Laura se desplaza por el sofá hasta quedarse muy cerca de mí.

—Dime que miento, que no te he calado.

En ese momento, me mira a los ojos y me besa. Es un beso de tanteo, apenas se tocan nuestros labios y después se retira para ver mi reacción. Con su mano derecha aparta un mechón de mi frente.

—¿Y tú qué? —le pregunto—. ¿Formas parte de la manada? ¿Pretendes comerte a la oveja?

—Es justo lo que quiero hacer.

El siguiente beso se alarga mucho más. Esta vez su lengua penetra en mi boca y juguetea un buen rato conmigo. Lentamente, sin prisa. Cuando se aparta le digo:

—¿Crees que me voy a dejar devorar?

«¿Qué coño estás haciendo, Karo?»

—Por supuesto que te vas a dejar.

Tengo a Sharon Stone desnuda frente a mí y me pregunto dónde esconde el picahielos.

Se ha dormido bocabajo. Su silueta bronceada se recorta igual que si alguien la hubiera dibujado en las sábanas blancas. Estas cubren la mitad de su cuerpo, a partir de la cintura, como colocadas a propósito para que se vea lo justo. Apenas hace un ruidito mientras respira. Un leve gemido cuando su espalda empieza a descender después de haber inspirado el aire. Y su boca se abre y se vuelve a cerrar. «Es un depredador», me digo. Pero no es un lobo, como ella cree, es más bien una de esas plantas carnívoras que aparecen en los documentales de naturaleza salvaje. Atraen a los insectos segregando un olor agradable a miel y los atrapan en unos pelos pegajosos antes de comérselos. Laura Monago usa el sexo de la misma forma. Así consigue que la gente haga lo que ella desea. ¿Qué es lo que quiere que haga yo?

De pronto, como si pretendiera interrumpir mis juicios sobre ella, emite un suspiro hondo y abre los ojos. Me sonríe y se despereza estirando los brazos y doblando las muñecas hacia arriba. Luego, se sienta en la cama y me observa con expresión relajada.

—Me he dormido —asegura.

Yo también la miro desde mi silla. Al contrario que ella, yo no me muestro con esa libertad, sino envuelta en un albornoz. Tengo peor cuerpo y más pudor. Aunque, para mi consuelo, esas tetas no son auténticas ni de coña. Al bostezar muestra sus dientes blanquísimos y perfectos y enseguida hago la asociación de imágenes con la planta carnívora. ¿A cuántos insectos habrá devorado? ¿Habrá caído en sus garras el más grande de todos?

—¿Te has acostado con Eugenio Berriatúa?

Laura levanta las cejas. Aún está amodorrada y no se esperaba mi pregunta.

—¡No! Ojalá. Todo habría sido mucho más fácil.

—¿No le has montado ninguno de esos espectáculos que organizas en tu discoteca a puerta cerrada?

—Lo he intentado, no creas, ahora tendría todos los accesos abiertos y no haría falta que me quebrase la cabeza tratando de averiguar dónde está el maldito collar.

—¿Por qué están tan convencidos de que lo tengo yo?

—David se lo dijo.

—¿Te lo han dicho ellos?

—Basta de preguntas, Karo, por favor. Ya has visto a dónde te va a llevar esto.

—¿Por qué se lo dijo? ¿Lo torturaron? No había signos de violencia en su cuerpo.

—Has visto muchas películas. La gente se suele acojonar con unas cuantas amenazas que resulten convincentes. Sobre todo, si eres un profesor universitario al que no le han pegado una hostia en su vida.

Laura se pone a buscar por la cama deshecha.

—¿Qué buscas?

—¿Dónde está mi móvil? ¿Qué hora es?

—Las dos y media.

—Joder, qué tarde. No llego.

Encuentra el móvil tirado en el suelo y empieza vestirse a toda velocidad. Se pone las bragas y los

pantalones tan rápido que casi parece que lo haga al mismo tiempo. Mientras se abrocha el sujetador está buscando la blusa. La encuentra tirada junto a la pata de la cama —me trae recuerdos de cuando se la ha quitado para mí. Luego se me acerca y me regala un beso rápido en la boca.

—Ha estado bien —comenta—. Tenemos que repetirlo.

Cuando ya está en la puerta de la habitación calzada de un pie y encajándose el otro zapato me dice:

—Quédate el tiempo que quieras, esta habitación es un alquiler permanente. Pide algo de comer.

En cuanto me veo sola, los remordimientos se me acercan para hacerme compañía. Vaya una manera estupenda de arreglar las cosas con mi novia, acostándome con el primer pibón rubio que me tira fichas. Si se entera Guasi, ya me puedo ir olvidando de volver a casa.

CAPÍTULO VII

Paso de quedarme en la habitación de la Monago. Tendría la sensación de ser una de esas queridas de antes a las que su hombre les ponía un piso. Prefiero el infierno de vivir con mi madre.

Pero antes hago una visita a nuestra casa, que cada vez es menos nuestra y más de Guasi. La puerta está abierta y escucho dos voces en el interior. Una de ellas es la de mi novia, la otra no la conozco. Al entrar, las oigo en la cocina. Por alguna razón me da vergüenza ir hasta allí e interrumpirlas, así que me quedo en el salón y la llamo:

—¡Guasi!

Las voces se callan.

La casa parece zona de guerra. Hay libros amontonados en el suelo y papeles esparcidos por todas partes, reunidos en pequeños montones. Las sillas se encuentran unas sobre otras y arrimadas a la pared, mientras que sobre la mesa grande están colocados los objetos decorativos que hemos ido acumulando todos estos años juntas, además de mi colección de pelis. Aquello se asemeja a la sección de decoración de El Corte Inglés.

—Hola —dice Guasi cuando me ve.

—Qué desastre.

—Sí, pero ya está bastante mejor. Tendrías que haberlo visto ayer.

Me acerco a ella y le doy un pico en los labios con cierto remordimiento que trato de disimular. Ella se deja besar sin mucho interés.

—Quería preguntarte una cosa.

—¿Sí?

—¿Has recibido algún paquete a mi nombre? Me lo envió David antes de morir.

—No que yo recuerde, te lo habría dicho.

En ese momento entra una joven en el comedor donde estamos. Lo hace con cautela, como si temiera interrumpir algo.

—Ah, os presento —dice Guasi—. Ella es Esther, una compañera. Lleva poco trabajando en el banco, pero se ha ofrecido a ayudarme. ¿No te parece un encanto? —Después de decir esto se dirige a Esther—. Te presento a Karo, te he hablado de ella.

Simplemente Karo, nada de «mi novia Karo».

—Mucho gusto —le digo mientras le doy dos besos.

—Lo mismo digo.

¿Le ha hablado de mí? ¿Y qué le habrá dicho?

—Guasi me ha contado que eres profesora de historia en la Uned.

¿Solo eso? No me lo creo.

—Sí, así es —respondo.

No sé qué más decir y se hace un silencio incómodo. Esther mira a Guasi y le dice:

—Iré a la cocina. Creo que...

No termina la frase, no se le ha ocurrido ninguna excusa. Desaparece de nuestro lado y Guasi y yo nos quedamos solas. Hay una barrera invisible entre nosotras de al menos un metro y que ninguna de las dos se atreve a romper.

Me dan ganas de preguntarle si hay algo entre ellas, pero me acuerdo de que yo me he acostado con Sharon Stone hace un rato y el sentimiento de culpa me impide abrir la boca.

—He venido a ayudar. —Es lo único que se me ocurre decir.

—No hacía falta, de verdad. Esther y yo nos apañamos.

—Quería hacerlo. Sigue siendo mi casa, ¿no?

«Estupendo. Cubre tu cobardía con indirectas», me digo.

—Claro. —Guasi extiende su brazo y me entrega un trapo amarillo con unas rayas rojas—. Coloquemos tus películas.

Durante un rato, es lo que hacemos. Estamos una junta a la otra quitando el polvo de las cubiertas de los dvds y volviendo a ponerlos en la estantería. De vez en cuando, nos miramos y nos dedicamos sonrisas en silencio, como si fuéramos dos adolescentes que se gustan. Entonces, la intrusa suena desde la cocina y desbarata mis fantasías.

—¡Guasi! ¿Puedes venir un momento?

Me parece estar escuchando la voz de un narrador de documental: «La vieja leona es desplazada de su lugar en la manada por la leona más joven. Es la ley de la naturaleza». Sí, la ley de la naturaleza. Sobre todo, si la vieja leona es una ludópata que se juega los ahorros de la manada en una partida de cartas.

Sigo colocando los dvds sola. Cada película me trae recuerdos de cuando la vimos juntas. La

magia ha desaparecido. Ahora vienen risas desde la cocina, pero yo trato de ignorarlas. Continúo con la tarea intentando ganar puntos. De pronto la calma se hace en la casa. No se oye nada. ¿Qué pasará? ¿Se estarán besando clandestinamente? ¿Les da morbo enrollarse, teniéndome a mí en la habitación de al lado?

«Para, Karo, que te vas a volver loca», me digo.

¿Sería muy patético ir a mirar? ¿Interrumpirlas con cualquier excusa? Sí, sería bastante patético, así que aguanto el tipo, pero las risas vuelven y no sé si es peor que el silencio. Entretanto, he llenado la estantería con mis películas y ahora empiezo a colocar cuadros por las paredes. Cómo es posible que ese animal de Harry no dejase nada en pie. ¡Qué habilidad para la destrucción!

Mientras apoyo el retrato que tenemos Guasi y yo de un viaje a Lisboa sobre un mueble que nos regaló su madre, unas risotadas vienen de la cocina. No aguanto más. «Suficiente, Karo». Cojo mi bolso de la mesa del comedor y me largo sin despedirme. Cuando estoy descendiendo los tres escalones que me separan de la acera oigo que la ventana del salón se abre y la voz de Guasi que me llama.

—¡Karo! ¿Te vas?

—¡Sí, tengo cosas que hacer!

—¿Estás enfadada?

—¡No, tranquila! ¡Es que me he acordado de que tengo clase!

Joder, ¿que no estoy enfadada? Se me llevan los demonios.

Llego a casa de mi madre con el peso en los hombros de quien sabe que está perdiendo la guerra en todos sus frentes. Me la encuentro sentada a la mesa de la cocina con una taza de café y acompañada por un viejo amigo mío. Él se gira con una sonrisa en los labios y de pronto, la tristeza se me olvida al verlo.

—Mira a quién me acabo de encontrar —dice mi madre eufórica—. Nos hemos visto en el súper y me ha ayudado a traer la compra.

—¡Yeray! ¿cómo estás? ¡Cuánto tiempo!

—Sí, tendríamos que vernos más a menudo.

—¿Qué haces por el barrio?

—He venido a hacerle la compra a mi madre. Se ha roto el tobillo.

—¡Vaya! ¡Cuánto lo siento!

—Se acaba de divorciar —afirma mi madre sin tristeza ninguna la muy...

Yeray es médico en la residencia y ella ya habrá hecho sus planes. Lo conozco de toda la vida. Fuimos juntos al colegio y después al instituto. Si mi madre cree que él sería un buen motivo para hacerme heterosexual, llega un poco tarde.

—No lo sabía. Lo siento.

—Ya, bueno —contesta bajando la mirada. Me entristece de verdad. David y yo estuvimos en su boda—. Llevábamos tiempo mal, al final ha sido lo mejor.

—¿Habéis terminado bien?

—Creo que sí. Si no se tuerce...

—Seguro que no.

—Bueno os dejo para que habléis —dice mi madre haciéndome un gesto afirmativo cuando se va.

Ocupo su lugar en la mesa y yo también me sirvo un café.

—Creo que Beneda pretende emparejarnos —dice Yeray.

—Sí, tiene bueno ojo. ¿Ya no vives en Candelaria, entonces?

—No, me he venido a Santa Cruz. Estoy viviendo en la Avenida San Sebastián, cerca del Estadio. Es temporal.

—Es buen sitio.

—Sí.

Se hace el silencio. Yeray bebe un sorbo de su taza y yo hago lo mismo en un vaso transparente.

—¿Cómo estás? —me pregunta—. No te vi en el entierro.

—No fui bien recibida en el velatorio, así que preferí no forzar la situación.

—Pensé que después de tanto tiempo se habían relajado un poco las cosas.

—Su hermana me hace responsable de todo. No hay ninguna posibilidad de arreglo. Y para empeorarlo, David me ha dejado su piso.

Yeray levanta las cejas sorprendido por lo que le acabo de decir y vuelve a beber otro sorbo. Luego suspira y dice en tono grave:

—Me ha impactado mucho su muerte, Karo. Lo vi el mismo día en que murió, por la mañana, y te juro que no estaba tan mal. Qué pena, la verdad.

Lo de que no estaba tan mal empieza a ser una costumbre irritante. Me tengo que morder la lengua para no decirle: «Claro que no estaba tan mal, como que no se suicidó, lo mataron. Y yo debería ir

a la policía inmediatamente, pero tengo tanto miedo de...».

—¿Lo viste? —pregunto para no tener que terminar la frase en mi cabeza.

—Sí. Fue un encuentro casual, en realidad. Antes solíamos quedar de vez en cuando, pero últimamente no nos veíamos. Me lo encontré en La Laguna. Fuimos a tomar un café y charlamos. ¿Tú lo notabas tan desesperado?

—¿Yo? Hacía por lo menos un año que no lo veía. Antes me llamaba de vez en cuando, pero no era nada agradable. Últimamente ya ni eso.

—Ah, supuse... Me habré confundido. Da igual.

—¿Confundido con qué?

—Es una tontería.

—¿Qué es una tontería?

—Nada. Es por un sobre que llevaba. Al verlo saqué conclusiones por mi cuenta.

—¿Qué sobre?

—El día que lo vi, iba con un sobre marrón de esos del tamaño de un folio con tu nombre escrito en él.

—¿Mi nombre?

—Sí, en grande en la portada, con rotulador negro: «Karo».

—¿No había escrito nada más? Una dirección...

—No me fijé mucho, pero juraría que no, que solo tu nombre. Por eso hice la suposición de que te lo entregaría en mano. No sé, será una de esas conclusiones a las que uno llega sin venir a cuento.

—¿Viste si contenía documentos o algo más? —tanteo.

—No me fijé mucho, pero ahora que lo dices... Era un poco abultado, no creo que fueran documentos.

—¿Te habló de mí?

—No, y es curioso, porque las veces que nos veíamos no hablaba de otra cosa. Se había quedado muy pillado contigo, pero esa vez me contó que estaba saliendo con alguien. No era serio, ella era mayor que él, pero al menos lo pasaban bien, según me dijo. No hablamos mucho de él, yo me enrollé con lo de mi divorcio y él me escuchó con paciencia. Luego quedamos en vernos más adelante. Cuando me enteré de que se había quitado la vida, no me lo podía creer.

Mientras Yeray se lamenta, yo no dejo de pensar en el sobre. No me cabe ninguna duda de que el

collar de Hiset-Emkheb iba dentro. ¿Dónde lo habrá dejado? ¿Estará en su despacho de la universidad? ¿Me dejarán colarme? No importa, si estuviera allí, ya lo habrían encontrado. Estoy segura de que Harry habrá echado un vistazo. ¿O quizás no? Si están tan convencidos de que yo tengo el collar, tal vez ni siquiera se hayan acercado por allí.

Estoy distraída y no sé lo último que me ha dicho Yeray, pero lo veo levantarse y lo acompaño.

—Tengo que irme. Mi madre se preguntará por qué tardo tanto.

—Espero que se mejore. Dale recuerdos. Quizá vaya a verla estos días.

—Ojalá, te lo agradecerá.

Nos damos dos besos y nos dirigimos a la puerta. Antes de que se vaya, llamo a mi madre para que se despida, pero no aparece. Espero hasta que lo he perdido de vista y vuelvo a entrar. Mi consejera sentimental se halla sentada a la mesa del comedor, expectante.

—¿Habéis quedado para veros?

—Se acaba de divorciar. No está para muchas aventuras.

—Tonterías. Ahora es el mejor momento.

—Ya, pero da la casualidad de que yo tengo novia y no me gustan los hombres.

—Antes te gustaban.

—Ya hemos hablado de eso, mamá.

—Nico dice que eso es solo una etapa, que ha visto a muchas mujeres como tú que han acabado casándose y teniendo hijos. Solo es cuestión de encontrar al hombre adecuado.

Me siento frente a ella y no sé si preguntar. Creo que en cuanto abra la boca me voy a arrepentir.

—¿Quién es Nico?

—Nico, el cura. Te he hablado de él.

—No es verdad. ¿Qué ha pasado con el padre Ángel?

—Se ha jubilado. Nico es mucho más joven. Insiste en que no lo llamemos padre Nicolás, no le gustan las formalidades. Los curas de ahora no son como los de antes. Son más... —Su mente busca la palabra exacta— comprensivos. Más consejeros que sacerdotes.

—¿Le pides consejo sobre mí?

—Sobre cualquier cosa. Es un joven muy inteligente. Y tiene mucho mundo. —Es la cualidad favorita de mi madre, tener mundo—. Ha estado en África, en Roma... Me ha dicho más sitios, pero no recuerdo cuáles.

—Muy bien, mamá, seguro que Nico tiene razón. Tú no pierdas la esperanza.

—Eso no será un sarcasmo.

—Claro que no.

En ese momento me levanto y me dirijo a la puerta de la calle. Aunque empiezo a sentir un dolor de cabeza bastante molesto que me hace pensar que estoy incubando un catarro, tal vez pueda ir a ver si encuentro el sobre.

—¿Te vas? Si acabas de llegar. ¿Has almorzado? ¿Quieres que te prepare algo antes de irte?

—No, gracias, mamá. No tengo hambre.

Mientras avanzo por los pasillos de la Facultad de Humanidades del campus de Guajara no puedo evitar recordar los tiempos en los que yo misma estudiaba allí. Me pregunto cuánto queda de aquella chica ingenua cuya única aspiración era terminar su carrera y encontrar un trabajo fijo en la Enseñanza. Desde luego sigo siendo la misma pardilla, si no más. A veces creo que hasta estoy involucionando, que la experiencia en la vida solo me sirve para empeorar y el regresar a mi antigua facultad me lo recuerda.

Hace bastante que no vengo por aquí, pero, si no ha cambiado mucho, creo que sabré localizar el despacho de David. Mientras oigo las voces de los profesores dando sus clases, filtradas a través de las puertas, asciendo hasta la segunda planta, por las escaleras, y me encuentro en un corredor largo y ancho iluminado por unas luces fluorescentes. La de David es la última puerta de la pared izquierda, pero antes debo ir a otro lugar. Uno que por suerte está abierto y en el que, a medida que me acerco, puedo escuchar la voz femenina que habla por teléfono. Cuando me apoyo en el quicio de la puerta, sus ojos se dirigen enseguida hacia mí, con el auricular en la oreja, y me sonrío. También levanta una mano a modo de saludo y luego para señalarme una silla en la que sentarme. Es lo que hago y mientras acaba su conversación, me entretengo observando los anaqueles de carpetas y tacos de folios arrugados y libros de texto... Todo es un desorden engañoso. Su propietaria sabe perfectamente dónde está cada cosa. Jamás perdonaría una intervención externa en su caos.

—Es que mira... Sí, lo entiendo —dice—, pero meterme en eso ahora... Yo creo que no, y si tú te lo pensaras bien, tampoco lo harías.

Después de unos minutos la oigo despedirse. Cuelga el teléfono, se levanta y se apoya en la mesa para saludarme con un beso en la mejilla. Nunca le he agradecido lo suficiente a Amanda que, cuando David y yo nos divorciamos, no tomase partido por él. Al menos no de una forma beligerante, porque me consta que lo ayudó, y mucho, pero no lo hizo en mi contra. En un círculo académico tan reducido como es el de Tenerife, tener en frente a la prestigiosa Amanda Meulenbelt me habría complicado la vida mucho más de lo que ya me la complico yo misma. Al contrario, siempre me ha tratado con cariño y respeto a pesar de su amistad con David.

—¿Qué te trae por aquí?

—Pues verás, necesito un favor.

—Si te puedo ayudar...

Empieza la trola.

—Resulta que David tenía unos libros míos. Nunca se los pedí, sabía que estaban seguros con él y que podría recuperarlos cuando quisiera, pero ahora que no está... Bueno, no me gustaría que se perdieran. El caso es que los he buscado en su casa y no los he encontrado. Me preguntaba si podría echar un vistazo a su despacho.

—¿Qué libros son?

—Tres volúmenes sobre las excavaciones en Heracleópolis Magna —invento sobre la marcha intentando que no se me note. Miento fatal.

Amanda piensa mientras sostiene un bolígrafo entre sus labios.

—No me suenan —dice—. No recuerdo haberlos visto.

Y tanto que no lo recuerda.

Se encoge de hombros y luego levanta el auricular del teléfono de su mesa y marca un solo número.

—¿Julián? Hola, soy Amanda Meulenbelt. ¿Podrías traerme la llave del despacho de David Castro? Estupendo. Gracias, Julián.

Respiro aliviada. Ha colado.

El despacho de David se encuentra mucho más ordenado que el de su jefa. Todas las estanterías contienen los documentos justos para su tamaño y en ninguna de las sillas, una pila de papeles impide su uso. Empiezo a deshacer el orden con cuidado de volver a colocar cada cosa en su lugar. Intento ser todo lo metódica posible, como lo era él. Me siento como si estuviera profanando un templo, o peor aún, su tumba. Pero de nada sirve, el sobre marrón con mi nombre no aparece por ninguna parte. Hay otros sobres marrones, algunos incluso con otros nombres, pero ni rastro del mío.

Me pongo a abrir los cajones de uno en uno —por suerte ninguno de ellos está cerrado con llave—, pero no tengo éxito. Llego incluso al extremo absurdo de comprobar que no haya un doble fondo.

—¿Dónde estás, sobrecito?

—¿Nada? —dice la voz de Amanda desde la puerta. Yo doy un respingo como si me hubiera pillado en el baño o algo peor. ¿Habrá escuchado lo del sobrecito? ¿Sería muy terrible si se lo contara? No, no creo que fuera buena idea. Al fin y al cabo, David escribió mi nombre en el sobre, no el suyo.

—Nada, aquí no están.

—Ya te dije que no recordaba haberlos visto.

Con todo el ajetreo, el dolor de cabeza se ha instalado en mi frente de forma definitiva y me cuesta respirar por la nariz.

—Bueno, los doy por perdido —digo.

—Igual aparecen donde menos te los esperas. ¿Te apetece un café?

Ahora no me apetece más que acostarme, pero aún me queda un sitio que visitar.

—Lo siento mucho, Amanda, pero vamos a tener que dejarlo para otro día. Hoy estoy muy liada.

—Recojo mi bolso y salgo a toda velocidad del despacho—. Te agradezco mucho que me hayas dejado mirar aquí, al menos para descartarlo. Otro día, ¿vale?

—Claro —responde desconcertada.

El piso ha quedado como el mío de la calle La Marina o la casa de Guasi después de que Harry se hubiera ocupado de ellos. He sacado el contenido de los cajones y después los propios cajones. Luego he retirado los libros de las estanterías para ver si había escondido el sobre tras ellos. He descolgado los cuadros y apartado la televisión; he levantado el colchón de su cama, retirado sus mantas y empujado las dos mesitas de noche. En la cocina lo he apartado todo de su lugar —el microondas, la tostadora...—, y, cuando he abierto el congelador, he llegado a la conclusión de que había perdido la cabeza.

Ahora el piso de David se asemeja a un negocio en liquidación. Sobre la mesa del comedor siguen estando las cajas de cartón con la documentación de su tesis. Estas no he tenido el valor de lanzarlas al aire. Las he inspeccionado con cuidado, pero tampoco allí estaba el dichoso sobre.

Con las manos en la cintura recorro la vivienda en la que durante unos años viví y me siento como si hubiera invadido un espacio que no es el mío. Puedo ver a David sentado frente a sus papeles, absorto en algún legajo o en algún libro sobre la Segunda Guerra Mundial, siguiendo el rastro del collar de Hiset-Emkheb. Me siento junto a él. Yo misma he esbozado algo en un papel. Las tres etapas cronológicas de las que tenemos noticia sobre Oskar Leichle, nada más. Solo tres momentos puntuales de la historia que no nos sirven de nada. Si pudiéramos saber con quién se veía, si estaba casado, si tuvo hijos, quiénes eran sus amigos... Tal vez así podríamos trazar una ruta probable del collar. Pero no. Leichle era un fantasma. Un agente oscuro de la Abhwer que tuvo la suerte de encontrarse con una joya milenaria y los pocos escrúpulos de quedarse con ella. Era poco más que una cucaracha en el devenir de la Historia. ¿A quién se lo vendería? Porque estoy segura de que el collar no salió de Alemania sin su consentimiento.

David piensa lo mismo mientras se restriega la frente con la mano. Sus ojos están fijos en una foto en la que aparece Leichle vestido con el uniforme negro de las SS. Me parece estar viviendo de nuevo justo ese momento. David se ríe y yo le pregunto por qué. Él me muestra la foto y comenta:

—¿Sabías que los uniformes de las SS los diseñó Hugo Boss?

—¿En serio?

—Sí, poca gente lo sabe. El bueno de Hugo perteneció al partido nazi.

—Lo recordaré la próxima vez que me llegue el olor de alguna de sus colonias.

La fotografía queda apartada a un lado. David se lleva las manos a los riñones y arquea la espalda. Está cansado, como yo.

—En realidad, no necesito saber dónde está el collar —dice—. Para la tesis me da igual, pero siento una curiosidad obsesiva. No dejo de pensar en qué pudo sucederle.

Ahora ha sacado un folio con la imagen del collar fotocopiada en blanco y negro. Es una de las pocas que se conserva de la joya.

—¿Leichle se lo vendió a alguien antes de morir o simplemente quedó sepultado bajo los escombros de Berlín después de los bombardeos?

—Pues, aunque parezca desolador —respondo—, eso último es lo más probable. Si el collar estuviera en alguna colección privada, alguien lo habría descubierto.

—Ya. Y seguro que ahora hay un edificio de oficinas justo encima.

—O una tienda de Hugo Boss.

A David le ha hecho gracia mi broma. Primero suelta una risita, pero luego ríe a carcajadas. Sus risotadas se oyen en toda la casa y disfruto viendo cómo se le saltan las lágrimas de alegría. Luego esta se atenúa y se sujeta la barriga mientras recupera la compostura. A continuación, se vuelve a poner serio y se sumerge en la fotocopia.

—Diste con el collar. Lo encontraste —le digo, pero ya no me escucha. Sigue atrapado en aquella época, preguntándose qué sería de la joya—. ¿Dónde lo has escondido, David?

Me mira, parece que va a responder, pero no lo hace.

El recuerdo se disipa con un estornudo mío. Las sienas me laten golpeando dolorosamente mi cerebro. Al llevarme la mano a la frente, me da la sensación de que está ardiendo y ahora empiezo a ver el mundo a través de un velo de irrealidad.

Un sobre marrón con mi nombre escrito en él y un dolor encima de los párpados, eso es todo lo que tengo en la cabeza en estos momentos.

Estoy envuelta en una manta, sudando y muerta de frío. He vuelto a los catorce años en mi cama diminuta y mi madre coloca un tazón de leche caliente en la mesita de noche. Luego me palpa la frente y se lamenta moviendo la cabeza a un lado y a otro.

—Te he traído un paracetamol.

—¿Qué has hecho con el poster de Green Day?

—¿De quién?

—Tenía un póster de Green Day justo ahí. —Señalo a la pared vacía.

—¿No te lo llevaste?

—No, ese no.

—Pues no sé, lo habré tirado.

De pronto, mi móvil vibra junto al tazón de leche.

—No lo cojas —dice mi madre—, estás ardiendo.

No soy una hija muy obediente.

—¿Sí? —respondo.

—Dame tu palabra de que no tienes el collar.

El acento vasco de Berriatúa suena más duro y más apremiante que esta mañana en la cafetería del aeropuerto.

—¿Le vale mi palabra a Harry? Porque tengo la sensación de que da igual lo que yo diga.

—Laura Monago me ha jurado que no tienes nada que ver con esto, que nuestra conversación de esta mañana en el aeropuerto fue una pantomima para sacarme información.

—Laura dice la verdad.

—Estamos dispuestos a dejarlo correr, pero si te llega el collar, por el conducto que sea, me lo tendrás que devolver. Sin preguntas.

—¿Estamos dispuestos? ¿Quiénes?

—Sin preguntas —repite.

—Matasteis a David y queréis iros de rositas.

—Escúchame bien, Karo. David ya era mayorcito. Se metió en esto solo. Si arruinó su vida fue cosa suya. No arruines la tuya ni la de tus seres queridos. No seas estúpida.

Mis seres queridos. Una amenaza en toda regla.

—¿Eso es una confesión?

—No seas estúpida —dice de nuevo.

—Debería ir a la policía.

—Adelante, no te lo impediré. Pero no respondo de lo que pueda hacer Harry si se entera.

—¿De dónde salió el collar?

—No es asunto tuyo.

—Pertenece al tipo que está detrás de todo esto, el mirlo blanco. ¿Quién es? ¿Un empresario, un político?

—¿El mirlo blanco? No digas tonterías.

—No es ninguna tontería. Alguien te contrató y te trajo desde Miami.

—Me contrató Leocadio Marrero.

—No es verdad. Marrero es un machango —respondo parafraseando a mi amigo Diego, el periodista de El Día—. Hay alguien más, el hombre que ordenó la muerte de David y que permanece en las sombras.

—Te estás inventando una conspiración que no te va a llevar a ningún sitio. Deja de sacar conclusiones e imaginarte cosas. Sigue con tu vida y olvídate de nosotros.

—¿Por qué es tan importante el collar?

—Te lo repito, no es asunto tuyo.

Se hace un silencio al otro lado de la línea. Yo tampoco sé qué más decir. Está claro que Berriatúa no me va a contar nada. Hago un último intento. Pruebo suerte.

—¿Estabas allí cuando Harry lo mató?

Eugenio Berriatúa sigue sin responder, pero lo oigo respirar. Apenas tres segundos después, me cuelga el teléfono.

CAPÍTULO VIII

Llevo dos días entrando y saliendo de un sueño pegajoso que hace que parezca que esté sumergida en el lodo de un pantano y no pueda acercarme a la orilla por mucho que empuje, por mucho que nade. También las pesadillas se han empeñado en amargarme un poquito más mi vida. Harry viene a visitarme de vez en cuando para ofrecerme seiscientos mil euros por el collar. Unas veces lo acompaña la Monago que no deja de besarle en el cuello y otras es Guasi la que se hace la cariñosa. Ya quisiera él.

Berriatúa, sin embargo, no aparece. Lo hace un rostro oculto en sombras que tiene su misma voz y sus mismas maneras pero que yo sé que no es él. Se trata del mirlo blanco. Estoy segura. La voz de Diego, el periodista, me avisa: «quédate con los detalles». ¿Qué detalles? Si es un producto de mi imaginación. Una silueta negra sentada a contraluz al borde de mi cama. Lo que quiero es que se largue para seguir durmiendo.

En el siguiente sueño, parece que la fiebre me da un respiro. Quien está sentada al borde de la cama es Guasi, y esta vez no se besuquea feliz con ningún calvo cabrón. Al contrario, parece preocupada. Habla en un tono bajo con mi madre, un cuchicheo que no logro entender. Cuando se da cuenta de que la estoy mirando, sonrío iluminando mi ánimo. No es un sueño, por suerte.

—¡Mira quién ha venido a verte! —dice mi madre con el mismo tono que empleaba cuando yo tenía cinco años.

—¿Cómo estás? —pregunta Guasi acariciándome el envés de la mano.

—Esta gripe me ha dejado fuera de combate.

—Bueno, me voy, que tengo que comprar antes de que me cierren.

—¿Qué tal? —le pregunto a Guasi señalando el hueco que ha dejado mi madre al irse.

—Muy bien. Incluso me ha invitado a un frangollo que ha cocinado.

—Espero que no te lo hayas comido. Y si lo has hecho vete a urgencias inmediatamente. Es capaz de haberlo envenenado.

—No seas exagerada, parece que empieza a aceptarme.

—¿Tú crees? —respondo acordándome de Yeray.

—Claro que sí. Soy encantadora.

—Eso no te lo niego.

Nos quedamos un rato en silencio, mirándonos. No necesito más.

Su móvil suena una vez y la pantalla se ilumina en sus manos. Recorre con sus dedos el cristal arriba y abajo y luego comienza a escribir algo. Sonríe y apaga el teléfono.

—Esther te desea que mejores.

—Qué amable.

—Sí que lo es.

—¿Esther es...?

—¿Qué?

Eso, ¿qué? ¿Qué iba a preguntar? ¿Lesbiana, tu amante, una hija de la gran puta que quiere levantarme a mi novia...? Prefiero no terminar la frase.

—¿Estás celosa? ¿Por eso te fuiste de casa de esa manera?

Me conoce demasiado bien.

¿Tengo derecho a estarlo? Me parece ver a Sharon Stone en una esquina de mi habitación con esa sonrisa de planta carnívora diciéndome: «Anda, responde, lista. Sobre todo, después del rato que pasamos».

—No, no lo estoy —miento.

—Bien.

—Oye. ¿Crees que tú y yo tenemos algún futuro?

Ahora se pone seria. Medita la respuesta. ¿Tanto hay que pensar?

—No lo sé, Karo. Tienen que cambiar algunas cosas. No podemos vivir siempre al filo del alambre. Necesito sentir que los pasos que damos son hacia adelante, no un avance y luego tres retrocesos.

—Lo estoy intentando, te lo prometo.

—Lo sé, y también sé que no es culpa tuya, que es una adicción y todo eso, pero...

Guarda silencio y sé que hay algo que no me quiere decir.

—¿Pero qué?

—Nada, no es nada.

—Vamos, dímelo.

—El policía que investiga el robo de la casa me contó que tú le habías dicho a su compañero que sospechabas de un prestamista. Me enseñaron una foto y me preguntaron si lo había visto por la zona.

Mierda. Tenía que haberse enterado por mí. ¿Ahora cómo arreglo esto?

—En realidad, estaba equivocada —le digo—. No fue él.

—Es que me da igual, Karo... Si esta vez no es por un matón de tres al cuarto, lo será la siguiente.

—¿Qué quieres que haga? Haré lo que me pidas.

Guasi suspira. No sabe que decir. Si yo tuviera valor, le preguntaría si quiere romper, pero no lo tengo.

—Da igual, Karo. Ahora recupérate y ya hablaremos después. Tenemos tiempo, no te preocupes. Encontraremos una solución.

Aún se queda un rato conmigo. La calma que me produce verla a mi lado hace que mis párpados pesen y me vaya deslizando poco a poco hacia un sueño profundo y tranquilo.

Al abrir los ojos, Guasi ya no está. En su lugar, David se mira las uñas, distraído. Un gesto muy suyo. Entonces fija sus ojos en mí y me observa como si supiera lo que estoy pensando. Es evidente que sigo soñando.

—Son unos asesinos, Karo. No te puedes olvidar de ellos y seguir con tu vida. Eso no está bien.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que los ponga en peligro a todos?

David se encoge de hombros y continúa mirándose las uñas. Me quiero despertar, esto es enfermizo.

—Me han matado, Karo —asegura con calma, como el que comenta que ha empezado a llover o que ha dejado de hacerlo—. No puedes actuar como si me hubiese suicidado.

—Si al menos supiese dónde has escondido el collar.

—Está en un sobre que lleva tu nombre.

—Ya, claro. Menuda pista.

—¿Qué harás cuando lo encuentres?

—No sé lo que haré.

—¿Se lo entregarás a esa rata de Berriatúa? Porque eso es lo que es, por muy caros que sean sus trajes o mucha dignidad con la que se comporte.

—Quiero seguir con mi vida, David. Todo esto ha sido una gran cagada por tu parte. Te metiste en algo que no podías controlar. No puedes pretender que yo haga lo mismo.

—Estaba acabado desde que me dejaste. Este asunto me devolvió la vida. Tenía algo por lo que luchar. Esto muy grande, Karo. Más de lo que piensas. El collar es una llave que abre una vieja puerta.

—Ya sé que esto es un sueño, ¿pero no podrías ser menos crítico?

—No te rindas, Karo.

—Lo siento, David. Si sigo, lo voy a perder todo. Aunque te haga daño, quiero a Guasi y no voy a permitir que le pase nada. Esta gente es muy capaz de...

Las ideas que se me ocurren son demasiado aterradoras como para ponerlas en palabras, así que decido callarme.

—¿Me vas a abandonar por segunda vez?

Su expresión no despierta más que compasión. Parece un niño indefenso al que han dejado en mitad de la nieve. Su mirada suplicante me hiere como si me clavaran una aguja en medio del vientre.

—Me temo que sí —respondo.

Y entonces abro los ojos, esta vez de verdad, y observo la habitación vacía. No sé cuántos días llevo en la cama. Sigo agotada, pero ya no me siento enferma.

CAPÍTULO IX

El paso por el enorme portalón de la Casa Román de La Laguna, que alberga el centro de la Uned, me permite recuperar la sensación de normalidad. Una normalidad precaria, sujeta por débiles hilos de alambre, que me mantiene en una especie de frontera entre el remordimiento y la ilusión, pero normalidad, al fin y al cabo.

La superación de la fiebre me ha proporcionado una claridad que no esperaba. De repente, soy consciente del peligro al que he estado expuesta y todo lo sucedido antes de la gripe se me revela como algo irreal, como si lo hubiera leído en una novela y ahora me quedara un recuerdo vívido, pero solo eso, un recuerdo. Mientras atravieso el porche del centro me ilusiona pensar que entro de nuevo en mi vida, que las riendas se enroscan alrededor de mis manos y que ahora soy capaz de tirar de ellas cuando me plazca.

Lo siento por David, pero no soy una heroína, sino una profesora interina de Historia Antigua con un montón de problemas, casi todos ellos, por no decir todos, buscados por mí misma. A solucionarlos es a lo que me voy a dedicar y con esta nueva actitud me alcanza un sentimiento de satisfacción cuando veo a Concha, la administrativa del centro, esperándome a la entrada del patio con toda mi correspondencia en la mano. Supongo que es el primer peaje que pagar si quiero hacerme cargo del camino que me queda.

—¿Ya estás bien? —me pregunta con una sonrisa.

—Perfectamente, Concha, gracias.

Y extendiendo mis manos para que deposite en ellas todas esas cartas de variados tamaños y con todo tipo de membretes oficiales. Me llevará un buen rato ponerme al día, pero sé que es el trabajo necesario para mi recuperación. Una tarea tediosa, que me aburra y me permita ser consciente de que todo se calma al fin.

Sin embargo, mis ilusiones se derrumban mientras atravieso el patio en dirección a mi aula. Entre el montón de sobres, asoma uno marrón algo más grande que el resto y que no necesito ver para saber de qué se trata. Me quedo parada, con la vista fija en él y siento que me tiemblan las piernas. Sé que cuando aparte las cartas más pequeñas que lo cubren encontraré mi nombre escrito en el anverso con la tinta de un rotulador negro y la letra de David.

Me siento en mi aula sin prestar atención a nada más que no sea el sobre marrón. Como suponía, mi nombre, «KARO», está escrito en él y ahora parece llamarme desde la esquina de mi mesa. La única alumna que ha acudido a mi tutoría me saca de mis pensamientos preguntándome no sé qué de Tutmosis II y la reina Tiaa. Le aclaro que en realidad ella nunca ostentó el título de reina, que no era más que su esposa favorita. Pero ella insiste y yo intento que no se me noten las ganas que

tengo de que se largue mientras me resulta imposible apartar los ojos del sobre marrón.

—Pero el hijo de Tiaa acabó siendo el faraón, ¿cómo es que no le concedió el deseo de ser reina si la apreciaba tanto como para nombrar heredero a su hijo por encima de otros mayores?

«Cotilleos —pienso—, a algunos alumnos les atraen demasiado los cotilleos. En lugar de fijarse en el contexto histórico, se quedan atrapados en los detalles personales».

—Tutmosis II siempre vivió acomplejado por su madrastra Hapshesut. Fue incapaz de acceder al trono hasta que ella murió. Luego dedicó todas sus energías a exterminar el legado de Hapshesut como si fuera una plaga. Hasta ordenó borrar su nombre de cualquier inscripción. Supongo que no quería que su hijo pasara por lo mismo obligado a convivir con una reina poderosa.

—Entonces, si me preguntan por Tutmosis II en el examen, ¿puedo contar toda esta historia?

—Por supuesto —le digo con la esperanza de que ahí se acabe la conversación. En este momento lo último que me importa es su examen—. ¿Eso era todo?

—Creo que sí —me responde, pero no se va. Se queda sentada en su mesa mirando el libro de texto y buscando la forma de hacerme perder más el tiempo.

—Escucha, Sole, estás preparada para el examen —le digo para darle seguridad, para que no continúe haciendo preguntas puntillosas y para que se vaya de una vez—. No necesitas seguir machacándote. Cierra los libros y sal por ahí, o mira la tele, o queda con tu novio, pero no le des más vueltas a esto.

Sole se lo piensa, luego me sonrío y cierra el libro satisfecha.

—Tienes razón —contesta y al fin se pone de pie—. Gracias, Karo.

¡Aleluya! ¡Sale del aula!

Yo cierro con llave por dentro en cuanto lo hace y me lanzo a por el sobre como un lobo hambriento. Cuando observo su contenido mis ojos no dan crédito a pesar de que no supone ninguna sorpresa. Oigo el tintineo del metal y veo brillar el oro al volcar el envoltorio sobre la mesa. Reconozco sus inscripciones al instante en las chapitas doradas. Las estudié mil veces mientras ayudaba a David a terminar su tesis. Todas las chapas están unidas con unas arandelas de cobre de fabricación reciente, pero ese detalle no impide que la visión del magnífico collar me deje sin habla. El collar de Hiset-Emkheb.

No es lo único que hay en el sobre. También encuentro una pequeña tarjeta rectangular, de esas que se usan para hacer fichas, con una leyenda que dice:

«Si me ocurre algo, llama a este número».

Sostengo la tarjeta en el aire, pensativa. El corazón me va a mil. Todas las ilusiones con las que llegué al trabajo se han evaporado y ahora parece que David esté sentado donde antes lo estaba mi alumna y que me dice con la mirada: «Vale que no estuvieras enamorada de mí, ¿pero tan poco te

importaba que serás capaz de devolverles el collar? ¿te olvidarás de esto como si realmente me hubiera suicidado?».

Aún me quedo un rato sin saber qué hacer. Estoy paralizada y soy incapaz de tomar una decisión. Entonces, saco mi móvil del bolso y accedo a la pantalla de marcación. «Solo es un número de teléfono, solo una llamada que no me compromete a nada», me digo y al mismo tiempo soy consciente de que me estoy engañando. Si hago la llamada abriré de nuevo la puerta de la madriguera y no estoy segura de que esta vez pueda escapar de ella.

Contemplo el número antes de marcar. Es muy largo, extranjero y con el prefijo nueve siete dos. ¿De dónde es este prefijo? Abro el buscador de Google y escribo: «prefijo 972». La respuesta que me devuelve es una sorpresa para mí. Israel. ¿A quién conocía David en Israel?

Tomo aire y espero un buen rato con la mirada perdida en el jardín que se ve por la ventana hasta que al final me decido. Oigo los tonos y después del tercero me responde una voz de mujer.

—¿Sí?

—Disculpe —le digo—, ¿con quién hablo, por favor?

—¿Quién sos vos? —me pregunta la mujer con acento argentino y algo seca.

—Verá... mi exmarido me dio este número.

—¿Quién es tu exmarido?

—Se llamaba David Castro.

Se hace un silencio al otro lado. No se ha cortado, oigo respirar a la mujer.

—¿Cuál es tu nombre?

Ahora el tono se ha suavizado.

—Carolina... Karo.

—Bien, Karo, encantada de conocerte. Yo me llamo Marcela Abisevich. ¿David te entregó algo? ¿Por eso me llamas?

—Sí —digo con cautela.

—Bien, escuchame. Estoy en Tenerife ahora mismo. Mi vuelo sale hacia Tel Aviv en unas tres horas. No hay mucho tiempo que perder, pero tenemos el suficiente para que nos veamos.

¿Que nos veamos? Por mi cabeza empiezan a aparecer ideas peregrinas, a cuál más escalofriante. Todas las películas de espías que he visto en mi vida parecen desfilar ante mis ojos. «Esto es algo gordo —dice la voz de mi conciencia—. Ya estabas fuera, ¿te vas a sumergir de nuevo en el fango?». El pánico se apodera de mí. Tanto que comienzan a temblarme las manos. No me lo pienso dos veces y cuelgo el teléfono.

No ha pasado ni un segundo cuando el aparato comienza a vibrar y a sonar sobre la mesa. En la pantalla aparece el número que empieza por nueve seis siete. No pienso cogerlo. Lo dejo sonar hasta que se calla. David está sentado en una de las sillas de los alumnos, en el aula vacía. No dice nada, no necesita decirlo, conozco perfectamente esa mirada de reproche.

El teléfono vuelve a sonar. Nueve seis siete. Vuelvo a mirar a David y le espeto:

—Eres un cabrón.

Y le doy al botón verde.

—Karo, no colgués, por favor. Te contaré por qué contactó David conmigo y después vos decidís si querés confiar en mí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Trabajo para la fundación Dozsa. Es una institución dedicada a la búsqueda de criminales nazis huidos al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Como te podés imaginar, cada día recibimos cientos de llamadas alertándonos de la presencia de nazis en cualquier parte del mundo, la inmensa mayoría sin fundamento alguno. Ya quedan pocos vivos, y los que lo están rondan los cien años. Nuestro presupuesto es limitado, así que debemos hacer una labor de cribado bastante metódica. Tenemos que asegurarnos de que nuestros recursos se usan en aquellos casos que tienen posibilidades de ser ciertos.

»Una de esas llamadas fue la de David. Me tocó a mí atenderla por primera vez. En ella me habló de un criminal nazi que se hallaba oculto acá en Tenerife. El régimen de Franco siempre miró hacia otro lado cuando estos tipos cruzaron las fronteras de España, en algunos casos camino de Latinoamérica y en otros para quedarse. Así que en principio podía ser verosímil lo que me contaba. Además, David no parecía el típico pelotudo que en cuanto se siente escuchado empieza a hablarte de conspiraciones de nazis infiltrados en los gobiernos y de organizaciones secretas. Era un hombre serio que me mostró los hechos crudos, sin adornos.

»El problema vino después, cuando supimos de qué criminal se trataba.

—¿De quién se trataba?

—De Oskar Leichle.

—¿Oskar Leichle? No puede ser. Murió en mil novecientos cuarenta y cinco.

—Exacto. Eso es lo que aparece también en nuestros registros. Tampoco es tan extraño que se falseen las muertes, pero en esos casos suelen aparecer otras pistas de que siguen vivos. Alguna mención de algún nazi detenido, o aparecen en fotografías más recientes... No es el caso de Leichle. A él no lo ha visto nadie nunca. Ningún detenido se ha cruzado con él. Según todas las informaciones, o más bien la ausencia de estas, realmente murió en mil novecientos cuarenta y cinco.

»En el momento en el que se lo planteé al consejo, estábamos investigando otros tres casos

prometedores que ocupaban casi todo nuestro presupuesto. Gastar dinero en la búsqueda de un muerto basándonos en el testimonio de una persona que decía haberlo visto, e incluso conocerlo, no parecía muy sensato, por muy serio que pareciera David.

»Así se lo dije y enseguida noté la decepción en su voz. Nos despedimos cordialmente, pero supe en ese momento que el golpe había sido duro y que sin duda decía la verdad.

»A los pocos días recibí una llamada suya. Estaba contento y fue directo al grano:

»—¿Crees que podrías convencer a la fundación si te consigo el collar de Hiset-Emkheb?

»El asunto del robo en Alejandría no era más que una anécdota en la vida de Leichle, como su participación en la represión del gueto de Varsovia, pero tener esa joya que apuntaba tan directamente a él... Estaba convencida de que si conseguía el collar, la fundación Dozsa no se negaría a investigarlo, y así se lo dije.

»Quedamos en que, cuando lo tuviera, yo misma vendría a buscarlo. A los pocos días recibí su llamada a mi móvil, en mitad de la madrugada.

»—Lo tengo —no dijo nada más.

»Yo le respondí que en unos días estaría en Tenerife, que tuviera mucho cuidado y que escondiera el collar, que esta gente se suele rodear de tipos peligrosos que les hacen el trabajo sucio. Él replicó que no me preocupara, que estaba a salvo, que para cuando se dieran cuenta de que faltaba, este ya se encontraría en Israel.

»En cuanto aterricé en la isla, lo llamé, pero me contestó una mujer que dijo ser su hermana. Me contó que David había muerto y la noticia me impactó de una forma que no podés imaginar. Apenas lo conocía, pero sabía que era un hombre decente. Me quedé varios días esperando a que por algún golpe del destino apareciera alguna pista que pudiera seguir. No conozco el terreno y ponerme a investigar por mi cuenta no tenía sentido.

»Ha sido providencial que me hayás llamado justo ahora, antes de que me vaya. Está en tus manos que podamos atrapar a ese monstruo.

—Me han amenazado muy claramente —le digo—, y como comprenderás me lo tomo muy en serio.

—Por supuesto, Karo. Son peligrosos. Mataron a David.

Es la primera persona que usa esa expresión que no sea yo misma. «Mataron a David». Me parece mucho más creíble y verdadera que cuando suena en mi cabeza.

—Me han prometido que si les devuelvo el collar me dejarán en paz, que podré seguir con mi vida.

—Yo te prometo que si me das el collar nadie se va a enterar. Desapareceré y nunca sabrán que me lo has dado. En unas semanas tendrán a un grupo de investigadores de la fundación encima.

El silencio es mi respuesta. Los engranajes de mi cerebro van a toda velocidad. El asunto me sobrepasa. Yo no soy una espía, ni una agente doble. Nadie pensaría en mí para que investigara nada. ¿Qué se supone que debo hacer? Me ofrecen la posibilidad de que se haga justicia y al mismo tiempo puedo dejar todo esto atrás y no meterme en más líos.

—Entiendo tu situación —dice Marcela a través del teléfono—. Pensá en David. ¿Por qué creés que te dio el collar precisamente a ti?

—Para joderme la vida.

—Me puedo imaginar sus últimas horas. Se vio acosado. Sabía que lo habían descubierto y pensó en vos para que protegieras el collar. Suponía que te comportarías como es debido, que harías lo correcto. Es él quien te ha dado mi número porque sus asesinos le impidieron entregarme el collar.

Se me escapa un suspiro de indecisión. Durante un momento solo puedo pensar en la aguja que marca los segundos en el reloj de la pared. Parece una película de James Bond. «La bomba está a punto de explotar, Karo. Decídetes. Cable rojo o cable negro».

—Karo, no nos queda mucho tiempo —dice la argentina como si también ella estuviera viendo el segundo.

Bien, qué demonios, cortemos el cable.

—De acuerdo —musito con un hilo de voz.

—Estupendo. Decime un sitio en el que podamos vernos, alguna cafetería que conozcás.

—No sé —pienso un momento y luego digo—: Cafetería Florencia. Está cerca de la Catedral. ¿Te doy más indicaciones?

—No hace falta. La busco en Google. ¿Cómo vas vestida?

¿Cómo voy vestida? Ni siquiera me acuerdo, así que me echo un vistazo.

—Pantalón vaquero azul ajustado, blusa blanca y una cinta en el pelo de color blanco.

—Bien. Yo llevo un blazer de color verde claro. Me reconocerás enseguida. ¿La cafetería tiene terraza?

—Sí.

—Vale, si hay mesas libres estaré sentada fuera en una hora. En cuanto te vea, me voy al baño. Allá me das el collar y después te vas. Luego hacé tu vida sin pensar en mí.

—De acuerdo.

Oigo el sonido de fin de la llamada y por primera vez pienso que puede salir bien.

Veo el blazer verde a lo lejos, casi desde antes de llegar a la Catedral. Camino a buen paso, algo impaciente, aunque confiada en que la pesadilla esté a punto de terminar. Marcela parece tener una edad parecida a la mía, aproximadamente de unos treinta años, delgada y de piel morena, como su pelo, que lo lleva ondulado y sujeto por una diadema. Se acerca la pequeña taza de café a los labios y echa un vistazo general a su alrededor. Aún no me ha visto.

Me detengo antes de cruzar por un paso de peatones porque se acerca una moto bastante rápido, pero al verme se para y me hace un gesto con la cabeza para que cruce. Me gusta su chupa de cuero decorada con la imagen en la solapa de unos lobos enfrentados entre sí. Cuando cruzo veo seguir al motorista calle abajo y me fijo en que en su espalda los mismos lobos me mantienen la mirada.

Sigo caminando a través de la plaza de los Remedios, donde está la Catedral. Un grupo de turistas que hacen fotos al templo me cubren lo suficiente como para que Marcela no pueda verme aún. Su cabeza se vuelve hacia la calle Obispo Rey Redondo, como si esperara que apareciese por allí. Consigo superar a los turistas y entonces me ve. No sonrío, no hace ningún gesto; simplemente se levanta y se encamina al interior de la cafetería. Va al baño, donde el entregaré el collar y podré seguir con mi vida.

Pero algo la detiene. Es su nombre. «¡Marcela!». Alguien lo ha pronunciado en voz lo suficientemente alta como para que ella lo oiga y, de paso, yo también. Marcela se gira y mira con extrañeza durante un segundo tratando de reconocer el rostro del hombre que se acerca. No lo conozco, es corpulento, con el pelo cano y va vestido con una chaqueta americana gris. Lleva su mano derecha oculta bajo la chaqueta. La saca y todo sucede demasiado rápido. Tan rápido que Marcela no tiene la menor oportunidad de protegerse más que con el gesto inútil de poner sus manos delante de su pecho, como si estas pudieran parar las balas.

Primero veo los fogonazos. Dos. Y después oigo las detonaciones. Todo se ha vuelto muy lento de repente. El tiempo ha disminuido tanto su paso que casi parece detenerse a mi alrededor. Marcela cae hacia atrás como en cámara lenta mientras el hombre sigue su camino y tuerce por la calle San Juan. Veo que se sube a un coche blanco y este desaparece en el tráfico. Un silencio envuelve el lugar, como si un eclipse nos hubiera tomado por sorpresa y nadie allí entendiera por qué se ha oscurecido el día.

—¿Qué ha pasado? —dice alguien.

No se oye nada más. Ni gritos de histeria, ni carreras, ni pánico. ¿Quién se puede imaginar que han asesinado a una mujer delante de sus narices? Esto es Tenerife, aquí nadie dispara a nadie por la calle.

La gente empieza a acercarse a la terraza. Yo sigo paralizada en mi lugar, sin moverme. También está paralizada la camarera de la cafetería, con las manos cubriéndose la boca y los ojos muy abiertos y fijos en Marcela. Varios hombres se acuclillan junto a ella.

—¡Hay que llamar a una ambulancia! —dice alguien—. ¡Le han pegado un tiro!

«Dos —me gustaría gritar—, dos tiros». Pero la voz no me sale.

Mi móvil suena en mi bolso y yo lo oigo como si estuviera en el interior de una pecera. De hecho, todo el escándalo que se está montando a mi alrededor empieza a sonar de la misma manera.

Oigo las sirenas que se acercan. Un par de policías municipales, con su uniforme azul, llegan corriendo, se detienen junto a Marcela y uno de ellos se arrodilla a su lado y le pone dos dedos en el cuello. Luego junta sus manos sobre el pecho de la joven y comienza a empujar a ritmo acompasado, arriba y abajo, empleando todo su peso en la maniobra. Su compañero ha comenzado a hacer espacio en derredor, a veces incluso empujando a la gente. Yo estoy a unos diez metros viéndolo todo como si me encontrara en un espectáculo callejero. Incluso pienso que en cualquier momento Marcela se va a levantar y todos empezarán a reírse porque me he tragado la broma como una pardilla.

El teléfono, que ha dejado de sonar durante un instante, vuelve a la carga. Como un autómata lo saco del bolso y me lo llevo a la oreja. La voz aguardentosa al otro lado hace que me sumerja todavía más en la pesadilla.

—Le dije a Eugenio que no eras de fiar.

—La habéis matado vosotros.

—Tienes el collar ¿verdad? Y se lo ibas a dar a esa zorra argentina.

No me atrevo a decir nada. Empiezo a ser consciente de la catástrofe que se cierne sobre mí cuando oigo su pregunta. Una pregunta aparentemente inofensiva, como si fuéramos dos amigos en medio de una charla insustancial, pero, como dijo Laura Monago, él es un lobo y yo una oveja.

—¿Sabes dónde estoy ahora?

—¿Dónde?

—Vamos, adivínalo.

—¿Quieres el collar? Voy a ir a la policía.

—Quiero que adivines dónde estoy.

En ese momento entra en la plaza un coche de policías con la sirena a todo volumen y me tengo que apartar a un lado. Es la ocasión perfecta.

—No sé dónde estás —respondo mientras sigo al coche patrulla esperando a que se detenga. Se lo pienso contar todo a los agentes.

—Vale, te lo voy a decir. Estoy aparcado enfrente de una sucursal del Banco de Santander. Los empleados han salido a desayunar a la cafetería que hay justo al lado. En realidad, solo me interesa una en concreto. Se llama Guacimara Ruíz Afonso y desde aquí puedo verla sentada a una mesa con una compañera. ¿Te imaginas que también le peguen dos tiros mientras toma café? Qué

puta casualidad sería, ¿no crees?

Me detengo en seco. De repente, la policía no me parece tan buena solución.

—Por favor, no lo hagas —suplico—. Te entregaré el collar.

—Claro que me lo entregarás. Ven para acá ahora mismo.

Me alejo a toda prisa del caos en que se está convirtiendo la plaza de los Remedios y trato de recordar dónde he aparcado el dichoso coche.

No sé cómo he llegado al lugar donde trabaja Guasi. No recuerdo ni un sólo metro del itinerario recorrido. Cada pensamiento durante el viaje ha pasado por mi cabeza más como una sucesión de fotografías que como imágenes en movimientos. Unas reales, otras imaginarias. Marcela cayendo de espaldas después de ser disparada; Guasi abatida de la misma manera; y el rostro de Harry mirándome satisfecho después de hacerlo.

Ahora he aparcado tras el coche rojo que he reconocido de cuando me rompieron la ventanilla y luego en el aeropuerto. La puerta trasera se abre para mí, así que salgo de mi vehículo y me encamino hacia el momento decisivo. Hay dos hombres sentados en los asientos delanteros. El copiloto no me mira, pero reconozco su americana gris de cuando ha matado a Marcela. Se ha movido con rapidez en la huida, tanto que ha llegado antes que yo, y me molesta que ahora esté ahí sentado disfrutando de absoluta impunidad. Harry está en el asiento trasero, con el brazo apoyado en el respaldo mostrándose con una camisa abierta hasta la mitad del pecho y enseñando una cadena de oro.

—Entra y cierra.

Obedezco. Harry se reclina un poco y mira a través del parabrisas hacia la calle. Señala con la cabeza a dos jóvenes sentadas en la mesa de una terraza.

—Allí la tienes, sana y salva.

Me fijo bien y consigo distinguir a Guasi, es la que está de espalda y por eso me ha costado reconocerla. La que la acompaña es Esther, que ríe de algo que han comentado.

—Llevan así un rato —dice Harry—. Lo están pasando bien. Me parece que estás perdiendo la partida con esa chica. En fin... vamos al lío. Dame el collar.

Saco el sobre del bolso y se lo entrego. Está arrugado, pero a Harry parece darle igual. Lo agarra sin ningún respeto, lo abre y mira en su interior.

—¡Por fin! —exclama mirando al cielo—. Mira que te ha costado. Si no fueras tan gilipollas, ahora esa argentina estaría viva.

—¿Por qué la habéis matado?

Harry se encoge de hombros. No parece darle la menor importancia.

—Me tenía hasta los cojones. No me gusta esa gente. Se dan aires porque trabajan en una fundación cazanazis cuando en realidad son unos chapuceros, como se ha demostrado. La teníamos vigilada desde que llegó. La muy imbécil no sabía por dónde empezar. Ni siquiera era una agente de campo, solo hacía trabajo administrativo. Venía con la idea de ver a David y cuando se enteró de que había muerto ya iba como un pollo sin cabeza. Y vas tú y se lo pones en bandeja. Lo que más me cabrea es que la tía estaba a punto de irse. ¡Es que te reventaría el cráneo ahora mismo!

De forma instintiva encojo los hombros cuando veo que levanta la mano. Ya he probado su puño, me aterroriza que me pegue de nuevo.

—¿Cómo sabías que he hablado con ella?

—Porque le habíamos hackeado el móvil a la idiota esa. Ya te he dicho que son unos chapuceros. «Es que trabajo para la fundación Dozsa. Soy una cazadora de nazis». —Su imitación de una voz femenina es bastante patética, aunque los tipos sentados delante le ríen la gracia—. Si no fuera porque nos pueden complicar mucho la vida, darían hasta pena.

En ese momento, veo por la ventanilla que Guasi se levanta de la mesa acompañada de Esther y ambas se dirigen a la sucursal, que se encuentra justo al lado. Desde donde están no pueden verme, pero, aunque pudieran, van tan distraídas charlando que ni siquiera notarían mi presencia si me cruzara con ellas.

A su lado pasa una moto muy despacio que continúa calle abajo, tuerce hacia la izquierda y la pierdo de vista, pero he tenido el tiempo suficiente para ver que el motero lleva unos lobos impresos en la espalda de su chupa. No es casualidad, estoy segura. ¿Está con ellos? ¿Ese motero trabaja para Harry? Algo me dice que es mejor que no saque el tema.

—¿Me puedo ir?

—¿Irte? —dice Harry—. No, Oskar quiere verte. Vamos.

El coche arranca al tiempo que siento el corazón latir en mi garganta.

Abandonamos la autopista a la altura de la estación de guaguas de La Laguna. Un coche patrulla de la Guardia Civil se acerca a nosotros con las sirenas encendidas y nos pasa a toda velocidad. Un minuto después lo hace otro. Se nota que mis captores están intranquilos, porque los tres se han quedado en silencio y con la vista fija en los guardias. Rezo para que hayan montado un control más adelante. A ver cómo iban a evitar estos animales que me ponga a gritar delante de la policía que ellos son los asesinos de Marcela Abisevich. Me iban a tener que pegar un tiro para que me callara.

Pero no tengo tanta suerte. Las sirenas se alejan hasta que ya casi no podemos oírlas. Aunque no todo iba a ser malo. Cuando aguardamos para entrar en la rotonda del Padre Anchieta, mis ojos se quedan fijos en el motorista con la chupa de los lobos, que se incorpora a la misma rotonda desde

la avenida de la Trinidad. Lo hace antes que nosotros y da toda la vuelta mientras nuestro coche se desvía hacia la carretera de La Esperanza. Bonita metáfora.

El tráfico es abundante pero fluido. Es la misma carretera que conduce al Teide y a esa hora debe de haber bastantes turistas camino de la montaña. No creo que nosotros subamos tan alto. Hay unos cuantos pueblos antes de llegar a la cumbre. Leichle vivirá en alguno de ellos.

Disimuladamente desvío la mirada hacia el lado derecho y luego hacia atrás. Solo un momento, de manera fugaz. El suficiente para ver cómo el lobo de la solapa aparece y desaparece detrás de un furgón de reparto que circula a unos trescientos metros por detrás de nosotros.

Cuando me vuelvo a poner derecha, veo que el conductor me mira fijamente por el retrovisor. Está serio, pero enseguida esboza una sonrisa. Estupendo. El imbécil me lanza miraditas mientras yo me juego la vida.

—Pertegaz—le dice Harry—, no la mires tanto, que con esta no tienes nada que hacer. Le van las grietas.

En los últimos tres años he oído tantas bromas homófobas que ya pensaba que me había hecho inmune; pero no, este dinosaurio aún tiene la facultad de hacer que se me revuelvan las tripas.

Para colmo se ríe, igual que el asesino de Marcela, y me mira como si yo fuese a participar de su estúpido chiste. En lugar de eso, le dedico mi mejor cara de asco, lo que le hace aún más gracia, así que me vuelvo hacia la ventanilla.

Circulamos un rato en silencio. Atravesamos terrenos sin edificar ni cultivar y repletos de chumberas, siempre cuesta arriba, y más tarde algunos poblados de casas desperdigadas y restaurantes de carretera.

—Ya casi estamos—dice Harry.

Y en el mismo instante, el coche se detiene en mitad de la calzada para dejar pasar a los que vienen en sentido contrario y luego se desvía por un camino estrecho, aunque asfaltado, que se adentra hacia un monte empinado. Dejamos atrás algunas casas de campo y huertas y se empieza a hacer visible una vivienda que parece desentonar con el lugar. Es cuadrada, sin tejado, con una puerta de garaje blanca resplandeciente y que contrasta con una fachada a la que no le han dado una mano de pintura en siglos. Parece más una biblioteca soviética que una casa de campo tinerfeña.

Pronto llegamos a su altura y nuestro coche se adentra por un caminito de grava, recorre unos veinte metros y se detiene frente al garaje. Luego, el señor miraditas toca el claxon y la puerta comienza a ascender muy despacio. Me sorprende a mí misma preocupada por si el lobo de la moto ha perdido nuestro rastro. Echo una mirada atrás, a la estrecha carretera y no veo que aparezca. Entonces me siento una idiota por agarrarme a cualquier esperanza, pero enseguida mi pecho se hincha de satisfacción cuando oigo sonar un potente motor y lo veo pasar de largo por delante de la casa, justo antes de que la puerta se cierre detrás de nosotros.

«¿Quién será?», me pregunto.

En el garaje hay tres escalones que llevan a un pasillo estrecho y sombrío por el que ando casi a tientas escoltada por la presencia opresiva de Harry. Sus dos gorilas se han quedado atrás, en el coche, fumándose un cigarrillo cada uno. Al final se ve algo de luz, pero no llegamos hasta allí. Harry me detiene.

—A la izquierda —me dice.

Entro en una sala de estar pequeña, con un sofá de escay y dos sillones a juego. Me golpea un olor fuerte a humedad y la visión de Berriatúa sentado en uno de los sillones, el que está más cerca de una cristallera, que da a un jardín con césped. El vasco me mira como si contemplase a un cadáver. Con la misma expresión que yo debía de tener en el velatorio mientras observaba a David.

—Siéntate —ordena Harry señalando a un extremo del sofá.

Obedezco dócilmente. Intento mantener la dignidad, pero estoy muerta de miedo.

—¿Dónde están? —pregunta Harry.

—Arriba —responde Berriatúa.

—Voy a avisarles de que hemos llegado.

—Ya lo sabrán. Habrán visto el coche.

—Ya. De todas maneras, subiré a devolverles el collar.

Harry se marcha por la misma puerta por la que hemos entrado y oigo sus pasos rápidos alejarse. Un silencio solemne se queda para sustituir al matón. Berriatúa ni siquiera me mira. Se mantiene serio, con la cabeza apoyada en su mano y el brazo, a su vez, apoyado en el sofá.

—No podías hacer lo que te pedí, ¿verdad? —dice.

—¿Permitir que salierais impunes de un crimen?

—¿Es mucho mejor ahora? Has conseguido que maten a una persona. ¿Sabías que Marcela Abisevich estaba casada y tenía dos hijos pequeños?

—¿Se lo has contado a esa bestia?

—Él no habría hecho nada si nos hubieras entregado el collar.

—¿Así es como consigues dormir por las noches?

No se molesta en responder. Tan solo menea la cabeza como si no pudiera entender mi descaro. Tengo la sensación de que quiere que suplique, estaría más cómodo. Creo que es de esos a los que les gusta ir al rescate de una dama en apuros.

—He intentado ayudarte.

Ahí está, el caballero de la brillante armadura.

—Ya. Como a David, supongo.

—Aunque no lo creas, también intenté ayudar a David.

—¿Estabas allí cuando lo mató?

Berriatúa toma aire, tanto como para llenarse el pecho, y después expira muy despacio. Un mal recuerdo ha pasado por su mente, puedo notarlo en el rictus de su rostro. Sus labios se encuentran más crispados y es incapaz de mirarme a la cara.

—Sí, estaba allí. No fuimos con la intención de matarlo. Me da igual si me crees o no.

—¿Qué pasó?

Al oír mi pregunta, levanta la vista y se me queda mirando. Calcula los riesgos de contármelo. Sé que si se decide a hacerlo voy a escuchar una historia que me va a quemar las entrañas como si me clavarán un hierro al rojo, y al mismo tiempo sabré que estoy condenada. Nadie confiesa un crimen a quien puede ir a la policía al día siguiente, a no ser que quiera que lo cojan. Aun así, necesito oírla, necesito saber cómo murió David. La verdad fría como el mármol, sin conjeturas.

—Fuimos a verlo a su piso en La Salle. Tardó en abrirnos. Yo sabía que tomaba pastillas para dormir, así que nos armamos de paciencia e insistimos. Después de un buen rato sonó su voz débil preguntando quién llamaba. Fui yo quien contestó. No estoy seguro de que hubiera abierto de haber sabido que me acompañaba Harry.

»Pude notar el miedo en su rostro cuando nos vio subir las escaleras. Estaba asustado, pero intentó aparentar lo contrario. Como tú ahora. Entramos en el piso y Harry lo empujó un poco hasta que se sentó en el sofá, para intimidarlo aún más.

»Le preguntamos por el collar y él insistió una y otra vez en que no lo tenía. Harry se estaba cabreando, así que le pedí que me dejara a mí. Traté de convencerlo. Lo intenté todo, pero no se avenía a razones. Seguía insistiendo en que él no tenía el collar. Al final, Harry me llevó a un aparte.

»—Sal un momento, hermano —me dijo.

»—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?

»—Nada. Hablar, como tú. Sal un momento, anda.

»—No te pienso dejar solo con él.

»Harry me pasó el brazo por los hombros y me habló casi al oído.

»—Sabe que eres su amigo, Eugenio. Mientras estés aquí, creerá que lo proteges, que no le va a

pasar nada. Sal un momento, por favor.

»Me lo pensé. Sabía que Harry tenía razón. David me veía como a su protector y en cierto modo lo era. Así que salí del piso y me quedé en la escalera un rato. Allí, en mitad de la madrugada, con todo en silencio y apoyado en la barandilla no dejaba de pensar en lo que podría suceder si a David le diera por contar nuestros secretos. Lo sabía todo de nosotros. Conocía a Oskar y todos nuestros planes. Nuestros contactos...

»Dándole vueltas estaba, cuando se abrió de nuevo la puerta del piso. Harry me hizo una seña para que entrara. David se hallaba sentado en una silla con las manos a la espalda atadas con unas bridas. Sobre la mesa del comedor estaba la pistola de Harry.

»—Se lo ha dado a su mujer —me dijo.

David no decía nada. Solo sollozaba con la vista fija en el suelo, como un niño pequeño.

»—¿Le has pegado?

»—No ha hecho falta. Todo el mundo se acojona cuando juegan a la ruleta rusa en su boca.

«Entonces, me fui hasta el dormitorio de David y busqué su móvil. Lo tenía sobre la mesilla de noche. Regresé al comedor y le pregunté:

»—¿Cómo se llama tu exmujer?

»Me había hablado muchas veces de ti, de vuestro divorcio, del daño que le habías hecho, de su depresión... Pero no me acordaba de tu nombre. Él levantó la cabeza y me miró con los ojos envueltos en lágrimas. Ni siquiera parecía un hombre, tan solo un chico indefenso que se había puesto a jugar con los mayores sin entender muy bien de qué iba el juego.

»—Karo —dijo.

»Te busqué en la agenda, pero no fue lo único que encontré. El pánico se apoderó de mis sentidos mientras mis ojos se quedaban fijos en un apellido: Abisevich. «Marcela Abisevich». El muy imbécil ni siquiera había intentado ocultar su contacto bajo una identidad falsa. ¿Con quién creía que estaba tratando?

—¿La conocías? —le pregunto.

—A ella no, pero tenía el mismo apellido que Emil Abisevich, que fue un famoso cazanazis de los años sesenta y setenta. Una vez vi un documental sobre él. Una búsqueda en Google me confirmó que ella era su hija y que se dedicaba a lo mismo.

»Luego me fui al buzón de los mensajes y encontré uno, uno solo, de Marcela que decía: «Mañana estoy en Tenerife. Nos vemos. Ten cuidado».

»Aquello me devastó por dentro. La traición era mucho mayor de lo que esperaba. No es que se hubiera encaprichado de una joya que llevaba años estudiando, es que nos había echado encima a

unos cazadores de nazis, provocando una crisis que amenazaba nuestra propia supervivencia. Lo que me pedía el cuerpo era recogerlo todo y largarme. Abandonar la aventura y volver al puerto seguro que me esperaba en Miami. Sin embargo, no me dejé llevar por mis impulsos. Tomé de nuevo el control sobre mí mismo y regresé a tu nombre. Me lo pensé un poco, pero pulsé el botón de llamada. No sabía muy bien qué decirte, aunque tal vez, si te pasaba con David, él te convencería de que lo devolvieras. —Berriatúa hace una pausa y suspira como si volviera a sentir la derrota—. No respondiste. Lo intenté de nuevo sin resultado. Miré el reloj, eran las cuatro de la mañana y lo normal es que estuvieras durmiendo.

—Tú hiciste las dos llamadas. No fue David —dije más como un pensamiento en voz alta que como una respuesta.

—No, él no estaba en condiciones. Decidí que me acercaría a ti a la mañana siguiente, pero aún tenía que pensar qué hacer con David. Así que me llevé a Harry a la cocina y le pregunté: «¿Podrías hacer que parezca un suicidio?».

—Fuiste tú. Tú ordenaste su muerte.

—No estoy orgulloso de ello. Si volviera atrás, tal vez no lo haría, pero en aquel momento me pareció la decisión más segura, la forma más rápida de arreglar el problema, aunque eso no sea lo que se espera de alguien como yo.

»Hasta a Harry le sorprendió. No imaginaba que pudiera ser tan taxativo como él.

»—Claro —contestó—, ya lo he hecho antes, pero esas marcas de las bridas en las manos... No sé yo.

»Tenía razón. Cualquier investigador avezado deduciría enseguida que aquello olía raro y podría acabar tirando del hilo. Pero, de pronto, como si una luz se encendiera en una habitación a oscuras, me acordé de uno de los espectáculos de Laura Monago en *Scream*. En él ataban a una chica joven con bridas a una viga de la discoteca. Laura me había invitado a uno de ellos, pero yo no tengo esos gustos, así que no duré mucho, me fui enseguida, aunque estuve el tiempo suficiente como para que ahora mi cerebro encontrase la solución.

—Y le pediste a Laura Monago que te encubriera.

—Sí. Sabía que Laura me ayudaría. Salía con David, pero se notaba a leguas de distancia que no era más que una excusa para acercarse a nosotros. Un partido político en ascenso atrae a mucha gente de todo tipo. No te lo puedes ni imaginar. «Deja lo de las marcas de mi cuenta», le dije a Harry y me puse a llamar a Laura mientras él lo preparaba todo.

»—David tiene las marcas de unas bridas en las muñecas —le dije directamente—. ¿Puedes decir que se las hizo en algún juego erótico contigo?

»—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

»—Se ha suicidado.

»—Entiendo.

»—¿Puedes hacerlo?

»El silencio que siguió a mi pregunta me pareció que duró horas. Conozco a las personas como Laura. No les importa demasiado la moraleja del cuento, más bien calculan en qué les beneficiaría que el lobo se comiera a caperucita. Y eso es lo que estaba haciendo, calcular la tajada que podía sacar.

»—Quiero conocer al director de la orquesta —me pidió—. Al que está detrás de todo esto.

»—Ni hablar —le respondí secamente. Oskar debía permanecer oculto. No se nos podía relacionar con un nazi, bastantes etiquetas de extrema derecha estábamos recibiendo ya. Eso sin contar con todo lo que se nos vendría encima judicialmente hablando. Cuanta menos gente conociera de su existencia, mejor—. Lo único que te puedo ofrecer —le dije— es un buen lugar en el reparto cuando ocupemos el poder.

»Supongo que aceptó porque sabía que no iba a conseguir nada más.

»Cuando abandoné la cocina, David colgaba de la lámpara. Fue un impacto. Confieso que me afectó más de lo había supuesto. No pude evitar una honda compasión por él. Te lo digo en serio. Nada de aquello tenía que haber ocurrido.

—Eres un maldito hipócrita —le espeto.

Berriatúa me mira con curiosidad. No está ofendido por lo que le acabo de decir, más bien reflexiona sobre la exactitud de mi adjetivo.

—Es posible que lo sea —responde con calma—, pero te aseguro que apreciaba a David. Era mi amigo y admiraba sinceramente sus dotes. No sabes cómo me dolió que nos traicionara. Verlo muerto me conmocionó, aunque no resulte muy verosímil en este momento. Por eso decidí que resolvería el asunto del collar contigo por las buenas. A pesar de Harry. No quería más muertes.

—Pero ese animal solo conoce la violencia.

—Sí. El viejo empezó a impacientarse y a exigir resultados. Quería de vuelta su collar. Harry y él se parecen, son soldados, hombres de acción. Aceptaban mis soluciones, me escuchaban cuando les decía que podría manejarlos, pero no se lo creían del todo. Me veían como a un pusilánime y tú tampoco me lo pusiste fácil.

—Y Harry trató de conseguir el collar por sus propios medios.

—Sí, todo el acoso al que te sometió... Yo estaba en contra y se lo hice saber a Oskar, pero no me hizo mucho caso, aunque al menos no se inmiscuyó en que tratara de convencerte. Tardé en ponerme en contacto contigo porque estaba preparando la oferta que te haría Marrero. Pensé que te impresionaría lo suficiente como para que te compensara entregarnos el collar sin poner problemas. Y además te tendría controlada dentro del partido, pero eso fue antes de saber que eres incontrolable.

—¿Más incontrolable que asesinar a una ciudadana extranjera a plena luz del día?

—El asesinato de Marcela Abisevich ha sido un desastre. Ha enviado una alerta roja a la fundación Dozsa. Su muerte significa que la pista que seguía era fiable, así que en veinticuatro horas tendremos a sus agentes aquí buscando a Oskar hasta debajo de las piedras. Habrá que sacarlo de Tenerife para que no perjudique al partido. Después al menos dispondré de total libertad para seguir dirigiendo Los Canarios Primero y Harry desaparecerá de la escena. Pero como se sepa que Oskar Liechle vive y que además es nuestro financiador principal, estamos acabados.

—Por eso me vais a matar —le digo con una mínima esperanza de que lo niegue, de que me diga que es solo un susto para conseguir que no hable. Enseguida me despierta de mi débil ilusión.

—Lo siento. Aunque vuelva a parecer hipócrita, lo siento de veras.

Me hundo en el sofá. Mi ánimo está destruido. Los héroes de las novelas que he leído o de las películas que he visto conservan la serenidad hasta el final. Mantienen una especie de confianza en que, en el último minuto, todo se arreglará y saldrán victoriosos del envite. Incluso encontrándose en peor situación, atados o encerrados en cámaras con serpientes, siempre hallan la manera de escapar. Yo, en cambio, estoy sentada en una sala de estar con muebles de los años sesenta junto a un tipo que parece sacado de un periódico salmón y no veo la forma de que me pueda librar de esta. Es todo tan cutre... Berriatúa desentona tanto con la situación que no puedo evitar preguntárselo.

—¿Qué coño hace un tipo como tú con esta gente? Eres un analista, un experto en comunicación, has dirigido campañas políticas por medio mundo, ¿qué haces aquí?

A Berriatúa parece sorprenderle mi pregunta. Luego echa una mirada al entorno y se queda un momento meditando la respuesta.

—A veces yo también me lo pregunto —contesta—. La verdad es que me he pasado la vida inventando eslóganes, escribiendo discursos llenos de tópicos, decorando grandes mentiras con pequeñas verdades para que resulten creíbles. La idea de un partido transversal, que trascienda las viejas ideas manidas de obreros de izquierdas y patronos de derechas, que aglutine a grandes capas de la sociedad bajo una sola ideología, es algo sobre lo que he pensado mucho. Algo parecido a lo que consiguieron los fascismos en los años treinta. Mussolini fue capaz de congregar a millones de italianos en torno a su figura. No le seguían solo los ricos. Era el político más popular entre las clases obreras de su país en su época.

»Yo había expresado estas ideas en algunas conferencias en Latinoamérica, pero no tuve mucho éxito. El viejo patrón de izquierda y derecha es demasiado resistente al cambio. Aunque aparezcan nuevos populismos, estos acaban siempre encajando en este patrón.

»Pero un día conocí a Oskar Liechle en Colombia. No se hacía llamar así, claro, pero no me engañó. Supe lo que era desde el mismo momento en que lo vi. Su edad, su estatura, su porte, una especie de arrogancia genuina, como si este mundo le hubiera pertenecido siempre por derecho. No sé. Fue más intuición que conocimiento, pero resultó ser cierta. Hablamos durante horas y de aquellas conversaciones surgió la idea del partido.

»Me contó que vivía en las Islas Canarias y me convenció para que empezáramos aquí, como un experimento y después lo exportáramos a otros lugares. Él era un hombre muy rico y estaba dispuesto a financiarlo todo. —Yo echo un vistazo a la casa cutre en la que estamos—. Lo sé, todo esto parece el hogar de un campesino, pero, créeme, no es más que una forma de no llamar la atención.

—He oído los discursos de Leocadio Marrero. No hay nada de novedoso en lo que dice. Ninguna aportación nueva. No sois más que otro partido populista que demoniza a los de fuera para que os voten los de dentro.

—Eso es solo la portada del libro. El mensaje emocional que necesitamos para llegar al poder. Las ideas que tengo para después van a cambiarlo todo. Se las conté a David y quedó maravillado. Desde la reforma de las instituciones hasta las relaciones laborales e internacionales. Ese día no me estaba engañando, le interesaban de verdad. Te aseguro que David colaboró con nosotros por puro convencimiento.

—¿Y por qué se echó atrás?

—Porque fue incapaz de aceptar a Oskar. Por eso lo estropeó todo.

—Se dejó llevar por sus prejuicios —dice una voz femenina desde la puerta de la sala de estar. Una voz tan familiar para mí que no necesito volverme para saber quién es su propietaria.

CAPÍTULO X

Un anciano deambula por el jardín como si fuese un espectro. Es muy alto y delgado, con el pelo níveo, y se mueve en un equilibrio precario, como si una simple ráfaga de viento pudiera derribarlo. A unos pasos lo vigila un joven vigoroso vestido con un uniforme de blusa azul y pantalón blanco, el de un enfermero.

—Es mi padre —dice Amanda Meulenbelt, aunque no hace falta que lo haga, ya lo he supuesto.

Estamos sentados en la misma posición y no le quitamos ojo. Amanda también lo observa con cierta ternura. En sus ojos de hija, aquel hombre no parece un oficial de las SS, uno de los responsables directos de la muerte de miles de judíos en Varsovia y quién sabe de cuántos indirectos.

—Yo los presenté, a Eugenio y a David —dice Amanda sin ni siquiera mirarme, solo tiene ojos para el viejo soldado.

—Así es —confirma Berriatúa.

—Todo lo que ha dicho Eugenio es verdad. Fue una traición. David siempre había sido mi alumno predilecto. No diré que era como un hijo, pero se acercaba bastante. Se comportó como un infiltrado, como un topo. Abusó de nuestra confianza y después nos vendió a esa gente. Los israelíes.

Al pronunciar la palabra «israelíes» casi da la impresión de que va a escupir en el suelo. Aunque no lo hace, se le queda el mismo rictus en la cara que si la saliva hubiese salido de su boca. Luego permanece en silencio y a mí se me encoje el corazón. Realmente no sé a qué estamos esperando, pero temo que en cualquier momento den la orden y aparezca Harry a hacer el trabajo sucio.

—No fue Laura Monago la que os convenció de que yo no tenía el collar. Su opinión os importa bastante poco. Fuiste tú.

—Sí —responde Amanda—. Supe que no lo tenías cuando te pusiste a registrar el despacho de David con aquella excusa de los libros. Mientes bastante mal, ¿lo sabías? —Sí, lo sabía—. No ibas a encontrarlo, yo ya había mirado allí, pero al menos me confirmó que decías la verdad y que teníamos que aflojar la presión.

De pronto, el sonido de un timbre inunda toda la sala de estar. Me sorprende, pero no soy la única. Amanda le dedica una mirada preocupada a Berriatúa y este niega con la cabeza casi de forma imperceptible. Incluso el propio Leichle, en el jardín, se da la vuelta y se queda mirando a la casa. Harry también aparece con expresión de extrañeza en la puerta de la sala.

—¿Esperas a alguien? —le pregunta a Amanda.

—No. Ve a ver quién es.

Nos quedamos callados mientras oigo los pasos del calvo alejarse por el pasillo. Se descorren al menos dos cerrojos y luego suena la voz aguardentosa.

—¿Qué coño haces tú aquí?

—He venido a verlo.

«No me jodas», pienso. Ese tono un poco pijo es inconfundible.

—¿A ver a quién?

—Al jefazo de todo esto. Sé que está aquí.

Amanda se levanta y se dirige al pasillo. Se apoya en el quicio y mira hacia la entrada.

—Déjala pasar. Ya que ha venido...

Los pasos se acercan y me quedo de piedra cuando veo a Sharon Stone enfundada en un traje de motero con un par de lobos dibujados en la solapa de la chupa. Lleva el casco negro en la mano y me pregunto si guarda el picahielos dentro. Más le vale. Se detiene en mitad de la sala de estar y me mira con un desparpajo que parece que está en su propia casa.

—¿En qué estáis pensando? Esto se os ha ido de las manos.

Luego sus ojos se desvían hacia el jardín. Las pupilas azules de Oskar Leichle también la miran a ella.

—¿Ese es el jefe? ¿Cuántos años tiene? ¿Ciento veinte?

—Es un nazi —respondo.

—¿En serio? ¿Un nazi de verdad? ¡Joder!

—Anda, siéntate —le ordena Amanda.

Laura se sienta en uno de los sillones y me mira de nuevo. No dice nada. Entonces me fijo en que el viejo Leichle está haciendo señas con la mano.

—Ven conmigo —me dice Amanda.

Luego abre la puerta corredera de cristal y me invita a salir al jardín.

Mientras nos acercamos, el viejo no me quita ojo. Le dice algo al enfermero y este se marcha saludándonos cuando se cruza con nosotras.

—¿Por qué metiste a David en todo esto? —le pregunto a Amanda—. Él no era político. No le interesaba ese mundo.

—David era brillante. Le presenté a Eugenio porque sabía que congeniarían y así fue. —En esto llegamos a la altura del viejo nazi, pero Amanda sigue hablando—. Necesitamos a gente como David para un mundo nuevo. Las ideas de Berriatúa lo entusiasmaron. Al principio se mostraba reacio a los mensajes más populistas, pero luego comprendió que era el único camino si queríamos alcanzar el poder. Los votantes no deciden según sea la estrategia más o menos acertada, sino por el mensaje que mejor comprenden y que les llega más hondo. Te presento a Oskar Leichle, mi padre.

—¿Tú eres la que quería arrebatarme mi collar? —dice Leichle—. Me has dado unos días bastante inquietos. Quería verte la cara antes de que desaparezcas para siempre.

Su español es perfecto. Tan solo arrastra un poco las erres, como si tuviera que pensar en ellas antes de pronunciarlas.

—Os dejo a solas —dice Amanda.

Se retira y la sigo con la mirada hasta la casa. No estamos a solas del todo. A unos metros se ha apostado Harry. Supongo que por si me da por estrangular al viejo.

—No es tu collar —le digo a Leichle. Me niego a mostrarle el menor respeto—. Lo robaste.

—Sí que lo es. Más mío que de cualquier otro ser humano. Me ha protegido, ha cuidado de mí, me ha mantenido vivo todos estos años.

Viendo su aspecto decrepito tampoco parece que lo vaya a mantener vivo mucho más tiempo.

—No eres más que un vulgar ladrón, por mucha importancia que te des.

—Tienes coraje. Desde luego más que tu esposo. Harry dice que al final perdió toda la dignidad. He visto a mucha gente así. En sus últimos momentos suplican y se acobardan. Parecen niños pequeños, dan un poco de vergüenza.

La imagen que se ha dibujado en mi cabeza de David en sus últimos minutos, con su vida en manos de aquella bestia, me produce una profunda tristeza.

—De verdad que creí que ese chico era diferente. Una vez cené en la casa de Heinrich Himmler, el jefe de las SS.

—Sé quién era.

—Claro, tú también eres historiadora. Bien, pues Himmler era un tipo bastante interesante. Le encantaba la Historia y tenía una capacidad increíble para enlazar acontecimientos reales con leyendas mitológicas, para que todo tuviera un sentido, siguiera una línea clara que casi hacía inevitable un destino de éxito para Alemania. Los invitados allí presentes le escuchábamos con devoción, pero yo lo hacía más por entretenimiento que llevado por la fe. Me di cuenta enseguida

de que todo lo que decía no eran más que patrañas.

»Mi primer encuentro con David me recordó un poco a aquella cena. Amanda me lo presentó porque decía que tenía unas ideas muy interesantes acerca de un libro en el que el tema central era el collar de Hiset-Emkheb. Le hice algunas preguntas y comenzó a hablarme de cómo ese collar enlazaba con las viejas tradiciones sobre la juventud eterna y me explicó que tenía pruebas que relacionaban a las civilizaciones más dispares en torno a esta idea. Descubrió un hilo invisible que conectaba momentos históricos de todo tipo. Todo aquello le daba un nuevo sentido al pasado de la humanidad. Era como Himmler, pero más serio, más profesional. Todo lo que decía era verdad. Un poco interpretativo, es cierto, pero no se inventaba nada. Por eso decidí mostrarle mi collar. Mientras lo escuchaba tuve claro que debía verlo. Yo ya había leído su tesis, me la enseñó Amanda, y me había parecido que tenía ideas interesantes, pero en nuestra conversación esas ideas estaban mucho más desarrolladas, iban mucho más lejos. Tenía que ver el collar.

»Siempre he pensado en nuestro movimiento como en algo más que un simple partido político. Nos enamoramos de la idea de Hitler porque representaba más que la política, era una filosofía, un modo de vida. Las ideas de David nos iban a permitir hacer lo mismo, crear toda una mitología alrededor del programa de Eugenio. Por eso confié en él. Aunque era demasiado débil para mi gusto, pensé que podía funcionar.

»¿Sabes lo más curioso? Había tenido mi foto delante cientos de veces y no me reconoció al verme cuando nos presentó Amanda, pero fue enseñarle el collar de Hiset-Emkheb y enseguida ató cabos. Supo quién era yo en ese preciso instante. Pude notarlo en sus ojos. Esa mezcla de desprecio y miedo... Tuve la certera intuición de que me había equivocado. Y a pesar de verlo tan claro, llevado por mis ilusiones como si fuera un colegial, ignoré mi intuición y apoyé su brillantez. Confié en él, lo dejé estudiar el collar y permití que formara parte del grupo de confianza de Eugenio Berriatúa. No me he podido perdonar por ello.

Leichle se aleja de mí para dirigirse a un limonero que hay en un extremo del jardín. Estira su brazo para alcanzar uno de los frutos y arrancarlo del árbol. Aún está verde, pero se lo acerca a la nariz y lo huele levemente.

—Debí de hacer caso de las señales —dice—. Siempre he sido bueno para eso. Cuando preparábamos la defensa de Berlín, yo ya sabía que aquello no acabaría bien. Mis compañeros más jóvenes seguían siendo optimistas y confiaban en el führer. Decían que aún se guardaba un arma secreta con la que derrotaría a los rusos primero y después a todos los demás. Era un sentimiento generalizado en toda la ciudad. Pero yo... yo ya sabía que el reich estaba acabado, así que organicé la simulación de mi propia muerte y mi huida posterior.

»Con David me comporté como aquellos jóvenes que creían en las armas secretas. Ignoré la realidad. Era un hombre dañado, roto, incapaz de cuidar de sí mismo.

»Conocía su historia por Amanda. Sabía lo que le hiciste y sentía cierta compasión por él, pero la compasión es un defecto. Por eso nos encontramos en esta situación, por mi compasión. En los tiempos de mi juventud teníamos muy claro lo que era la gente como tú. Sois puro vicio, pura corrupción. Destruís las bases sociales sanas como son la familia, los hijos, los maridos como ese chico... Sois la mala hierba que crece en el jardín. Cada año hay que arrancarla de raíz, aunque se

sepa que regresará al año siguiente. Es inevitable, hay que hacerlo. Si no, te quedas sin jardín.

Ni siquiera estoy enfadada por lo que dice, más bien aterrorizada. Nunca he visto la muerte tan de cerca como en este momento. Parece que esté hablando con un hombre que haya viajado en el tiempo directamente desde mil novecientos cuarenta y cinco y eso me da mucho miedo. Laura estaba en lo cierto. ¿Cómo se puede razonar con alguien así?

Entonces, Oskar Leichle se me acerca y me mira como a un espécimen raro. Como si perteneciera a una especie repugnante de insecto a la que aplastar con el tacón. De pronto, sin esperarlo, de su boca sale despedido un escupitajo que se estrella contra mi mejilla.

—Te he hecho venir solo para esto. Para poder escupirte en la cara.

Siento estupor y sorpresa antes que asco. Después la ira empieza a circular por mis venas a toda velocidad y mi rostro parece encenderse como una bombilla. Lo llamo hijo de puta, cabrón y todo lo que se me ocurre, y me lanzo contra él con el puño en alto. Si no fuera porque Harry se me interpone y me arrastra por el jardín, le hubiera golpeado esa cara vetusta y arrugada hasta que no se distinguieran sus formas.

Mientras me aleja de él cargada a su hombro, oigo la voz potente del nazi:

—¡Que lo haga ella!

—¿Yo? —replica sorprendida Laura Monago desde la puerta del jardín.

—No sé por qué tengo que hacerlo yo —dice Laura.

Está sentada junto a la ventanilla, detrás del conductor, y su cabeza se mueve a un lado y a otro mientras avanzamos por una carretera estrecha y llena de baches. Vamos en dirección a un bosque de pinos que se divisa en el horizonte. Esta última frase de Laura ha quedado en el aire sin que nadie la responda, como si fuera una reflexión en voz alta, un destino fatal en el que está tan implicada como yo. Ya no parece Sharon Stone. El dominio de sí misma ha desaparecido por completo.

Tampoco yo estoy para dar lecciones de valentía. Ocupo el centro del asiento trasero, entre Laura y Harry. La ira que siento por el viejo no se ha evaporado del todo, pero ahora que no lo tengo delante, mi pensamiento viaja hacia la tragedia por mucho que quiera evitarlo. Pienso en mi madre, en qué sentirá cuando no sepa nada de mí. ¿A dónde acudirá? ¿Recordará que Berriatúa vino a buscarme a casa unos días antes de mi desaparición? ¿Irá a verlo, cuando su partido gane las elecciones, pensando que como hombre poderoso la ayudará a encontrarme o su intuición la llevará a sospechar de él?

¿Y Guasi? ¿Seguirá con su vida una vez que yo haya desaparecido de ella? Claro que sí, es joven. Mi cabeza se la imagina saliendo en la televisión con mi cara serigrafiada en una camiseta y pidiéndome que vuelva después de decirme que me echa de menos. Esa misma televisión también dirá que tenía deudas de juego y quizá escarben un poco en los bajos fondos para ver qué pueden

sacar.

Estoy tan absorta en mi propia película que no me doy cuenta de que el escenario ha cambiado. Ahora circulamos por una pista de tierra envuelta en unos pinos largos y frondosos que sombrean el camino. Avanzamos unos diez minutos hasta que Harry estira el cuello y mira por el parabrisas.

—Para aquí —ordena y el coche se detiene.

—¿No habrá guardabosques? —pregunta Laura. Está buscando excusas para no hacer lo que se va a ver obligada a hacer.

—No, estamos demasiado lejos de la zona de acampadas. Por aquí solo vienen cuando se acerca el verano. Para prevenir incendios. Vamos.

Las cuatro puertas se abren y yo siento unas ganas irrefrenables de llorar, pero las evito al recordar las palabras del viejo sobre los minutos finales de David. Lo último que quiero es darles un espectáculo con el que reírse luego.

Descendemos del vehículo. El ambiente está en calma, pero una brisa repentina se levanta como si el propio bosque se inquietara al vernos allí, como si la naturaleza tuviera un mal presagio y nos empujase para que nos vayamos. Me abrazo a mí misma sin estar muy segura de si lo hago por frío o por miedo. Veo que Laura también lo hace, pero evita mi mirada.

—Pertegaz —dice Harry—, tú te quedas aquí, por si viene alguien.

Luego rodea el coche y abre el maletero. Saca de él un pico y una pala y le entrega esta última a su otro compañero, el asesino de Marcela, un tipo silencioso. Yo permanezco con la mirada vuelta hacia la pista de tierra que ha quedado a nuestra espalda. ¿Y si saliera huyendo? ¿Cuántos metros podría correr antes de que me dispararan? Quizá me daría tiempo de llegar hasta la carretera. Y una vez allí... ¿qué?

—Prueba —dice Harry retándome como si conociera mis intenciones con solo mirarme a los ojos. Me sonrío con el pico al hombro y la pistola en la mano—. Te doy diez segundos de ventaja.

Yo no respondo y las ganas de huir se me acaban de quitar de golpe. ¿A dónde llegaría con unos zapatos de tacón bajo y unos vaqueros ajustados? Sería un buen divertimento para estos cabrones.

—¿No? Vale, vamos.

El silencioso ha iniciado camino por un sendero que se adentra en el bosque acompañado de Laura Monago. Harry me espera, yo empiezo a andar tras ellos y él lo hace a mi espalda. Somos un cortejo fúnebre en el que nadie se atreve a decir nada. Ni siquiera el verdugo bromea.

Avanzamos despacio por el sendero. El asesino de Marcela aparta algunas ramas, Laura mantiene su mirada fija en el suelo y las manos ocultas en su chupa de cuero y yo no dejo de observar a los dos lobos de su espalda. Su expresión no es nada fiera, como me había parecido la primera vez que los vi, ahora son más como dos hermanos que se miran antes de jugar a que se pelean.

Después de unos minutos, nos detenemos en un claro. El silencioso sabe perfectamente dónde estamos. Me pregunto cuántas veces han hecho este mismo recorrido y a quién más han traído aquí antes que a mí. El tipo se quita la americana gris y la cuelga de una rama cortada, luego agarra con fuerza el mango del pico y comienza a cavar. Cuando ya ha ablandado la tierra, le llega el turno a Harry con la pala para retirarla del agujero. Despacio, pero con constancia, el hoyo va avanzando hacia las profundidades al tiempo que mi respiración se agita por la ansiedad. ¿Cómo es posible que acepte mi destino con tanta sumisión? No soy mucho más valiente que David. Ahora mismo suplicaría por mi vida si no supiera que sería completamente inútil.

—Bueno, esto ya está —dice Harry mientras sale del agujero que apenas mide un metro. ¿Para qué más? En Canarias no hay alimañas que puedan desenterrar los cadáveres. Lo más parecido a un animal salvaje que tenemos por aquí es el cabrón que está deseando pegarme un tiro.

Sin embargo, no va a ser él el que lo haga. Ya lo había ordenado Leichle en su casa. Será Laura la encargada y por eso Harry le entrega el arma amartillada.

—Es fácil —le dice—. Apuntas y disparas. Así de cerca, al pecho. De esa forma no fallarás.

—No creo que pueda.

—Considéralo un bautismo de sangre. Si quieres entrar en el círculo de confianza tendrás que ganarte esa confianza. Así sabremos que estás con nosotros al cien por cien.

Laura me mira por primera vez en todo el viaje. A ella sí que le puedo suplicar, aunque solo sea con la mirada. Aún guardo la esperanza íntima de que no lo haga, de que no se atreva, pero la esperanza se viene abajo en cuanto levanta el brazo y me apunta con la pistola.

—¿Así? —pregunta.

—Así. Dispara de una vez.

—Mierda, Karo, cómo lo has jodido todo —se lamenta—. En fin... ¿qué se le va a hacer?

Y entonces gira su brazo y apunta directamente hacia Harry.

—¿Qué haces? —dice el calvo. El otro se mantiene en silencio.

—Poneos de rodillas.

—Ni hablar.

—O te pones de rodillas o... ¡No lo hagas! —le grita al que asesinó a Marcela que ha intentado coger su propia arma.

—¡Pertegaz! —grita Harry.

—Cállate o te pego un tiro —le ordena Laura cada vez más nerviosa.

—Adelante, dispara. ¡Pertegaz!

En ese momento, Harry da un manotazo y casi le quita el arma, pero esta se dispara y un trozo de carne de su antebrazo sale volando mientras él se encoge sobre sí mismo soltando todos los insultos que conoce.

—¡Vamos! —me dice Laura y empieza a correr monte arriba, entre los pinos, conmigo a un paso por detrás. Ni siquiera me acuerdo de mis tacones cuando las balas del compañero silencioso de Harry comienzan a silbar a nuestro alrededor. Entonces, Laura se detiene, se da la vuelta y dispara un par de veces. Tiene la pose de una profesional. Puedo ver cómo el asesino arrastra a su jefe hasta detrás de unos árboles. Nosotras aprovechamos para seguir subiendo entre los pinos.

—¿Qué ha pasado? —oigo la voz de Pertegaz a lo lejos.

—Vamos, que no escapen —dice Harry.

Después de un rato subiendo, me hago la ilusión de que los hemos dejado atrás, pero enseguida las balas me devuelven a la realidad. Tanto es así que Laura se cae delante de mí y cuando intento ayudarla a levantarse me dice:

—Me han dado.

Ella misma se mira el muslo, debajo de la nalga izquierda. Yo veo un agujero en su mono de motera por el que no para de manar sangre.

—Mierda. Necesito un torniquete —Se pone a buscar a su alrededor y se fija en mi cinta para el pelo—. Dámela —Lo hago inmediatamente—. Busca un palo.

Le alcanzo una pequeña rama seca que parece lo bastante dura para que le sirva. Laura se ata la cinta alrededor de la pierna, a la altura de la ingle, y aprieta el torniquete dándole vueltas al palo. Luego coge la pistola y dispara hacia abajo. Al instante, los tres hombres que nos persiguen se ocultan tras los árboles.

Laura saca entonces su móvil del bolsillo de su chupa y se lamenta.

—No hay cobertura. Tenemos que subir más —dice, pero cuando intenta levantarse apoyada en mis hombros, varias detonaciones hacen que volvamos a agacharnos. Ella responde con otros dos disparos que hacen que se oculten de nuevo.

—¿Qué hacemos?

—Tienes que subir tú, yo te cubro.

—No te voy a dejar sola, estás herida.

—¿En qué película has visto eso? No digas tonterías. Llévate mi móvil. Cuando tengas cobertura, busca a Cris en la agenda. ¿Lo tienes?

—Cris, sí.

—Bien. Escucha atentamente lo que le tienes que decir. «Luciérnaga ha caído. Enviad a la

caballería». ¿Vale?

—¿Quién coño eres? —le pregunto.

—Vete ya.

Tres nuevos disparos salen de su arma mientras yo corro trastabillándome con los tacones por el monte. Los tiros se suceden a mis espaldas, el aire se escapa de mis pulmones quemándome el pecho y me esfuerzo por ascender más y más rápido con la vista fija en el resplandor del sol que parece asomar entre una vegetación cada vez más escasa.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde el último disparo que oí, ni si Laura seguirá viva o, por el contrario, los tres asesinos pasan junto a su cadáver corriendo monte arriba en mi persecución, pero ahora me hallo en la cima pelada, con las manos temblando y buscando en la agenda del móvil al dichoso Cris. Aquí está y hay cobertura suficiente. Me apresuro a pulsar sobre su número y oigo los tonos que me parecen de una insoportable lentitud.

—Dime, rubia —responde la voz de un chico joven al otro lado. ¿Me habré equivocado? Miro el móvil. Es el número de la agenda. No me he equivocado.

—Luciérnaga ha caído. Envíen a la caballería.

Se produce un silencio al otro lado de la línea, pero enseguida lo vuelvo a oír. Esta vez la voz joven y despreocupada se ha transformado. Sigue siendo la misma, pero ahora suena más marcial.

—Repita el mensaje, por favor.

—Luciérnaga ha caído. Envíen a la caballería.

—Bien. Tenemos localizado el teléfono. La asistencia se dirige hacia allá.

Me cuelga sin decir nada más.

¿Qué hago ahora? ¿Desciendo para regresar junto a Laura y me arriesgo a que Harry y los suyos terminen el trabajo? Pues eso es precisamente lo que hago, aunque no sea lo más inteligente. No me perdonaría a mí misma si me pusiera a salvo mientras Laura arriesga su vida por mí.

Desciendo todo lo rápido que puedo, pero me temo lo peor. Ya no se oyen disparos y en todo momento tengo la sensación de que me van a salir al paso los asesinos. Aun así y a pesar del miedo que tengo, sigo avanzando. Los tobillos me duelen que es un horror. No me explico cómo no me he hecho un esguince. Ahora reconozco la zona. Laura no está lejos. Me detengo un instante y echo un vistazo. Puedo verla tendida junto a unas piedras. Parece inmóvil, pero Harry y los otros no están cerca, así que me dirijo hasta ella agachándome todo lo que soy capaz y muy despacio. Cuando llego a su lado vuelve la cabeza hacia mí.

¡Está viva!

—¿Has llamado?

—Sí.

—Bien, ahora solo queda esperar.

¿Esperar? Levanto mi cabeza por encima de las piedras que nos hacen de precario parapeto. Los tipos siguen allí, apostados tras los árboles.

—Creo que me he cargado a Harry —dice Laura—. Los otros dos no se atreven a subir.

Y a partir de este momento todo se mantiene en una calma tensa durante al menos diez minutos hasta que la acción comienza a desarrollarse extraordinariamente rápido. Las sirenas empiezan a oírse a lo lejos, pero muy rápido avanzan en nuestra dirección, como lo hacen los motores de un helicóptero. Veo como si fuera una película cómo Pertegaz y el asesino silencioso salen de sus escondites con los brazos en alto al ser alumbrados por un potente foco del helicóptero de la Guardia Civil. Ya no parecen tan valientes. Enseguida varias decenas de agentes llegan hasta donde estamos. Uno de ellos comprueba el torniquete y me pregunta a mí si estoy bien. Luego empiezan a organizar nuestro traslado. A Laura se la llevan en una ambulancia y a mí me acompañan a un coche patrulla con una manta de aluminio sobre los hombros.

Todos hablan entre ellos, se dan órdenes e indicaciones, pero a mí nadie me dice nada. Estoy sentada mirando por la ventanilla cómo bajan el cadáver de Harry en una camilla mientras me bebo una Coca-Cola. Hace un rato que se han llevado detenidos a los otros dos.

Entonces entra un chico joven en el coche, con un uniforme verde que me sonríe y me pregunta:

—¿Mejor?

—Sí, gracias. ¿Cómo está Laura?

—¿La mujer que estaba con usted? Supongo que bien. La han trasladado al hospital. En el cuartel le dirán algo más. Tengo orden de llevarla allí a prestar declaración, así que, cuando esté lista...

CAPÍTULO XI

Después de oír las sirenas de la Guardia Civil, la ambulancia y el helicóptero, Berriatúa, Amanda y Leichle, esos héroes con tantos planes para crear una sociedad nueva huyeron como ratas. Al menos, Berriatúa tuvo la decencia de entregarse él mismo cuando supo que lo buscaban, pero sospecho que ni siquiera ese gesto estaba justificado por la valentía, sino más bien por el cálculo de que colaborando con la justicia, esta sería más benévola con él.

El viejo héroe de guerra que tan valerosamente me escupió a la cara fue apresado junto a su hija en el aeropuerto cuando trataban de salir de la isla. Ambos llevaban documentación falsa y negaron, hasta que ya no fue posible, ser aquellos por los que les preguntaban.

El escándalo fue tal, que Leocadio Marrero y otros líderes de Los Canarios Primero no han parado de hacer declaraciones intentando escabullirse de cualquier relación con Oskar Leichle y condenando el nazismo en todas sus formas. Va a ser difícil que puedan ganar las próximas elecciones después del clima que se ha generado. Apenas de un día para otro han pasado de ser los grandes acusadores del sistema democrático a tener que defenderse de las peores acusaciones.

Hasta yo he ganado algo de popularidad. Diego me ha hecho una entrevista para El Día y también he contestado a preguntas para medios nacionales como El País o El Mundo. Poca cosa. Al final, las noticias de Canarias casi nunca aparecen en las portadas nacionales, alimentando así el victimismo de los partidos nacionalistas cuando se quejan de que no se les hace caso en Madrid.

En realidad, nada de eso me importa más allá de que a David se le haga justicia. Es la primera vez que visito su tumba y trato de que el ramo que he traído luzca algo entre todas las coronas ajadas que aún conserva la lápida. El panteón familiar es una loza de mármol negro con forma de cofre donde están enterrados su padre y sus abuelos. El nombre de David está debajo del de ellos, justo en el centro, al lado de las fechas de nacimiento y muerte y una fotografía.

Está guapo en la foto. Recuerdo perfectamente el día en que se la hice. Pasamos un domingo espléndido en Playa de las Américas. Acababa de salir del agua y se tendió en la toalla luciendo una sonrisa blanca, sincera, sin preocupaciones, mientras miraba al horizonte. El día anterior había defendido su tesis y aún no sabía el resultado, pero estaba satisfecho y confiado en que lo conseguiría. Todo eso se ve en la foto. Si Ágatha supiera que yo era la autora, seguramente habría elegido cualquier otra.

Llama mi atención una corona de claveles rojos que ya empiezan a ponerse violetas y que se halla en una esquina del panteón. Está algo vuelta hacia un lado, pero se puede ver la leyenda con letras doradas que figura en la banda blanca.

«Merecías algo mejor. LM».

¿LM? Al final va a resultar que Sharon Stone tiene un corazón humano.

La habitación es luminosa y desde la ventana se ve el mar. Me apoyo en el alféizar y cierro los ojos para que la luz del sol me dé en la cara. A mi espalda tengo a Laura dormida en su cama. No sabe que estoy aquí y es posible que me vaya antes de que se despierte, pero tenía que visitarla de todos modos, se lo debo.

Me doy la vuelta y la observo. Está tumbada, con la pierna herida vendada desde la ingle hasta la rodilla. Con todos los apósitos y probablemente la inflamación parece del doble de tamaño que

la otra. Viste uno de esos camisonos de hospital azul celeste y abiertos por detrás, aunque no puedo ver que sea así porque está tumbada boca arriba.

Por primera vez la contemplo sin maquillaje. Le sienta bien la cara lavada. Ya han pasado sus mejores años, pero en su madurez sigue siendo muy guapa. De esas bellezas que es imposible ignorar.

De pronto parpadea varias veces y abre los ojos, pero los vuelve a cerrar enseguida cuando les da la luz del sol.

—¿Quieres que baje la persiana?

—No, no... Está bien —contesta.

Me acerco y me siento en la silla que hay junto a la cama. Pongo mi mano sobre la suya y le pregunto:

—¿Qué tal estás?

—En la gloria. Me han dado tantos sedantes que no tengo ni un solo problema.

—Me alegro.

—Dicen que voy a necesitar rehabilitación.

—Seguro que te recuperas rápido, ya lo verás.

Se hace el silencio entre nosotras. Entonces Laura me mira seria.

—Vamos pregunta —me dice.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Pregunta.

—¿Qué eres? ¿Una especie de espía o algo así? Eso de luciérnaga suena a agente secreto. ¿Pertenece al CNI?

—No pertenezco a nadie. Voy por libre. Pero colaboro con ellos de vez en cuando a cambio de que me dejen en paz. Ellos no se meten en mis cosas y yo averiguo la información que puedan necesitar.

—¿Te encargaron que averiguaras quién estaba detrás del partido de Marrero?

—Sí, así es. A las altas esferas les preocupaba el ascenso de un nuevo partido nacionalista de corte xenófobo que acabara gobernando una comunidad autónoma. Había serias dudas sobre quién pagaba a Eugenio Berriatúa y a su equipo. No son nada baratos y nadie se creía que Marrero tuviese esa capacidad económica, así que se valoró si los rusos o alguna mafia podían estar detrás. No creo que nadie pensara en un nazi centenario salido del jurásico. Por eso me pidieron que me acercara a ellos.

»Primero lo intenté con Eugenio. Ya conoces mis espectáculos, pero no estaba interesado. Es un tipo bastante austero, muy serio. Se sabe todos los trucos, no es fácil ganarse su confianza de esa manera. Así que me fijé en su equipo. La mayoría de ellos llevaban con él toda la vida. No iba a ser posible abrir una grieta en esa pared, pero entonces empezó a aparecer David. Lo veía en los mítines y parecía que se llevaba bastante bien con Eugenio. Lo investigué y averigüé que era un profesor universitario con problemas de depresión. Un espíritu frágil.

—Una fragilidad que podías explotar.

—Sé cómo suena, pero no te voy a engañar. Eso fue lo que pensé. Me acerqué a él y empezamos a intimar. Nada serio. Ese chico estaba loco por ti y yo le servía para distraerse. Al final nos utilizamos mutuamente.

»Nuestra relación me sirvió para acercarme más al círculo de analistas, incluido Eugenio, pero no conseguí mucho más. Seguían sin fiarse de mí, aunque por las razones equivocadas. Creían que pretendía relacionarme con el partido para aprovecharme económicamente de su

llegada al poder.

»Unas semanas después de todo esto que te cuento, David se volvió muy raro. Lo veía taciturno, cambiaba de habitación para hablar por teléfono... Le pregunté si todo iba bien, pero se mostró esquivo. Tampoco él confiaba en mí. Un día escuché una parte de una conversación que estaba teniendo en su móvil. Mencionó varias veces el nombre de una tal Marcela y decía que iba a conseguir el collar. En ese momento no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero me pareció que sería importante, así que traté de sonsacarle. Tampoco hubo manera.

—¿No le pinchasteis el teléfono?

—No lo sé. Lo que se me había pedido era: «Acércate a ellos y a ver qué es lo que puedes averiguar». Desconozco si hay otra operación abierta más grande. No me informan de esas cosas, yo solo soy una colaboradora. No sé cuánta gente tiene el teléfono pinchado. Ni siquiera sé si el mío lo está.

—¿Qué ocurrió después?

—A los pocos días murió. Recibí una llamada de Eugenio en mitad de la noche pidiéndome que me inventara la chorrada esa de los juegos *sadomaso* para encubrir las marcas de las muñecas.

—Encubriste el asesinato.

—Sí. Pensé que me ayudaría a entrar en el círculo de confianza, que me acercaría al líder misterioso.

—¿No te importó David en lo más mínimo?

—¿Te refieres a que tenía que haber denunciado el crimen?

—Exactamente a eso me refiero.

—¿De qué hubiera servido en ese momento? Te recuerdo que esa manera de pensar casi te cuesta la vida. Si no fuera por mí...

—Se habría hecho justicia.

—¿Quieres que te cuente el resto o no?

—Continúa, por favor.

—El caso es que después de que explicara lo de las marcas, mi relación con Eugenio mejoró bastante. Empezó a venir a *Scream* y charlábamos de política, del partido... Incluso aceptó que donara dinero. Una noche me preguntó si te conocía. Tú ya habías venido a verme para preguntarme por David, así que se lo dije. Supongo que en ese momento decidió confiar en mí y me contó que David le había robado el collar de Hiset-Emkheb a su jefe y que te lo había dado a ti. Lo identifiqué enseguida con el collar al que se refería David aquel día por teléfono. Eugenio me dijo que no quería más sangre y que pretendía convencerte para que se lo entregases voluntariamente. También me habló de Harry, temía que cometiese alguna locura. Se estaba impacientando y eso lo hacía impredecible.

»Le pregunté por qué era tan importante el collar y ahí se cerró en banda. No me dio más información y supe que había tocado en hueso y que el collar me podría ayudar.

»Luego viniste a verme, preguntando por Eugenio, y pensé que querías entregarle la joya o vendérsela o quién sabe. Por eso te ofrecí el dinero. Pero resultó que no, que el collar no lo tenías y que además desconocías en lo que estabas metida.

—¿Me seguiste? ¿Por eso me ayudaste en el aparcamiento del aeropuerto?

—En ese momento no te estaba siguiendo. Fue pura casualidad que estuviera allí. Te dije la verdad. Fui a llevar a un amigo y me encontré con Eugenio. Me contó que te había hecho una oferta a cambio del collar y que seguramente aceptarías.

»Aquello no me cuadraba con lo que habíamos hablado la noche anterior, así que bajé a toda prisa al aparcamiento y me encontré con ese impresentable apuntándote con una pistola.

—Pero luego sí que me seguiste.

—Algo me tenía intranquila. Se me ocurrió que lo de decir que tú tenías el collar podía haber sido un señuelo de David para ocultar su verdadero paradero. Como una especie de venganza póstuma, como si pretendiera echarte toda la mierda encima para que pagaras por lo que le habías hecho. Sin embargo, eso no me cuadraba con su personalidad, él no era así, no tenía dobleces. Comprendí que decía la verdad y que si no lo tenías era porque aún no te había llegado, así que decidí seguirte durante unos días. Cuando supe que estabas enferma, me turné con uno de mis empleados para vigilar tu casa. Justo el primer día que saliste a trabajar yo estaba allí. Y de repente me encuentro con un asesinato a tiros en el centro de La Laguna, delante de tus narices. Aquello no podía ser casualidad. Te vi coger el teléfono y marcharte a toda prisa. Luego te seguí hasta Santa Cruz donde te subiste al coche de Harry y el resto ya lo conoces.

Laura apoya su cabeza en la almohada y cierra los ojos, pero no está dormida. Aún me queda una última duda que resolver.

—¿Me habrías salvado si Leichle no te hubiera encargado a ti que me mataras?

—¿No te vas a ir nunca?

—¿Lo habrías hecho?

—No estoy segura de que hubiera podido. Habría intentado avisar a Cris, mi enlace, para que movilizara a la Guardia Civil o a la policía, ¿pero hubiera podido hacerlo? ¿Habrían llegado a tiempo? No tengo ni idea. Al final tuviste suerte.

Al menos era sincera. De todos modos, allí estaba, tumbada en la cama con un tiro en la pierna solo porque yo no acabara enterrada en un agujero en medio de un pinar.

—Gracias —musité.

—Lárgate, anda. Quiero seguir disfrutando de este gotero tan maravilloso.

Me dirijo hacia mi coche temiendo que en cualquier momento salga a mi encuentro el *gorrilla* con el que jugué a las cartas y voy preparada para aguantar sus bromas, pero no lo hace. Hay tres chicos sentados sobre unos cubos de pintura vacíos junto a una pequeña barraca fabricada con puertas viejas y vigas de obra al principio del descampado donde he aparcado. Ninguno de ellos es Sacristán y respiro aliviada, pero al mismo tiempo me pica la curiosidad.

Sigo caminando y, cuando me ven, uno moreno y muy delgado, con los dientes negros por la heroína, se dirige hacia mí. Ya tengo el euro preparado así que se lo doy y le pregunto:

—¿Ya no está aquí Sacristán?

—Se ha ido de vacaciones a Punta Cana —me responde—. Desplumó a una pringada jugando al póquer y le sacó una pasta.

El chico se aleja sin ser consciente de la puñalada que le acaba de asestar a mi orgullo. Yo continúo andando hacia mi Opel Corsa con la espalda estirada y la cabeza en alto para que no se me note la cara de idiota que se me ha quedado. Pulso el botón de mi llave y veo encenderse los cuatro intermitentes. No tardo ni un minuto en abandonar el aparcamiento y encaminarme a la autopista, como si alejándome del escenario la vergüenza disminuyera.

Mi siguiente destino es un nuevo salto al abismo. La diferencia entre reparar mi vida y que todo se desbarate como un castillo de naipes ante un golpe de viento. Pienso en esto mientras adelanto coches y tomo el desvío a La Laguna. En ese momento se proyecta en mi cabeza la escena de una *pelí* como si estuviera en un autocine. Es de Almodóvar. En ella, Marisa Paredes le

pregunta a Imanol Arias:

—¿Hay alguna posibilidad, por pequeña que sea, de salvar lo nuestro?

Sería una frase cojonuda con la que impresionar a Guasi. El problema está en que ella también conoce la película y se me iba a ver el truco. No, lo mejor es la naturalidad. Nada de prepararse un guion.

Aparco frente a su casa. Nuestra casa. Y me quedo un momento en el coche tratando de calmar mis nervios. «No te olvides de decirle que la quieres», me recuerdo. En estos casos es mejor ser cursi que cobarde. Entonces respiro hondo y salgo dispuesta a todo.

Cuando estoy en mitad de la calle veo que la puerta se abre. Qué casualidad. Pongo mi mejor sonrisa y sigo caminando para encontrarme con Guasi. Sin embargo, esta se me hiela en la boca en cuanto la veo. Es una escena cotidiana, como tantas otras, en la que una pareja, dos mujeres, salen juntas de su casa y se despiden con un beso en los labios. Una de ellas se marcha y la otra se queda apoyada en el quicio observando cómo se va. La que se queda echa un vistazo a la calle antes de cerrar y me ve allí, en mitad de la calzada, como si fuera una estatua de sal que ha visto lo que no debía.

Su rostro se tensa. Aprieta la mandíbula y toma aire. Hay compasión en su mirada. Entonces, cruza los brazos y se dirige hacia mí despacio. A dos metros me pregunta:

—¿Cómo estás?

—Bien —le miento. Estoy destrozada.

—He leído en el periódico lo del nazi ese.

¿En serio? ¿Vamos a hablar de eso después de lo que acabo de ver? No digo nada, no me sale ni una palabra. Nos quedamos así un rato, mirándonos en silencio hasta que ella me dice:

—No acabemos así, Karo.

—¿No? ¿Y cómo quieres que acabemos?

—Entra. Vamos a hablar.

«Vamos a hablar». Que traducido quiere decir: «Vamos a mantener una conversación civilizada en la que yo te convengo de que si lo dejamos es por culpa tuya». Paso.

Me doy la vuelta y me dirijo de nuevo al coche.

—Te he querido mucho, Karo —oigo a mi espalda.

¿Te he querido? ¿En pasado? ¿Qué responder a eso? ¿Que yo te amo en presente? ¿Que si me dijeras que me sigues queriendo estaría dispuesta a olvidar lo que acabo de ver y a seguir adelante? No, ¿para qué? La pringada se va.

Con el coche paso junto a ella, con sus ojos encima, y me alejo calle abajo. Unos acordes empiezan a sonar en la radio. Los reconozco. Son los de una canción de Xael López. Mientras veo que Guasi se hace cada vez más pequeña en mi espejo retrovisor empiezo a canturrear:

—*Qué la vida te dé... todo lo que merezcas. Y llores todos los días... como me hiciste llorar a mí...*